3 1761 08820265 0

LS
B586

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLÚMEN XV.

LAS APARIENCIAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Segunda edicion.)

282334
33
2.
A

CADIZ 1884.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL
PLAZA GASPAR DEL PINO

Es propiedad de la autora.

A la ilustrada cuanto distinguida Señora Condesa de Llorente, Marquesa de Calderon de la Barca, en prueba de sincero afecto é invariable amistad,

La Autora.

Cádiz: 1884.

AL LECTOR.

Hace poco tiempo que visitaba yo como viajera el cementerio de la linda ciudad de M***

Siempre ha tenido para mí una gran atraccion ese lugar de olvido y descanso, donde los recuerdos surgen como pálidos fantasmas, poblando el vacío de esa nada, que es acaso la única verdad palpable de la vida.

Los nombres desconocidos que se hallan en los sepulcros de un cementerio que por primera vez visitamos en un pueblo extraño, nos inspiran una veneracion mezclada de simpatía.

Diríase que la mirada de nuestra alma quiere penetrar el secreto de la muerte, remover aquellas heladas cenizas y comprender la historia de cada uno de aquellos corazones, ya deshechos, que han palpitado con la vida de las pasiones y de las esperanzas.

En este dia, la tristeza que la proximidad de la muerte inspira, se desvanecia para mí en una melancolía dulce y plácida...

Habia una soledad completa.

El rumor del mar cercano llegaba allí como un eco de las armonías de lo infinito.

¡El viento, que batia las olas con un movimiento igual y cadencioso, agitaba tambien las flores del cementerio...

Una meditacion vaga, una especie de nebulosidad del pensamiento envolvia mis sentidos. Las ideas sin luz flotaban entre la sombra de penosos recuerdos, como esas pálidas estrellas que envuelven los deshechos girones de las nubes.

De repente me despertó de esa especie de sueño del alma el crugido de la arena, oprimida por un pié breve y rápido...

Una mujer vestida de negro, jóven y á lo que pude juzgar bella, se aproximaba á la galería en que me encontraba.

Un movimiento instintivo de respeto, de temor acaso, me hizo retroceder, evitando ser vista por la señora que llegaba.

Mi precaucion fué inútil.

Aquella mujer se detuvo junto á los pri-

meros nichos, se puso de rodillas, levantó su velo y oró.

Una viva sensacion de asombro sentí al contemplarla.

Me fué desconocida, pero su fisonomía dulce y simpática era de esas que siempre parecen haberse visto ántes.

No era, pues, su figura lo que producia mi extrañeza; era la expresion de celeste calma, de dicha sublime, de éxtasis, si se me permite la frase, esparcida en aquella expresiva fisonomía.

Sus manos juntas parecian elevar á Dios una ofrenda invisible; sus labios se agitaban suavemente, y su frente, que iluminaban los últimos rayos del sol, parecia ceñida de una aureola de felicidad.

Sin voluntad, sin conciencia de lo que hacia, atraida por no sé qué misteriosa influencia, iba á aproximarme á la dama desconocida, cuando ésta se puso de pié, abrió con una pequeña llave que sacó de su pecho el cristal que cubria un nicho, y con la mirada empapada de ternura, sin dejar de rezar, segun se adivinaba por el leve movimiento de sus labios, colocó un objeto blanco y pequeño bajo el ala de un ángel de alabastro que parecia llorar sobre

las cenizas que allí se contenian; cerró cuidadosamente, besó la blanca orla de mármol del sepulcro, y dejando caer su velo se alejó despacio, subió en un coche que la esperaba y desapareció.

Una curiosidad mezclada de interés, me hizo buscar el nicho misterioso ante el cual ví rezar á una mujer que parecia ser tan dichosa.

El lugar que habian tocado sus labios tenia grabada una fecha: 25 *de Marzo:* unido á esta fecha, en caractéres casi imperceptibles, se leia: *¡Para siempre!*

Adiviné una historia: pero ¿cuál seria?... ¿Qué mano era aquella que habia trazado un recuerdo vivo en las páginas de aquel libro de la muerte, en cuyas hojas en blanco sólo puede grabarse con lágrimas la sombra de una memoria?

¡Para siempre! ¿No era una profanacion, un reto á la muerte, que es la nada, hablar de ese *siempre*, que es el todo, porque lo que no acaba es lo infinito?

Si aquel ofrecimiento de algo eterno era una promesa, esta promesa ¿habia sido hecha á la mujer muerta ó á la mujer viva?... ¿Cuál de las dos tenia derecho á reclamar aquel *siempre*, la que lo realizaba en la

eternidad del sepulcro, ó la que lucharia para alcanzarlo con las eventualidades de la vida?

¡Qué profundo misterio!

Pocas veces he sentido un interés tan vivo ante un enigma cuya solucion me fuese extraña.

Me disponia á retirarme, bajo la impresion que aquella escena me habia producido, cuando por la galería en que estaba el nicho misterioso ví adelantar á un hombre.

Un sentimiento de curiosidad me obligó á esperar.

Aquel hombre se detuvo ante el mismo sepulcro que se habia detenido la dama; abrió igualmente el marco de cristales que lo cerraba, tomó el objeto que poco ántes habia sido allí depositado, cerró con religioso respeto, besó el mármol en el mismo sitio en que le besó la señora, y se alejó...

Fascinada ante aquel misterio, que cada vez se agrandaba á mi vista, no dí un paso, ni hice el menor movimiento para ocultarme.

El caballero, que adelantaba con el pequeño objeto en la mano, tenia que pasar necesariamente á mi lado.

Conforme se acercaba, mi asombro crecia: era un conocido mio; más aún, era un amigo, uno de esos séres simpáticos para todo el mundo, que inspiran confianza, porque llevan el reflejo del alma en los ojos y el corazon en los labios.

Al conocerme se aproximó rápidamente:

—¡Usted aquí!—exclamó—¡cuánto celebro verla! Voy á partir y deseaba ántes estrechar su mano.

—¿A partir? ¿Cuándo? ¿Por qué? No sabia...

—Amiga mia—me interrumpió—en el hombre civilizado hay siempre algo del hombre salvaje, y ese algo es la ambicion, el egoismo, la avaricia...

—¡Usted avaro, egoista y ambicioso! ¡usted, que tiene los sentimientos más nobles y más generosos! Sin duda se refiere á otro...

—¡Hablaba de mí!—me respondió con sencillez—y decia la verdad al reconocerme esos defectos; sólo que es forzoso advertir que mi ambicion es de calma, mi egoismo de dicha y mi avaricia de soledad y olvido. Y como lo mirase con extrañeza, prosiguió:—Sí, amiga mia, soy feliz, muy feliz; tengo miedo de mi dicha y quiero

ocultarla, saborearla yo solo, ¡conservarla *para siempre*, si es posible!

Las palabras que dejo subrayadas me impresionaron vivamente, recordando las que habia visto grabadas en el sepulcro: acaso era él mismo quien las grabó, puesto que tambien parecia unido á él por aquel misterioso objeto que llevaba en la mano.

—¡Para siempre!—exclamé con vivo interés, y señalando al nicho: allí dice lo mismo—le dije.

—Allí y aquí—contestó llevando su mano al corazon.

—¡Ah, era Vd.!

Mi exclamacion le arrancó una sonrisa.

—Sí, yo era; no puedo ni quiero ocultarlo: es una historia encantadora, que si Vd. conociera sabria utilizar para uno de sus libros.

—Cuéntemela Vd.; le prometo el secreto.

—Haré mejor que eso; voy á confiársela.

Y diciendo así, puso en mis manos el objeto que tanto habia excitado mi curiosidad, y que no era otra cosa que un pequeño cuaderno de papel enrollado y sujeto con una cinta de seda blanca.

—Ella lo dejó allí—dije yo, sin reflexionar en que se trataba de una persona desconocida.

—¡Ella!... ¿usted la conoce?

—No, pero he visto hace poco á una mujer.

—Pues bien, sí; ¡esa es la mujer que amo! Aquí, en este cementerio, ante esos restos sagrados, hay algo que nos une, que nos atrae, que nos encadena el uno al otro. Vamos á partir, y ha querido confiar la historia de nuestro amor á este sepulcro querido. Temiendo yo que en nuestra ausencia fuese profanada por una mano extraña, he venido á recogerla...

—¿Y me la confiais?

—¡Por qué no! Vd. es mi amiga y sabrá conservarla: además, al ver á usted he tenido la idea de que estas páginas no se pierdan en la nada; he pensado que usted puede hacer de ellas un libro...

—¿Quién irá á buscar—continuó—en esas hojas que cubra con su nombre la historia de dos séres que pasan desconocidos entre el torbellino social? ¡La oscuridad tiene sus ventajas, amiga mia; la oscuridad es la libertad de obrar, la independencia absoluta!... Las personas célebres no se

pertenecen, necesariamente han de dar cuenta á la sociedad, que les forma como un pedestal, de sus actos, de sus obras y hasta de sus pensamientos.

—¡Cómo!—exclamé sonriendo.—¿La sociedad se atreveria á pedir cuentas de su vida privada á ningun individuo? Esto escapa á todas las celebridades.

—¡Error, mi querida amiga, error profundo!... El ente moral encarna en la individualidad material, se completan mútuamente; hasta diríase que el uno es responsable del otro... El espíritu es una especie de poder al estilo de los reyes constitucionales: no gobierna, y por lo tanto es lo único inviolable que en nosotros existe... El sér célebre es una especie de gusano de luz que no ve apénas á su alrededor, pero que es visto desde léjos... Así ese coro de ociosas inutilidades que pulula en toda sociedad apénas la luz gira en la sombra, sigue con un ¡ahhh!... de admiracion sus movimientos y se permite interpretarlos.

—Supongo que el gusano, usando de su graciosa definicion, seguirá muy tranquilo su camino...

—A ménos que no se le interpongan esos monólitos vivientes...

—¿A tanto se atreverian?

—Nada hay más atrevido que la ignorancia...

—Pues perderian lastimosamente el tiempo; porque no hay camino, por estrecho que sea, que pueda cerrarse por completo al que tiene la decidida voluntad de seguirlo... Pero nos hemos alejado de nuestra cuestion.

—Es verdad; rogaba á Vd. que publicase estas páginas...

Yo tomé en mis manos el pequeño cuaderno, y al ver su escaso volúmen, exclamé:

—¡Pero esto no será una historia!...

—¡Es el epílogo de ella!

—¡Ah!... ¿Y Vd. quiere que yo adivine lo que falta?

—Nada más fácil para un novelista.

—Convenido, cuando de una novela se trata, pero no cuando ha de interpretarse un suceso que puede alterarse.

—Tiene Vd. razon—me dijo pensativo. —¿Quiere Vd. permitirme que vaya á contarla los episodios que ahí no se han escrito?

—Es más, se lo ruego: esta noche le reservaré una taza de té.

—Iré á tomarla; gracias. ¡Hasta la noche!...

Mi amigo se alejó y yo recorrí ansiosa, al pié de aquel misterioso sepulcro, las páginas que se me habian confiado, y que en efecto formaban el epílogo de una historia. Dejé un ramo de rosas sobre el sarcófago de *Luisa*, que este era el nombre que en él se leia, y me fuí á esperar la noche con impaciencia, para conocer la narracion prometida.

Voy á contárosla, mis queridos lectores, tal como se me ha confiado; si la encontrais dolorosa, no es mia la culpa, como no lo es tampoco de los personajes que toman parte en ella: los sucesos los hace Dios, y el novelista se limita á darlos á conocer.

¡Dichoso el que logra hacer de su descripcion un ejemplo vivo y una leccion provechosa!

CAPITULO PRIMERO.

La venta del cuadro.

Era una fria y desapacible tarde del mes de Marzo de 187...

Algunas oscuras nubes surcaban la atmósfera, y un viento huracanado dejaba desiertas las nunca muy concurridas calles de M..., linda ciudad para la cual han agotado los poetas todos los adjetivos laudatorios de nuestra rica lengua, sin llegar á expresar con ellos el sello de original belleza que la distingue, retratada en las verdosas ondas del Mediterráneo.

Una jóven de airoso porte, modestamente vestida de negro y con un velo de tul sobre el rostro, bajaba con rápido paso por la calle de C... seguida de una anciana que llevaba un objeto oculto bajo el característico pañolon que con tanta gracia prenden á su cabeza las mujeres del pueblo en Andalucía.

—¿Estás segura—dijo la jóven con voz tímida y medrosa—de que hay un establecimiento de cuadros en esta calle?

—Segurísima, señorita; ¡si lo he visto mil veces!

La jóven continuó su interrumpida marcha, cruzó una plaza casi desierta y entró en una de las mejores calles de la ciudad.

—Juana—dijo deteniéndose y dirigiéndose á la anciana,—pregunta tú; yo me quedo aquí y te espero...

—¡Por Dios, señorita! ¿qué he de hacer yo sola, que no entiendo de pinturas ni de ventas?

—Nada; preguntar si quieren comprarte este cuadro, y pides por él...

—¿Cuánto?

—¡No lo sé! Lo que valga un palco del teatro...

—¡Un palco!—exclamó la anciana con asombro.—¡Un palco!... ¿La señorita Eugenia quiere ir al teatro?

—Yo, no—contestó impaciente la jóven; —es Luisa, y está enferma; es preciso que vaya...

—¡Dios mio, señorita! tanto gusto á esa niña, y Vd... vamos, no lo quiero decir; y Vd. pasando tanto...

—Calla, Juana, calla; eso es lo de ménos; pero vé, por Dios; es tarde y necesito ese dinero...

La anciana lanzó un suspiro, se envolvió aún más en el pañolon y entró resueltamente en un comercio que mostraba en sus escaparates pequeños lienzos con algunas medianas copias de nuestros mejores pintores. Eugenia la vió desaparecer con angustiosa ansiedad.

Cualquiera que haya atravesado por esas penosas dificultades de la vida, en que la necesidad obliga á tomar una resolucion extrema, sabe con qué afan el pensamiento va al encuentro de aquel resultado definitivo, y cómo la duda y el temor alternan en la vaga esperanza que el desgraciado conserva siempre para alentarse á sí mismo.

Algunos instantes habian trascurrido cuando Eugenia, que tenia la vista tenazmente fija en la puerta del establecimiento, tuvo que contenerse mucho para no lanzar una exclamacion de alegre sorpresa al ver á Juana salir sin el cuadro.

—¡Chist!... ¡señorita, señorita!—dijo en voz baja la buena mujer, haciendo á Eugenia una señal con la mano—¡venga Vd!...

—¡Yo!... ¿Para qué?...

—Este señor quiere verla...

—¡A mí!... Pero ¿tú le has dicho?...

—¿Por qué no, señorita?... Ha dicho que el cuadro le gusta mucho, y yo le he contado que lo ha pintado Vd.

—¡Qué tontería!—exclamó contrariada Eugenia—¡quién te mandaba dar noticias!...

—Pero, ¿no es la verdad?

—¿Y qué le importa á nadie? Si le gusta que lo tome; no necesita verme...

—Señorita Eugenia—dijo con gravedad Juana,—nadie debe avergonzarse de trabajar, y es ofender á Dios que le ha dado á Vd. talento para ello, el ocultarlo...

Eugenia inclinó un momento la cabeza y nada dijo; si las sombras de la noche no hubieran empezado á extenderse ya en el vacío como velos de niebla, se hubieran visto brillar dos lágrimas en sus ojos.

¡Eran la última protesta de su vanidad vencida; eran la aceptacion de su suerte!

Para los espíritus fuertes, para las almas elevadas, las luchas nunca se prolongan; ven el sacrificio, lo aceptan, y desde aquel momento no vacilan ante ninguna de sus pruebas.

—Tienes razon—dijo Eugenia con voz ya tranquila;—era una debilidad mia; vamos...

En el momento en que entraban, acababa de encenderse el gas; el dueño del establecimiento contemplaba á sus reflejos el pequeño cuadro que Juana le habia entregado, y una expresion de complacencia se pintaba en su fisonomía.

Eugenia levantó su velo y se adelantó digna y tranquila.

—¿Es Vd. la autora de este florero?—preguntó el mercader con agrado.

—Sí, señor—contestó Eugenia, cuya voz temblaba ligeramente;—es muy malo, ¿no es verdad?

Sonrió el comerciante ante aquella modestia tan poco usada por los pintores con que trataba, y se apresuró á contestar:

—No por cierto; hay en él originalidad, así como en estas flores propiedad y frescura; un poco de estudio y buenos modelos, y será Vd. una profesora.

Eugenia escuchaba conmovida y asustada; aquel cuadro, que ella creia tan malo, valia algo; acababa de oirlo de una persona extraña, y por consiguiente imparcial.

Un mundo de ideas bullia en su cerebro, y en ellas no entraba por nada la de enorgullecerse, sino la de utilizar aquel medio que Dios la ofrecia, cuando más triste y desesperada parecia su situacion.

—Es decir—balbuceó con trémula voz y como si esperase con miedo la respuesta —que lo comprará Vd.?

—Tengo muchos—murmuró el comerciante por no perder la costumbre de quitar valor á sus compras, demostrando no necesitarlas;—pero por ser de Vd., si se arregla, lo tomaré...

—¡Oh, sí!—exclamó Eugenia con alegría, en el momento en que Juana le hacia una seña, que no comprendió.

—¿Cuánto quiere Vd. por él, señorita?

—Vd. dirá lo que cree que vale; nunca he vendido ninguno.

La voz de Eugenia se alteró visiblemente al formular aquella especie de protesta, y las lágrimas aparecieron de nuevo en sus ojos.

—Ya se conoce—dijo para sí el comerciante al oir la afirmacion de Eugenia, y añadió en voz alta:—para que Vd. vea que quiero alentar á los artistas, le daré 200 reales.

Eugenia hizo un gesto de asombro, y Juana lanzó un ¡ah! de sorpresa; ni una ni otra pensaban que el cuadro valia tanto, y sin embargo, el mercader ganaba en él un doble, porque la pintura de Eugenia, si bien tenia todas las faltas que acusan la inexperiencia, tenia todos los rasgos que revelan el genio.

—Gracias, señor—dijo Eugenia muy conmovida;—acepto, y se lo agradezco mucho.

El comerciante dejó el cuadro en un lado del mostrador, y fué á un cajon para tomar el dinero y pagarlo á Eugenia.

En aquel momento un caballero jóven entró en la tienda silbando un aire de moda, y se detuvo al ver la esbelta y simpática figura de Eugenia, que abstraida en una penosa meditacion, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes aún por el reflejo del llanto no lo habia visto.

—¿Se acabó la copia del Goya, señor Gonzalez?—preguntó el atildado gomoso mirando con insistencia á la jóven, que ruborizada y confusa dió un paso para salir del círculo que la luz del gas proyectaba, y dejó caer su velo.

—Aún no, señor de Arce—contestó con

su más amable sonrisa el dueño de la tienda;—pero en esta semana quedará terminada.

—¡Es que me reclaman el original!...

—Daré prisa al pintor.

—¡Ah! ¿qué es esto?—exclamó el llamado Arce, que miéntras hablaba, paseándose por la tienda y mirándolo todo, habia tomado en sus manos el cuadro de Eugenia.

El Sr. Gonzalez hizo un marcado gesto de disgusto.

—Nada—contestó con indiferencia;—una pequeña obra que tenia encargada.

Y al decir esto, como para alejar á Eugenia pronto de allí, se dirigia á ella y la decia con aire de protector:

—Vamos, hija mia, doscientos reales; no se quejará Vd. de mí...

Y dejaba caer en el mostrador ruidosamente los dos centines de oro que constituian el pago del cuadro de Eugenia.

Esta retrocedió instintivamente.

Nadie sabe lo que cuesta á una mujer delicada tomar dinero de una mano extraña, si bien sea el precio de un trabajo honroso.

Juana, con ese admirable instinto que

en la mujer del pueblo andaluz suple á la educacion, comprendió lo que pasaba á su señorita, y se adelantó á tomar el dinero.

El jóven Arce miraba con curiosidad á Eugenia.

—Es precioso este cuadrito—decia dándole vueltas para buscar el efecto de luz; —¡qué suavidad de colorido y qué delicadeza de dibujo!... ¿quiere Vd. vendérmelo, Gonzalez?

—Ya está vendido.

—¡Cómo, señor!—exclamó Juana con naturalidad—¿vendido y en este momento lo acaba Vd. de comprar?

—Figúrese Vd. que estaba encargado—murmuró con ira Gonzalez.

—Véndamelo Vd.; ya le harán otro para el encargo—insistió el jóven.

—Hablaremos, D. Lutgardo, hablaremos—dijo Gonzalez, inclinándose ligeramente ante Eugenia, que se despedia.

Arce se quitó el sombrero respetuosamente y siguió con la mirada á la linda jóven, que seguida de la vieja salió de la tienda y desapareció.

—¿Quién es?—preguntó Lutgardo con interés, apénas hubo salido.

—No lo sé; es la primera vez que la

veo: vino á vender ese cuadro.

—¿Pintado por ella?

—Así parece.

—¡Ah!... pues es muy lindo verdaderamente, y ahora tengo más empeño en adquirirlo: ¿cuánto vale?

—La he dado seiscientos reales; deme Vd. lo mismo.

—Pues me parece que no ví dar tanto...

—Lo tenia adelantado; estas artistas comen siempre del porvenir.

—Pero me ha dicho Vd. que era un encargo...

—Sí, señor; ¿qué mal hay en esto? Yo se lo habia dicho así para que se diese prisa.

—Me parece que me ha dicho Vd. que es la primera vez que la ve...

—Me entendia con ella por medio de la vieja.

—¿Y dónde vive?—preguntó Lutgardo con interés, en tanto que se disponia á pagar el cuadro.

—Nunca me ocurrió preguntárselo; ella venia aquí.

—Lo siento: desearia encargarla una copia de un Ticiano...

—Yo puedo—dijo oficiosamente Gonzalez.

—No; averigüe Vd. sus señas, y avíseme; se lo agradeceré mucho.

Pagó el cuadro y salió.

Dirigíase distraido hácia el Casino, cuando vió á Juana que marchaba muy de prisa con un papel en la mano.

—¡Ah!—exclamó avivando el paso y alcanzándola—¡ésta me lo dirá!

—¿Sabe Vd.—dijo á Juana sin más rodeos—que al fin he comprado el cuadro?

—¿Qué cuadro?—contestó Juana con extrañeza, pues no habia conocido al jóven.

—El de la señorita que iba con Vd., el florero; y desearia encargarle otros.

—¡Ay, señor!—exclamó Juana con expresion de pena—mi señorita no es pintora; ha vendido ese cuadro porque tenia necesidad de un palco para esta noche en el teatro, y nada más.

—¡Cómo—replicó Lutgardo con asombro—tenia necesidad de un palco!... ¡Y no es pintora!... ¡No comprendo!...

—No es por ella, señor—dijo Juana, creyendo que la extrañeza del jóven era por la compra del palco;—no es por ella, que es más buena que un ángel, y que se priva de todo... es por su hermana. Se ha empeñado en ir al teatro... aquí llevo el

palco—añadió—y las entradas. ¡Vaya, buena es la señorita Eugenia para negarla ningun deseo!...

—¡Se llama Eugenia!...

—Buenas noches, señor—dijo Juana deteniéndose ante una modesta casa, y con esa amabilidad tan propia de los andaluces.

—¿Quiere Vd. hacerme el favor de decirme cómo se llama su señorita?

—Eugenia Ochoa.

—¿Y Vd.?

—Juana...

—Pues bien, Juana; deseo que pinte un cuadro para mí: dígaselo Vd., y si acepta, puede avisármelo: vivo en la calle de C···, número···

—Está bien; así lo haré...

Juana entró en la casa, y Lutgardo quedó un instante dudando lo que haria.

—¡Iré al teatro y la veré mejor!—exclamó tomando una resolucion repentina; y volviéndose, se dirigió á tomar una localidad para la funcion que iba á empezar.

CAPITULO II.

El ramo de violetas.

Si nuestros lectores quieren acompañarnos á una modesta casa, presenciarán una escena que seguramente no ha de serles desagradable.

La jóven pintora á quien ya conocen, de pié, vestida de negro y con el airoso manto que con tanta gracia prenden á su cabeza las hijas de Andalucía, reminiscencia acaso del velo morisco, hablaba y sonreia benévolamente á una linda niña que, casi recostada en una pequeña butaca, la miraba con curiosidad y cariño, y extendia su mano para recibir un pequeño ramo de violetas que Eugenia tenia en las suyas.

—No—decia Eugenia, retirando el ramillete con afectada coquetería;—no, Luisa; no esperes estas violetas, que me ha costado no poco esfuerzo conseguir, á ménos que no me prometas dos cosas.

—¿Cuáles son?—preguntó Luisa, levantando su linda cabeza rubia y abriendo sus grandes ojos azules, con ese interés inocente de los niños, tan sencillo como vehemente.

—La primera, beber una taza de caldo; no has almorzado...

Luisa hizo un gesto de disgusto.

—Pero, si no puedo...

—Es preciso, hija mia—repitió Eugenia, en tanto que arreglaba con ternura las trenzas doradas que rodeaban la cabeza de su hermana.

—Bien. ¿Y la otra?...

—La otra—dijo Eugenia vacilando—decirme por qué anoche, despues de acostada, te oí llorar...

Las mejillas y la frente de Luisa se encendieron de repente en una roja llamarada: confusa y ruborosa bajó la cabeza, y nada dijo.

Eugenia tomó un pequeño asiento y lo colocó á los piés de Luisa: rodeó con su brazo el talle de su hermana y la atrajo hácia su pecho.

—Luisa mia—la dijo besándola con ternura;—no tienes á nadie más que á mí, no me ocultes lo que te hace sufrir, lo que yo tengo derecho á saber.

—Y tú—dijo Luisa con esa impertinencia de niña mimada que nada respeta—¿por qué me ocultas de dónde vienes ahora, y á dónde vas cuando sales con Juana, dejándome á mí con Julia?

Una ligera expresion de pena se reflejó en la frente de Eugenia, que se levantó con la altivez del que no teme las sospechas.

Vaciló, y al fin contestó con sencilla firmeza:

—Siendo, como soy, la encargada de nuestra casa, no puede extrañarte que tenga algunos asuntos que arreglar.

—¿Asuntos que yo no puedo saber?

—¿Para qué, hija mia? ¿Para qué habia yo de llevar á tu pensamiento las preocupaciones de los cuidados domésticos?... Pero no me has contestado.

—¿Y por qué pintas ahora con tanto afan, cuando ántes apénas pintabas?...

—Por distraerme...

Luisa la miró fijamente; parecia que pugnaba por descubrir el secreto que su hermana la ocultaba; pero como Eugenia permaneció serena é impenetrable, se encogió de hombros, hizo un movimiento de mal humor, y pareció renunciar á su deseo.

—¿Me dirás por qué llorabas?—insistió Eugenia.

—No sé—contestó de mal humor Luisa; —estaba triste...

—Pero ¿por qué?...

—¿Es decir, que estoy yo obligada á darte cuenta hasta de mis tristezas, Eugenia?

—Naturalmente, señorita—contestó Eugenia, quitándose el manto y volviendo á sentarse junto á Luisa;—¿no soy yo su madre?

Luisa, ante aquellas dulces palabras, sintió desvanecerse el enojo que la produjo la insistencia de Eugenia; sonrió dulcemente, y devolviendo á su hermana sus amantes besos, la dijo, fingiendo el acento enojado de un niño:

—Pues dame las violetas: cobraré adelantado.

—Toma, Luisa mia, tuyas son; pero dime...

—Pues bien, no hagas caso de que llorase yo... te aseguro que fué una tontería... oí á Julia no sé qué cosa que me disgustó...

—¿Y si yo acertara esa cosa que tú no sabes?

—¡Imposible!...

—No, Luisa mia; la frente de una niña es como un cristal, bajo el cual se ve palpitar el pensamiento; la oiste hablar mal de alguna persona...

Luisa volvió á ruborizarse.

—¿Te lo ha dicho ella?—preguntó cándidamente.

—No por cierto—dijo Eugenia;—conmigo no tiene la confianza que contigo, pero lo he adivinado.

—Pues bien; me dió pena oirla contar lo que hace Lutgardo.

—¡Lutgardo!—exclamó Eugenia, palideciendo densamente—¿y qué hace?

—¿Lo conoces?

—Ménos que tú; de vista solamente; pero acaba...

—Pues bien; segun me dijo Julia, es un hombre sin corazon, sin sentimientos... ha abandonado á una mujer que le amaba, y la infeliz...

—¿Qué?—preguntó anhelante Eugenia.

—¡La infeliz se ha vuelto loca!

—¿Y cómo sabe Julia esa historia, y cómo se atreve á contártela á tí?... Una niña bien educada no tiene para qué saber esos escándalos íntimos...

—¡Dios mio! Ahora irás á quejarte á ella. ¡Qué desgraciada soy!

—Tranquilízate; no iré, pero procuraré evitar sus confidencias... y... ¿te dijo quién era esa mujer, esa infeliz que se volvió loca?

—No.

—¡Bah! ¡Lo que yo me figuraba!

—¿Qué?

—Que es una historia como tantas otras que por ahí corren sin nombre del autor.

—¿Crees que no sea verdad?

—Hija mia, en la sociedad, los ociosos, los felices, los que no tienen que ocuparse de otra cosa que de sus goces, suelen emplear su tiempo en escarnecer á los que llaman amigos. No pueden aceptarse jamás esos hechos que el vulgo acoge como positivos, sino como muy vagos, como muy dudosos. ¿Quién es el que se cree autorizado para juzgar de aquello que no ha visto?

—¡Tú tienes tambien una manera de ser tan rara!...

Eugenia sonrió con dulce tristeza.

—Todo el mundo cree esas cosas—siguió Luisa.

—¿Y quién es *todo el mundo*, niña mia?... Figúrate que la historia de todas las calumnias es siempre igual, y vé como esa

historia se hace: un gran corazon, unido á una elevada inteligencia, no sigue jamás al *hormiguero*, no va detrás de toda preocupacion y de toda costumbre, con esa humildad hipócrita del que nada vale y es, por lo tanto, incapaz de buscar por sí mismo un nuevo camino. Sus primeros pasos levantan un murmullo de asombro... despues la envidia aguza sus dardos, y busca el medio de herirle mejor... la calumnia surge... despues, ¿sabes por qué toma vida, y crece y crece, y llega á presentarse con visos de consistencia? Porque los infames la han acogido, complaciéndose en aumentarla; los ignorantes la han aplaudido como se aplaude un espectáculo que divierte; y esa gente que se llama buena y que como tal pasa en el mundo, esa gente, por egoismo, por indolencia, por preocupacion, no la rechaza, y con su indiferencia parece confirmarla.

Eugenia, al hablar así, tenia una animacion extraña á la habitual dulzura de su carácter.

Su frente pálida y tersa parecia brillar bajo el fuego de la indignacion; sus cabellos negros, mal prendidos en su *toilette* de mañana, hacian aparecer más enérgica y

apasionada la expresion de aquel semblante, que sin ser de una belleza perfecta, tenia una gran atraccion simpática, algo como el reflejo que imprime el talento, y que dá como un sello de distincion á la persona.

—¡Dios mio, cómo te exaltas!—dijo Luisa asombrada.—Cualquiera diria que esa historia te interesa particularmente.

—Lo cual seria una vulgaridad, y por eso espero que tú no digas lo que diria cualquiera: me interesa bajo el punto de vista social... ¿Quién está segura de no ser un dia la heroina de una historia?

—Pues, Julia me ha dicho...

—Mira, Luisa mia; Julia tiene una gran cualidad para mí, que es el cariño que te profesa; pero su carácter ligero é insustancial no es el más á propósito para inspirar confianza... además, no sé por qué, la creo poco dispuesta á defender á nadie de una inculpacion: ¡siempre ve defectos en los demás!

—¡Y tú siempre tienes prevencion contra ella!... ¡Pues es una amiga incomparable!

—¡Yo no te contrarío en tus afecciones! ¡Pero si vieras qué poco dice en pró de un

corazon esa falta de indulgencia para todas las faltas!

—Como ella por su parte no la necesita...

—Es un error esa afirmacion, hija mia; nadie puede creerse tan perfecto como se deberia ser para poder pasarse sin la indulgencia agena; y aún así, del contraste que se notaria entre esa misma perfeccion y las debilidades de que la generalidad adolecemos, resultaria algo de frio y violento que tambien necesitaria ser disculpado... ¡Lo absoluto no existe para nosotros!...

—Podrá ser—dijo Luisa—pero estás hoy insoportable con tus filosofías; ¡no me has dejado decirte la historia de Lutgardo!

—No quiero saberla, y olvídala tú, hija mia; es inútil buscar voluntariamente impresiones dolorosas, cuando tantas hay que sufrir contra nuestra voluntad. Si Julia te hubiese callado lo que no tenias necesidad de saber, te hubieras evitado esas lágrimas, que prueban una vez más la bondad de tu corazon. Pero, hablemos de otra cosa: ¿tomarás el caldo?

—Como quieras... Julia dijo que vendria á buscarme para pasear.

Eugenia hizo un movimiento de contrariedad; dudó un instante; pero temiendo, sin duda, molestar á Luisa, contestó:

—Bien, con tal que vuelvas pronto y no te fatigues mucho.

—No; está tranquila. Péiname y vísteme... Pero... ¿y tú?...

—Yo tengo mucho que hacer—dijo con triste sonrisa Eugenia.

—¡Ya! ¡esas malditas pinturas!... ¡Mira que tienes gusto en estar todo el dia con los colores! ¿no te aburres?

—No, hija mia; pienso cuán grande es Dios, que permite al hombre, utilizando tan sencillos medios, dar forma á su pensamiento.

Luisa se encogió de hombros, como quien no comprende una cosa, y se dirigió al tocador.

CAPITULO III.

El valor más grande.

Hay heroismos silenciosos, martirios ignorados, que son los que más valor exigen, y deben ser los que más admiracion inspiren.

Lleva consigo el sér humano una como levadura de vanidad que mezclándose á todos sus sentimientos, lo impulsa, lo arrastra, por decirlo así, á realizar actos de valor, á desafiar los peligros, á buscar la muerte, si fuese necesario, ántes que aceptar de la opinion pública el ridículo que lleva en pos una accion cobarde; pero esos actos no los determina la voluntad del individuo; son, permítasenos la metáfora, un miedo que huye de otro, pues el temor de arrostrar la reprobacion social nos obliga á vencer nuestro propio instinto.

El verdadero valor, ese valor que pocos saben apreciar, no es el que se muestra

ostentosamente, es el que se oculta, es el que no espera otro galardon que la aprobacion íntima de la conciencia; y no consiste tampoco la mayor prueba que de él se busque en saber arrostrar la muerte: ¡hay veces en que es mucho más difícil conservar la vida!...

Ocasion tendremos de apreciar el valor de estas almas templadas para el sacrificio, estudiando la más bella figura de esta pequeña historia: Eugenia, en cuyo corazon brotaban los sentimientos generosos, la abnegacion y la bondad, tan espontáneamente como brotan los lirios en los valles.

Daremos algunos detalles á nuestros lectores, para hacerles más comprensible la narracion que ha de seguir, y los daremos con toda la concision posible, á fin de no distraer su atencion.

Eugenia de Ochoa, en la época en que nuestra historia empieza, tenia veinticinco años, y hacia diez que habia perdido á su madre, cuando llevaba aún el luto de su padre.

Su hermana Luisa, de cinco años de edad, habia quedado á su cargo; y de tal modo la pobre niña cumplió para con ella los deberes de madre, que la pequeña huér-

fana no tuvo jamás motivo para apercibirse del vacío que á su lado habia formado la muerte.

Las niñas, que pertenecian á una familia distinguida y que habian sido ricas, á la muerte de su madre quedaban completamente pobres; pues un pleito desgraciado les habia arrebatado su herencia, contribuyendo no poco este fatal resultado á abreviar la vida de la pobre viuda, que no pudo defender los bienes de sus hijos, sumida en el dolor que le produjo la temprana muerte de su esposo.

La anciana abuela de las jóvenes huérfanas las llevó á su lado para ampararlas; pero, sea que la edad hubiese enfriado los afectos de su corazon, sea que el dolor de la pérdida de su hijo, cuya memoria avivaban las dos niñas, apagase de una vez para siempre la ternura de su alma, es lo cierto que Eugenia y Luisa encontraron la acogida más indiferente del mundo al lado de la buena señora, que se ocupaba ménos de ellas que de su perro favorito.

Eugenia creció, pues, sola moral y materialmente; su clara inteligencia se desarrollaba en la meditacion y el dolor, y bien pronto la pobre niña, en la edad en

que la mujer puebla los espacios de su fantasía con las imágenes brillantes de sus sueños de gloria, supo apreciar el valor de las cosas, la verdad de las esperanzas, las miserias de la realidad.

Era un espectáculo digno de ser estudiado, el ver aquel pensamiento desenvolverse lentamente de los velos de la inocencia, iniciarse aquella razon por sí misma en los misterios de la vida, y pugnar aquella voluntad, aún no formada, por vencer la fatalidad en que el destino la oprimia.

Abandonada á sí misma, amoldando las efusiones de su alma generosa á la mezquina realidad en que vivia, Eugenia fué trasformando, por un trabajo constante, su carácter expansivo en reservado, su pensamiento alegre, florido y cándido, en serio, desconfiado y observador.

Muchas veces la risa se helaba en sus labios, al ver que ni era acogida ni apreciada; otras muchas la réplica oportuna, la graciosa frase que hubiera sido la alegría de su madre, al brotar en aquella fresca boca, se apagaba en ella con desaliento ante la idea de no ser comprendida ni escuchada.

Su ternura, sus desvelos, se concentraron en su hermana Luisa; pero como si Dios hubiera querido hacer su soledad absoluta, el carácter de la niña, violento, voluntarioso, vulgar, era acaso el tormento mayor que la suerte parecia reservar á la pobre Eugenia.

Preciso es confesar que su ciego cariño le disminuia ó le ocultaba estos defectos; pues como el corazon tiene al desarrollarse una gran necesidad de amor, ella hacia de su fraternal afecto una especie de culto, por el cual se sacrificaba.

Cuanto poseia era de Luisa; se culpaba á sí misma para ocultar sus faltas; trabajaba sin descanso para que su querida niña fuese la más bella, la más elegante, y fomentaba así, sin pensarlo, los gérmenes de vanidad y egoismo que en aquel jóven corazon se abrigaban.

Eugenia se imponia mil privaciones: la fortuna de su abuela, víctima tambien del pleito que arrebató la de su padre, habia quedado reducida á una exígua renta, que apénas les aseguraba una modesta medianía.

Eugenia, delicada hasta la exajeracion, evitaba todo gasto; prescindia de todo ca-

pricho, procuraba hacerse lo más útil posible en aquella casa en donde nadie se ocupaba de ella, y cuidando de sí, cuidaba al mismo tiempo de su hermana.

Esta no parecia comprender siquiera la solicitud de Eugenia.

Recibia aquel cuidado como si tuviese el derecho de exigirlo, y para nada pensaba en agradecerlo.

Siete años pasaron así, iguales, tristes, lentos para Eugenia, que no tuvo en ellos otro placer que las horas que consagraba á la lectura ó al dibujo, hácia el cual mostraba una gran aficion, que en vano quiso trasmitir á Luisa.

El carácter de ésta demostraba cada dia más claros sus defectos, no cambiados ó modificados por la educacion, sino exagerados por la ternura ciega de Eugenia.

En esta época la anciana abuela murió.

Eugenia y Luisa quedaban solas en el mundo.

La pequeña herencia que como único patrimonio les legaba su abuela, era insuficiente á cubrir ni las más apremiantes necesidades.

Empezó para Eugenia la lucha, una lucha tenaz, desesperada, que la desgraciada

sostenia con triste desaliento.

Nada esperaba; no veia el término de aquella situacion angustiosa, que sentia, ántes que por ella, por Luisa.

Esta, siempre caprichosa y egoista, continuaba su vida de niña mimada y exigente, sin cuidarse del sufrimiento de Eugenia, á quien llamaba rara é insoportable.

Es verdad que Eugenia, con suave paciencia, con sublime abnegacion, la ocultaba sus preocupaciones y sus temores.

Nadie puede sospechar los milagros de economía que haria la jóven para nivelar en su pequeño presupuesto los ingresos y los gastos.

Y nadie tampoco hubiera podido sospechar su espanto, cuando en un dia en que la suma reunida era aún menor que la absolutamente necesaria, Luisa tenia el capricho de comprar un ramo de flores, un lazo ó un libro.

Pero, ¿cómo negárselo?

Su salud, delicada siempre, podia alterarse si Luisa se disgustaba con una negativa; además, Eugenia pensaba en que si su madre viviese no se lo negaria... ¡era preciso!

Ante esta palabra, Eugenia tomaba una

resolucion decisiva: vendia algo suyo... ¡qué importaba, si Luisa veia cumplido su deseo! Pero los recursos se iban acabando; el terrible mañana, ese dia de esperanza para los séres felices, tiene angustias indecibles para los desgraciados.

Ese mañana es un nuevo dia en el cual se renuevan todas las necesidades, y en el que faltan los recursos que se agotaron hoy.

Esos mil nadas, esas pequeñeces de la vida doméstica que los ricos ni saben ni sospechan, son abrumadores para una naturaleza delicada, que necesariamente ha de resolverlos.

Cuando Eugenia revolvia mil veces en su pensamiento esa tristísima pregunta de los desgraciados, ese «¿qué haré mañana?» sin respuesta, Luisa llegó á buscarla, risueña, contenta, coquetamente adornada, diciéndola que aquella noche queria ir al teatro...

Precisamente era el dia en que los últimos recursos se habian agotado, y Eugenia eentia esa fiebre interior de la impaciencia, ls dolor y la duda, que tan extraña influencia ejerce sobre el espíritu.

Al oir á su hermana, tuvo impulsos de

confesárselo todo; pero aquella boca se sonreia con tanto candor, aquellos ojos brillaban con tal alegría, que la faltó el valor para llevar á aquella alma pura y tranquila las tristezas de su alma.

Buscó algo que vender y sus ojos se fijaron en el cuadrito pintado por ella.

Ya hemos visto el resultado.

¡Dios se vale á veces, para mostrarnos la senda que hemos de seguir, de medios bien extraños!

Desde aquel dia Eugenia trabajó mucho, y su trabajo satisfizo sus necesidades y los caprichos de su hermana.

¡Casi todos los grandes acontecimientos que influyen en nuestra vida parten de una pequeña causa!...

CAPITULO IV.

Tipos del dia.

¿No habeis pensado nunca, lectores mios, en que existe una gran analogía, una correlacion simpática en las propiedades de todos los séres y de todas las cosas, sea cualquiera el *reino* á que pertenezcan, la especie de que procedan ó la mision que cumplan sobre la tierra?

¡Seguramente que sí!

Nada más pintoresco, más divertido y más instructivo á un tiempo, que ese estudio á traves de la naturaleza, en el cual, despojando al sér privilegiado de los atributos de que el Creador ha querido adornarle, puede mirársele tal cual es en su estado primitivo, cuando la civilizacion no ha envuelto en el suave barniz de una apariencia agradable sus instintos y defectos.

¿No encontrais una asombrosa semejanza entre un tipo de nuestra sociedad y

un ave de las más notables del reino animal?

Hablamos del hombre bonito y del *pavo real.*

Generalmente, el hombre presuntuoso no es más que un busto admirable, una de esas obras que, segun el *sprit* francés, Dios hace en un momento de buen humor.

Pero, por lo mismo que es obra de lujo, como si dijéramos, supérflua, es tan perfectamente inútil como el ave á que le comparamos.

Estudiémosle del natural, para no cansar á nuestros lectores con digresiones inconvenientes, y al mismo tiempo tendremos ocasion de estudiar otros tipos no ménos interesantes.

—¿Quién es aquella señora cubierta de brillantes?—preguntaba Luisa Ochoa á su amiga Julia, señalando con la mirada á una mujer jóven y bella, adornada en efecto con ricas joyas, que ocupaba un palco en el teatro á que concurrió Luisa con el dinero pagado por el cuadro de Eugenia.

—Mi hermana—contestó Lutgardo Arce con enfática entonacion.

Luisa dirigió en silencio sus gemelos hácia aquella dama.

—Es muy bella—dijo.

—¿Quién?—preguntó un jovencito que acababa de llegar y saludaba en aquel momento á Luisa.

—La hermana de Lutgardo.

El jóven siguió la direccion de la mirada de Luisa, y dijo con extrañeza:

—¡La hermana de Lutgardo no está ahí!

—¡Cómo!—exclamó Luisa con asombro. —¡No está ahí? Si acaba de decírmelo él mismo!

Ernesto Vargas, que así se llamaba el jóven, atildado y compuesto como un verdadero sietemesino, que como tal lucía el cuello abierto, los botoncitos microscópicos y la doble cadena formando pabellones sobre su descotado chaleco, tomó con la confianza con que hubiera podido tomar su sombrero, los gemelos que Luisa tenia en la mano, y comenzó á mirar con atencion á todas las damas que ocupaban los palcos de aquel lado del teatro.

—¡Repito que Luz no está ahí!—afirmó.

—¡Lutgardo!—dijo Luisa—¿No me ha dicho Vd. que es su hermana aquella señora adornada con brillantes? ¡Ernesto sostiene que no!

Lutgardo, que estiraba sus guantes y

sacaba los puños de su camisa, como si no tuviera nada mejor que hacer, contestó con calma:

—¿Qué dice Vd? No he entendido lo que me preguntaba.

—¡Pues me gusta!—murmuró impaciente Luisa—¿No me ha dicho Vd. que su hermana es...

—Ah!... No ha venido!... No está buena!

—¡Cómo que no ha venido!—exclamó Ernestito con voz de tiple—¡está en los palcos que no podemos ver por estar situados sobre estas plateas!... ¡Precisamente la he saludado yo desde las butacas!...

—Ah, sí!... Puede ser!...—dijo Lutgardo.

—A Vd. le pasa algo, ¡no hay remedio!...

Luisa, al decir esto, se reia muy de corazon.

—¿De qué te ries?—preguntó Julia.

—¡De Lutgardo!

—¡Ah!...

—¡Figúrate que no sabe quién es su hermana!...

—¡Y Vd. tiene la culpa de ello!—murmuró por lo bajo Lutgardo.

—¡Yo!—dijo Luisa enrojeciendo y mirando á Lutgardo con interés y curiosidad —¡Yo! ¡Qué idea!

—Usted, sí; porque no tiene compasion de mí; porque vé que la adoro y desprecia mi amor; porque me vuelve loco con su indiferencia.

Luisa, que habia palidecido y sentia una vivísima agitacion, miró con inquietud al grupo que formaban Julia, Ernesto y un señor anciano, á quien Julia llamaba Don Antonio, y murmuró con voz trémula:

—¡Calle Vd. por Dios! ¡Si lo oyeran!

—¡Y bien!—contestó con presuncion Lutgardo—¿es acaso un crímen? ¡Qué importa que lo oigan!

Luisa miró á Lutgardo con miedo; pero lentamente aquel sentimiento fué trasformándose en interés, y sus ojos expresaban algo del sentimiento de su alma, porque una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de Lutgardo.

Antes de seguir adelante, es fuerza que intentemos hacer su retrato, para que el lector comprenda las primeras líneas de este capítulo.

Jamás una figura más hermosa encubrió una nulidad más grande en sentimientos é inteligencia.

Lutgardo era alto y de gallardas proporciones, como las estatuas de la antigua Grecia.

Su frente, blanca, noble, elevada, se cortaba en una línea perfecta por sus cabellos rubios, suaves y sedosos como los de un niño. Sus ojos pardos tenian una mirada atractiva y dulce, verdadera mirada de serpiente que fascina, no por el espléndido reflejo de la inteligencia, que no brilla en ella, sino por una especie de gracia acariciadora que la hace irresistible,

Su nariz tenia el perfil recto de un busto romano, y su boca era lo más perfecto que pudiera soñarse para adornar una varonil belleza.

Sus labios finos se entreabrian con una sonrisa llena de gracia, de indiferencia ó de pasion, si es que puede asegurarse que se unan estos distintos efectos para producir un resultado tan encantador.

Su barba oscura, fina y rizada, parecia dibujada con los suaves tonos del lapiz de Fortuny, expresamente para sombrear algun tanto aquella bella cabeza, de perfil correcto, de perfectas líneas y de aspecto arrogante.

Las manos y los piés de Lutgardo, esa señal de buena raza, que decia Dumas, eran, si no un modelo de forma aristocrática, una prueba de belleza plástica, pues

el cincel de Fidias, moldeando un bloque de perla, no hubiera podido hacer una mano más hermosa.

Unid á esta figura el carácter indolente y apasionado que distingue á los hijos de Andalucía, la mirada insistente y burlona, la sonrisa *habladora*, no encontramos otra frase para definir esa sonrisa, que tantas cosas dice; la voz insinuante, halagadora, y esa palabra viva, exagerada, salpicada de imágenes, de símiles, de hipérboles que sériamente analizada, es una especie de velo de hojas de rosa y polvo de oro que oculta un vacío; pero que sin exámen, y dejándose arrastrar por ella, es una cascada brillante en donde perlas y flores ruedan confundidas produciendo una armonía.

Tal era en lo exterior, en lo que podia juzgarse á la simple vista Lutgardo Arce; en cuanto á su interior, tiempo tendremos de conocerlo.

No es de extrañar que Luisa al mirarle, sintiese una especie de fascinacion, que es propiedad de la belleza inspirarla.

Luisa no lo conocia, y creia conocerlo; creia adivinar que bajo aquella magnífica frente, digna de llevar una corona, palpitaba un pensamiento noble y altivo; que

aquella sonrisa, que de tal modo lo embellecia, era el reflejo de un alma delicada.

Luisa se engañaba, y preciso es conocer que esos *caprichos de la lengua* que llama Selgas, contribuian á su engaño, porque la pobre niña habia oido muchas veces que *la cara es el espejo del alma*, y nunca un rostro habia visto como el de Lutgardo, digno de copiar los más nobles sentimientos.

—¿Es que se avergüenza Vd. de mi cariño?—prosiguió Lutgardo gozando en aumentar la confusion de Luisa.

—Es que yo no puedo creer en ese cariño—suspiró más que pronunció Luisa...

—Pídame Vd. pruebas: mi sangre, mi alma, mi vida...

—¡Lutgardo!—dijo Julia riendo—¿quiere Vd. dejarnos oir á la que canta?

—No vale la pena—dijo tranquilamente Lutgardo;—se hace un bien á la estética y al sentimiento artístico no escuchándola!

—¿Por qué?

—¡Porque eso no vale nada! Ni voz, ni gustó, ni escuela... ¡Nada!

—Estas afirmaciones de Lutgardo son más radicales que los manifiestos de Ruiz Zorrilla—murmuró en voz queda Ernesto.

—¡Porque sé lo que digo, y tengo seguridad de poder afirmarlo! ¿Usted cree que la Salvini canta bien?

—No es una Patti; pero su voz...

—¡Bah!...—dijo Lutgardo con un acento en que entraba por tanto la presuncion como la grosería—¡Usted no entiende de eso!

El sietemesino, á estas palabras que se le lanzaban bruscamente al rostro, so puso encarnado como una doncella al oir la primera frase de amor; Luisa bajó los ojos, y Julia lanzó una carcajada que hizo volver la cabeza á las personas que ocupaban el palco vecino.

—No se ofenda Vd., Ernesto; cuando Lutgardo asegura una cosa, lo mejor que se puede hacer es creerlo—dijo Julia.

—¡Y tanto!—afirmó éste.

—Es que yo, señora...—murmuró Ernesto.

—¡Vamos, vamos, confesemos de buen grado que la Salvini no canta bien!

—Pues á mí me parece...—insistió Ernesto.

—Luisa—dijo Julia, como si quisiera á todo trance cambiar la conversacion—déjame tu sitio, que quiero ver de frente á la Salvini: es bonita...

Luisa que ocupaba el sitio de segundo término del palco, se levantó en silencio y ocupó el lugar de Julia.

Esta sentóse junto á Lutgardo, y dirigiéndole una sonrisa comenzó con él una conversacion en voz baja, en que las risas, las miradas, las palabras que por ácaso se oian, denotaban una gran intimidad.

Luisa procuraba en vano prestar atencion á la música; su alma y sus sentidos estaban pendientes de aquella conversacion, que no lograba comprender.

Las miradas de Lutgardo tenian para Julia la misma expresion acariciadora, su sonrisa era igualmente expresiva... Diríase que no sabia mirar ni sonreir de otro modo!

Luisa sufria un tormento del cual no podia darse cuenta.

En vano Ernestito la explicaba el argumento de la ópera con frases que para hacer más claras pronunciaba casi en francés y casi en italiano.

Luisa no le oia. Si por acaso se fijaba en él, aquella fisonomía afeminada, con el cútis fino como el de una mujer, el pelo formando una ancha punta en la frente, las manos sin guantes y las miradas tími-

das y contenidas, formaban un contraste tan enérgico, tan notable, con la belleza varonil y majestuosa de Lutgardo, que sus miradas se detenian en éste, como se detiene la mariposa sobre la rosa erguida, sin cuidarse para nada de la violeta.

Lutgardo, por su parte, no se apercibia de la atencion de que era objeto. Hablando y riendo con Julia, parecia haberse olvidado de todo lo demás.

Julia, absorbiendo esta atencion, saboreando su triunfo, paseaba sobre Luisa una mirada de orgullo satisfecho, que iluminaba la maligna expresion de su fisonomía.

Y en verdad que nos hemos olvidado de presentarla á nuestros lectores, y éstos están en su derecho diciéndonos que no la conocen.

Vamos á salvar este olvido.

Julia era una de esas mujeres que se ven á cada paso en sociedad, que no tienen ningun rasgo distintivo, y que, sin embargo, forman un tipo especial.

Pertenecia á la clase media, y habia sido enriquecida por un casamiento *de razon*, como se llaman, sin razon ninguna, los que se llevan á cabo sin que el amor los justifique.

Su marido, de una edad avanzada, la dejaba obrar en libertad, y gastar á su capricho, utilizando ella esta licencia ilimitada para ostentar ese lujo vulgar y recargado que tan mal gusto revela.

Su figura estaba perfectamente en armonía con su manera de ser: morena, con ese moreno pálido que revela un temperamento nervioso y sensual, con ojos y cabellos negros, rostro ovalado, mediana estatura y redondas formas: no habia un solo rasgo en su fisonomía, ni una sola línea en su cuerpo que revelase distincion.

En la noche en que la damos á conocer á nuestros lectores, estaba ostentosamente vestida con uno de esos trages combinados de dos colores, que han sido inventados, sin duda, para hacer la desesperacion de las mujeres vulgares, las cuales jamás pueden acertar con los tonos que se unen suavemente, y eligen los más desgraciados efectos; algunas joyas, cuyas piedras no revelaban muy elevado orígen, y ese provocativo rizo en la frente que suelen llevar las mujeres del pueblo, completaban su adorno.

En la mirada vanidosa y satisfecha que paseaba por todo el teatro; en la manera

de ahuecar su falda para que sobresaliera de la barandilla del palco; en el minucioso cuidado con que arreglaba sus lazos y flecos, se comprendia que era la primera vez que lucia aquel trage, que le habia costado mucho dinero, y queria á todo trance que llamase la atencion.

La compañía de Luisa, modestamente vestida, sencillamente peinada, con los cabellos rubios casi sueltos por su espalda y la mirada tímida y cobarde, tenia que hacer brillar la mirada provocativa, el trage vistoso y el complicado adorno de su peinado; y para provocar este contraste, sin duda, buscaba de contínuo la compañía de la sencilla jóven, que la creia su mejor amiga y le agradecia muy de corazon sus preferencias.

Algun tiempo hacia que Lutgardo y Julia hablaban en voz baja, cuando ésta última, con acento burlon, preguntó á Luisa:

—¿Qué tienes? ¿Te entristece la música?

—No—contestó comprendiendo por instinto lo ridículo que era demostrar su dolor;—no, pero me gusta oirla en silencio.

—¡A ménos que no te hable Lutgardo!...

Luisa se ruborizó, contuvo con un esfuerzo poderoso las lágrimas que pugna-

ban por subir á sus ojos, y contestó procurando aparecer serena:

—Cuando me hablan, escucho.

—Pues Ernesto te habla hace rato, y no le contestas.

—Luisa está distraida...—añadió Ernesto.

—Lo que estoy es enferma esta noche —murmuró la pobre Luisa, con voz alterada.

—¡Enferma!—dijo Lutgardo que miraba con indiferencia á las señoras de los palcos próximos—¡no diga Vd. eso, si no quiere que enfermemos de pena cuantos aquí estamos!

Luisa le miró en silencio: en su mirada habia una viva expresion de tristeza, y un reflejo más vivo aún de simpatía; no sabia si agradecer las palabras de Lutgardo ú ofenderse de ellas.

—¿Qué tiene Vd?—preguntó éste ocupando un asiento próximo á Luisa—¿será que la ha constipado la frialdad de su corazon?

Y al decir esto se quitaba lentamente un guante, revolvia como maquinalmente una sortija en que se engastaba un grueso brillante, y dejaba su mano, blanca y suave

como la de una dama, sobre el pantalon negro, que la hacia destacarse como si fuese de mármol.

Ernestito se levantó, se despidió y salió.

Julia comenzó á mirar á todos lados, y como si la ópera se le hiciese insoportable, bostezó ligeramente, contempló el paisaje de su abanico, y al fin dijo con languidez:

—Vámonos, Luisa, porque decididamente la Salvini canta muy mal.

Al decir esto miró coquetamente á Lutgardo, que sonrió satisfecho.

Una de las pretensiones de los necios es que todo el mundo apruebe y apoye sus opiniones.

Su vanidad no sufre la menor contradiccion.

—Mi coche no ha venido—dijo con indolencia Lutgardo;—de otro modo lo ofreceria á ustedes.

Julia se echó á reir.

—No hay necesidad—dijo alegremente ¡vivimos cerca! D. Antonio acompañará á Luisa.

—Con mucho gusto—contestó levantándose aquel inútil personaje, de quien nos habiamos olvidado, á semejanza de los demás.

Lutgardo tomó el abrigo de Julia y la ayudó á ponérselo; en tanto que se inclinaba para desenredar sus flecos, Julia le dijo á media voz:

—¡Hasta mañana!...

Luisa oyó estas palabras, y una viva impresion de impaciencia se reflejó en sus ojos.

—¡Mañana se verán!—pensó la pobrecita niña.

Y al recibir su abrigo, que tambien Lutgardo le presentaba, murmuró acaso instintivamente, ó respondiendo á su preocupacion:

—¡Hasta mañana!

—¡Dónde? — preguntó indolentemente Lutgardo.

—En casa de Julia.

Lutgardo se inclinó, dió el brazo á Julia, que ya se impacientaba, y salió con ella.

D. Antonio ofreció el suyo á Luisa, y murmuró al salir:

—¡Um!... Es muy buen mozo este Lutgardo; ¡pero el juicio que tiene no vale un *perro chico!* Sin embargo, vea Vd., ¡no sé por qué todas las mujeres le hacen caso!... ¡No hay pícaro que no tenga suerte!...

CAPITULO V.

Un té.

Nada hay más risible ni que más se preste al ridículo, que el deseo de aparentar algo que en realidad no poseemos, y nada más difícil, tambien, que conseguir la benevolencia de los que juzgan y aprecian estos esfuerzos que generalmente inspiran desprecio ó indiferencia.

Ved un hombre de inteligencia adocenada ó nula pretendiendo aparecer importante, dándose aires de sabiduría.

Al imitar al verdadero sabio, hace lo que el caricaturista al copiar unas facciones: ¡las desfigura!... ¡Y de qué manera!...

Pues, ved á la mujer vulgar queriendo aparecer gran dama, á la vieja renovándose para mentir juventud, al pobre fingiendo riqueza!

Repetimos que no hay nada más ridículo.

Todas estas reflexiones, y muchas otras

que omitimos por no cansar al lector, se nos ocurren al tener que hablar de una reunion en casa de Julia Montes, á quien ya conocemos.

En una pequeña sala, por donde el buen gusto nunca se habia tomado el trabajo de pasar, estabá la dueña de la casa, pretenciosamente vestida, exageradamente empolvada de *Veloutine*, con su eterno rizo en la frente, sus vistosas joyas y estudiados movimientos.

Y en verdad que estas improvisadas señoras se ven tan embarazadas en sociedad como las malas cómicas en escena.

¡Pobres manos! ¡á qué movimientos tan anti-naturales se las condena! Pues, ¡y la cabeza!... ¡y las miradas, y las frases retumbantes aprendidas en las novelas á dos cuartos la entrega!

Una pequeña córte rodeaba á aquella reina *sui generis*, y es preciso confesar que guardaban perfecta armonía vasallos y soberana.

Una jóven habia, sin embargo, cuyo atavío, de perfecta sencillez, formaba un notable contraste con las vistosas galas de las demás.

Era Luisa Ochoa.

Un sencillo trage de negra seda, descotado en cuadro sobre su blanco y delgado pecho, unas bandas de tul blanco llenando el hueco de este descote, y sus cabellos rubios, elegantemente recogidos con alfileres negros, demostraban que una mano inteligente y delicada habia dirigido tan modesta *toilette*.

Luisa estaba aún más pálida que la noche que la vimos en el teatro.

Habia en su actitud algo de fatiga y cansancio. Al verla detenerse como para tomar aliento en la más sencilla conversacion, al oirla toser débilmente al menor esfuerzo, al mirar su palidez *perlina*, como dice Zorrilla, se sentia una tristeza vaga; creia verse una paloma herida, que vuelve lentamente y con penoso esfuerzo á su nido para morir en él.

Cuando la encontramos acababa de llegar á casa de Julia, que la recibia con una sonrisa de orgullo satisfecho.

—¡Por poco acabas de llegar!—dijo la arrogante ama de casa con su natural desenfado—Tú te lo has perdido; ya se han servido los helados.

—No hubiera podido tomarlos—contestó triste Luisa—¡estoy mala!...

—¡Ya los tomarás despues!... ¡Pues no faltaba más, sino que se hubieran acabado!

—¡Eugenia me lo ha prohibido!

—¡Bah! ¡Melindres de tu dichosa hermana! Pues ¿qué tienes?

—He tosido hoy mucho...

—¡Irritacion!... ¡Y quién en tu lugar no la tomaria! Tu hermana, con sus romanticismos y sensiblerías, es capaz de quemar la sangre á un ruso.

—Mi hermana no es romántica—dijo con disgusto Luisa.

—¡Friolera! ¡Y poco que lo es! ¡Con esa manía de echarla de pintora y artista!... No me gustan las mujeres artísticas. ¡Qué plaga! ¡Nada, nada, estoy con ese señor (1) que escribe tantas picardías contra las escritoras, pintoras, escultoras, etc., y que sólo les permite ser músicas, sin duda porque es lo que hace ménos ruido...

—Mi hermana no hace la artista fingida; ¡lo es porque Dios ha querido que lo sea!

—Déjate de tonterías, Luisa: ¡eso de que el poeta nace, es pura farsa! ¡Si sabremos lo que son esas cosas! Todas esas artistas tienen un amigo que les ayude en sus trabajos...

(1) Revilla.

Luisa iba á contestar, cuando un nuevo convidado al té de Julia apareció en la puerta de su sala.

Este convidado era Lutgardo.

Se detuvo un momento en el dintel; paseó su arrogante mirada sobre la concurrencia con el mismo orgullo con que debió fijarla Neron en las llamas que consumian á Roma. Tiróse de los puños de la camisa, arregló su corbata, y despues de cumplidos todos estos detalles del fátuo adorador de sí mismo, se dignó adelantar hácia la dueña de la casa, que lo esperaba sonriendo, en tanto que Luisa bajaba temblorosa la cabeza, con las mejillas animadas por el suave calor de la dicha.

—¿Cómo está Vd., Julia?—preguntó, tendiéndola la mano, segun la vulgarizada moda que tomamos de los ingleses, y que hemos trasmitido al mundo de las cocinas y mostradores, etc., etc.

—Bien, gracias... A Vd. no hay que preguntarle; pues aunque por aquí no le veamos, se sabe que está bueno.

—¡Perdone Vd. si he faltado! No me dejan vivir los amigos y las amigas... ¡Ah! —exclamó interrumpiéndose—¡Buenas noches, Luisa! ¿Cómo es que no dice Vd. nada?

—No tengo nada que decir...

—¿Ni siquiera que se alegra de verme? —preguntó Lutgardo, aprovechando el que Julia saliese á recibir á una amiga para sentarse junto á Luisa.

—¿Y qué le importa á Vd. que me alegre ó no?

—¡Qué ingrata es Vd.! ¿Conque no me importa? ¡A mí, que la amo, que la adoro!...

—¿Por qué dice Vd. esas cosas, si no son verdad? ¿No vé Vd. que hace daño?

—¿Y por qué no han de ser verdad? ¿Quiere Vd. que se lo pruebe, que se lo jure? ¿Quiere Vd. verme de rodillas?

—¡No!—dijo Luisa conmovida—pero quisiera que no olvidase lo que me promete: entónces...

—¿Qué he olvidado yo?

—Dije á Vd. en el teatro que al dia siguiente vendria aquí... y Vd. no vino.

—¡Es verdad! ¡Merezco que Vd. me odie, que me desprecie!... ¡Tuve que ir á ver á una mujer!...

—¡A una mujer!...—preguntó Luisa con extrañeza.

—¡Y bien! ¡Qué importa que Vd. lo sepa! ¡Así comprenderá que nada le oculto! ¡Una mujer que me persigue, que se empeña en que yo la ame!

—¡Dios mio!

—Pero ya estará desengañada.

—¡Es posible! ¿Pero ella?...

—¡Ella misma! En el Carnaval último me declaró su pasion; despues me escribe, me llama... ¡y si fuera ella sola!

—No creia yo que hubiera mujeres que hiciesen eso—murmuró confusa Luisa.

—¡Y si viera Vd. qué cartas! *Vida de mi vida y alma de mi alma.* Así empiezan.

—No tengo necesidad de saberlo—contestó séria Luisa.

—¡Todas las mujeres son iguales! Le doy á Vd. una prueba de confianza, y se enfada.

—No me enfado, pero puede Vd. hablarme de otra cosa.

—¿Y qué mal hay en ello? En fin, como Vd. quiera. Si Vd. la conociera... su nombre empieza con una...

El delicado Lutgardo iba sin duda á decir el nombre de la dama, cuando, interrumpiéndole oportunamente, llegó un criado con una inmensa bandeja llena de tazas, en que rebosaba el líquido amarillento de los chinos: que no hay como ser ricos ó parecerlo para llenar las tazas. Lutgardo tomó una y la dió á Luisa; el

criado, creyendo haber terminado su mision por aquel lado, fué á pasar á otro, y enojado Lutgardo de la prisa, le dijo en alta voz por vía de leccion:

—¡Bárbaro! ¿Crees tú que yo no merezco tomar una taza?

—Perdon, señorito—exclamó el pobre gallego.

Pero ántes que acabase de decirlo, Julia, que habia oido la sonora voz de Lutgardo al lanzar el poco agradable adjetivo con que llamó al criado, llegó agitada.

—¡Si lo tengo dicho!... este hombre no sirve para nada. La ponen á una en ridículo los criados.

—No queria que yo tomase té—dijo Lutgardo, uniendo, al decir estas frases, la intencionada risa á la significativa mirada.

—¡Animal!—murmuró Julia, tan tranquila como si dijese *amén*—trae aquí.

El criado, confuso al oirse tratar de aquel modo, adelantó con apresuramiento la bandeja, al mismo tiempo que su indulgente señora alargaba la mano para tomar una taza: chocando ambas cosas, la taza más cercana cayó al suelo, y su aromático líquido manchó la falda de Julia, que se puso, aún más que lo estaba, furiosa.

—¡Torpe, animal, bruto!—murmuraba verde de ira, lanzando entre cada uno de estos epítetos una furibunda mirada al gallego.—¡Si yo no quiero tenerte en mi casa! ¡Si no ganas el pan que comes! La culpa tengo yo por buena, por tonta, en no despedirte.

—Pues lo que ha de ser mañana, ahora mismo—dijo el gallego dejando la mal parada bandeja sobre una silla; y encarándose con su señora:—esta casa es un infierno. ¡Mi cuenta!

¡Insolente!—gritaba Julia, haciéndose arrebatadamente aire con su abanico.—¡Vete de mi vista!

Durante esta grotesca escena, Lutgardo se reia ruidosamente, y Luisa, aunque no tenia costumbre de frecuentar la sociedad, se ruborizaba por instinto ante aquel espectáculo del género *cursi*.

Los demás convidados habian formado círculo alrededor, y escuchaban con risas contenidas.

En aquel momento, ¡oh fatalidad para Julia! apareció en la puerta del salon un personaje altamente interesante para ella, porque era nada ménos que un título de Castilla, un título auténtico, que iba á to-

das partes segun uso y costumbre de nuestros democráticos aristócratas.

No sabemos qué fué más cómico en la actitud de Julia, si su apresuramiento por salir á recibir al señor marqués, ó su apuro para limpiar con el pañuelo las frescas manchas de té que ajaban su crugiente falda de seda de color de rosa.

El marqués—y perdónennos nuestros lectores que no digamos *de qué*, puesto que no habiendo más que uno es imposible equivocarle—miró, por su parte, con extrañeza aquel grupo, que asemejaba al coro de *El Juramento*, en que los aldeanos rodean *á la señora*, y adelantó hácia Julia.

—¡Ay, señor marqués!—murmuró ésta, elevando á cada letra su acento, para que todos comprendiesen la honra que les cabia de codearse, como suele decirse y ella pensaba, nada ménos que con un título.—Señor marqués, Vd. perdone...

—¿Qué le sucede á Vd.?—preguntó el marqués tendiéndola su mano.

—¡Nada! ¡Que los criados son tan torpes!... Me ha derramado el té, y voy á ir, con su permiso, á mudarme el trage.

—Por mi parte, encuentro á Vd. muy bien... como siempre.

—Muchas gracias—dijo Julia alzando la voz, para que comprendiesen que el marqués la galanteaba;—es Vd. muy amable, pero estoy horrible.

El gallego, que no entendia de títulos, se adelantó hácia Julia, diciendo en voz alta:

—¿Conque yo me voy?... ¡vengan lus cuartus!

—¡Qué insolencia!—exclamó Julia indignada.—Vaya Vd. á la cocina... Señor marqués, Vd. perdone.

—¡Qué cucina ni qué ochu cuartus! donde me voy es á mi casa.

En aquel momento acertó á llegar el viejo marido de Julia, que apercibido de lo que pasaba se llevó al gallego, no sabemos si para pagarle ó pegarle, que bien pudieran ser ambas cosas.

En cuanto á Julia, se volvió al marqués muy tranquila y exclamó:

—¡Estas gentes no tienen *dirnidad!*

El marqués contuvo á duras penas una carcajada.

Lutgardo, que habia recorrido toda la escala política y en esta época se habia detenido, como quien dice, á tomar un respiro en el peldaño democracia, era tam-

bien grandemente afecto á ciertas cosas á las que en voz alta llamaba ridículas, pero que envidiaba de muy buena fe; así es que se aproximó al marqués con el deseo de aparentar con él una intimidad que no existia, pues sólo habian cambiado algunos saludos en el casino ó círculo á que ambos concurrian.

Pero Lutgardo era tan simpático, su mirada y su sonrisa atraian de tal modo, que el marqués, sin mostrar extrañeza por aquella familiaridad inesperada, le acogió de buen grado, entablando con él una animada conversacion, en tanto que Julia habia ido á su tocador á enmendar los desperfectos causados por el gallego.

—Es bonita esa jóven—decia el marqués á Lutgardo señalándole con la mirada una rubita que vestia de azul.

—¡Eso no vale nada!—afirmaba imperturbable Lutgardo.—Yo le enseñaré á Vd. mujeres... pero ¡qué mujeres! Conozco una que ya no es niña, y que es lindísima. Ha tenido seis ó siete hijos, tiene los dientes postizos, pero todavía...

—¡Llévese el diablo vuestro jamon en conserva!—exclamaba riendo el marqués; —¡me gusta la carne fresca!

—Tiene unos ojos...

—¡Já, já, já! Conozco casas ruinosas con grandes ventanas.

La conversacion giraba despues sobre artes.

—¿Conoce Vd.—preguntaba el marqués—el discurso que ha hecho Alarcon en la Academia?

—¡Eso no vale nada!—volvia á afirmar Lutgardo.—Oscuro, incomprensible, neo.

—¿Qué está Vd. diciendo? Sin duda que no lo ha leido.

—¡Ya lo creo que lo he leido! ¡Como que lo sé de memoria!

—¿Y qué opina Vd. del último drama de Zorrilla?

—¡Hombre! ¡Y se atreven á llamar á eso drama! Nada, ménos que nada. ¡Si no sé cómo no le han silbado hasta las butacas del teatro! ¡Chocheces de la edad!

—El genio no envejece, ni el alma ni el sentimiento tienen edad. Echegaray está en la fuerza de su genio, y sin embargo, no ha gustado su último drama *Para tal culpa tal pena.*

—¿Qué dice Vd.? ¿Que no ha tenido aceptacion? ¡Si ha vuelto loco á Madrid! ¡Si es mejor que *O Locura ó Santidad!* ¡Si

no se ha hecho nada igual!...

—Pero, señor, ¿dónde ha recogido Vd. esas noticias?

—En todas partes.

El marqués se encogió de hombros, y preguntó, para mudar de conversacion:

—¿A cómo están hoy los fondos?

—A 10,11—dijo Lutgardo.—¡A mí sí que me divierte la baja! ¡Pierdo más de dos millones!...

—¡Perder es!—exclamó el marqués.

—¡Ya lo creo!—contestó muy imperturbable Lutgardo.

Julia apareció en aquel momento con Luisa; habia cambiado su trage rosado por otro verde, y habia añadido una nueva capa de *veloutine* á la que ya se extendia sobre su rostro.

Con mil monadas anunció al marqués que iban á servir helados y dulces, y le preguntó si queria alguna otra cosa.

—No, señora; no quiero nada más—dijo el marqués riendo.

Creemos que el lector ha visto bastante para juzgar del resto: retirémonos ántes que llegue el helado, no vuelva á tropezar el gallego y nos toque á nosotros esta vez que nos manchen el trage.

CAPITULO VI.

El cuadro «La Esperanza.»

Han pasado unos dias desde que dejamos á nuestros personajes en casa de Julia, y volvemos á encontrarles en un acontecimiento que diriamos solemne, si el vocablo no fuese demasiado majestuoso para expresar el escaso interés que en las capitales de provincia suelen tomarse en un asunto artístico.

Nos referimos á la apertura de una Exposicion de pinturas en la bella ciudad de M...

La curiosidad más viva se habia apoderado de todos los aficionados al arte de Murillo, por conocer á la autora de un cuadro de regulares dimensiones que representaba *La esperanza;* tenia por firma el nombre de *Eugenia*, y, segun la opinion de cuantos le contemplaban, merecia el primer premio.

Nada más dulce que aquella *esperanza*, representada por una mujer, indudablemente una madre, arrodillada junto á la cuna de su hijo y elevando al cielo una mirada llena de gratitud y de ternura, porque creia descubrir en la sonrisa del ángel el término de su enfermedad.

La figura de la mujer, que era la principal del cuadro, se veia de perfil, escorzándose admirablemente su blanco cuello entre los deshechos bucles de sus cabellos rubios, en la actitud de súplica con que elevaba al cielo sus ojos, velados por el llanto.

Una de sus manos oprimia su pecho, como si comprimiese los sollozos que en él se levantaban, y la otra se extendia sobre la cuna, cual si quisiera proteger al inocente enfermo, que acariciaba con sus pequeñas manecitas aquella mano querida, semejando dos mariposas que jugasen con una azucena.

La naturalidad en los detalles, la valentía del dibujo, la suavidad y frescura del colorido, el ambiente del fondo y la verdad de la expresion, daban al cuadro de Eugenia un encanto irresistible y un mérito relevante. Nada más gracioso y natu-

ral que aquella mujer, cuyo dolor la hacia desde luégo simpática, envuelta en un trage blanco que caia en graciosos y sóbrios pliegues á su alrededor; que aquel niño, pálido por la enfermedad, con su vaga sonrisa de ángel, acariciando, acaso por última vez, al sér á quien únicamente conocia y amaba; y nada, en fin, más poético, más conmovedor, que la expresion de temor y alegría, de dolor y esperanza, que revelaba la actitud y la mirada de la pobre madre.

Aquel cuadro, no sólo estaba pintado, estaba sentido; parecia que la autora habia observado atentamente, para copiarla, una de las escenas más desgarradoras y más interesantes de la vida real: la muerte de un niño.

No era extraño que ante aquel lienzo se detuviesen con interés y simpatía cuantos visitaban la Exposicion; que fijase todas las miradas y diese lugar á las más aventuradas suposiciones.

Una bella obra de arte es mirada siempre con interés; pero cuando esta obra ha sido hecha por una mujer, el interés crece y fluctúa entre la incredulidad y el asombro.

En España, donde se dá á la mujer una educacion tan limitada, es donde verdaderamente puede decirse que la artista *nace;* porque, si aquí alguna mujer logra adquirir un nombre y ocupar un lugar distinguido, puede asegurarse que lo debe á su propio instinto, á su voluntad, y hasta á su valor nos atreveriamos á decir, pues tiene que luchar, para conquistarlo, contra todo género de preocupaciones y vulgaridades.

Aunque parezca imposible, todavía en España al presentarse una obra de mujer, se cree que se la han dado hecha; todavía no se la concede un lugar en esos centros científicos donde no hay que hacer pruebas de fuerza, sino de inteligencia; todavía, en fin, cuando se la cree, porque ha probado de cualquier modo su aptitud, se acoge con sorpresa lo que acredita su genio.

Es verdad que aún se vuelve la cabeza con asombro para seguir á la que dirige un coche ó maneja un caballo.

Y es que falta mucho todavía para que aquí se comprenda que la mujer es, ni más ni ménos que el hombre, una parte del todo social, y que no existiendo la seguri-

dad de tener siempre un hombre que dirija su vida moralmente, y le facilite el medio de satisfacer sus necesidades materiales, es forzoso enseñarla á bastarse á sí misma, á ménos que no se prefiera dejar su porvenir confiado al azar de hallar un marido, de que este marido no se muera, ó si se muere que sea bastante rico para dejarla asegurada una fortuna.

Aberraciones que lentamente irán desapareciendo, porque nada más natural, más justo ni más lógico, y en armonía con la realidad de la vida, que enseñar á la mujer á trabajar; hacer ese trabajo reproductivo y desterrar de una vez y para siempre las nécias preocupaciones que han hecho de ella un ente inútil en muchos casos, peligroso en algunos y desgraciado en los más.

Deciamos, pues, que el cuadro de Eugenia Ochoa llamaba extraordinariamente la atencion, tanto por su mérito, cuanto por ser su autora desconocida completamente de aquella sociedad. Hubo quien creyó que aquel sencillo y poético nombre de pila era el pseudónimo de un pintor notable; otros atribuian *La Esperanza* á alguna elevadísima persona que deseaba guardar

el incógnito. Estos distintos pareceres llegaron á formar una atmósfera de interés palpitante en torno de la obra en cuestion, que llegó á ser el tema obligado de todas las conversaciones.

Como era natural, nuestros personajes tomaron parte en ese entusiasmo, puesto que la formaban del público en que el cuadro se exhibia, y nada hay más comunicativo que la admiracion, pues, como la chispa eléctrica, desliza su corriente de uno en otro, conmoviendo á cuantos con ella se ponen en contacto.

Estos ecos, estos rumores vagos que nada dicen, y que forman tan dulcísima armonía para el alma del que los pronuncia, llegaban apénas al aislamiento de Eugenia como mensajeros de aquella gloria, tan soñada por todo artista como difícil de alcanzar. No era un sentimiento de vanidad, ¡pobre niña! lo que aquel triunfo la inspiraba, era una idea de calma: Eugenia no pensaba en ostentar aquella ventaja para abrirse un camino de ovaciones y aplausos, para alcanzar un lugar visible en sociedad; no, ella no pensaba salir de su retiro: pero creia asegurado su porvenir y el de su amada Luisa si su cuadro alcan-

zaba un premio, lo cual era una confirmacion pública y solemne de su mérito.

¡Dios sólo sabia las horas de trabajo, de ansiedad, de lucha que habia costado aquel cuadro! ¡Dios sólo hubiera podido seguir el vuelo de las esperanzas é ilusiones que, en tanto que el pincel volaba dando forma al pensamiento, Eugenia creaba como flores de la fantasía, que mueren apénas nacen!

En cuanto á Luisa, que no habia fijado siquiera su mirada en el cuadro de Eugenia, cuando oyó hablar con elogio de *La Esperanza*, exclamó con orgullo:

—¡Es de mi hermana!

La afirmacion voló de boca en boca, y esto reveló el nombre completo de la autora, tan desconocido despues de saberse el apellido como cuando se ignoraba.

Hubo uno, sin embargo, que lo conoció: Lutgardo, el cual se dirigió á la Exposicion, diciendo:

—Ah! ¡Conque esta pintora es la misma que vendió para un palco el cuadrito que yo tengo, y es hermana de Luisa! ¡Y pensar que no se me habia ocurrido! ¡Es verdad que la habia olvidado completamente... será preciso buscarla!

CAPITULO VII.

El primer lauro.

Lectores: si habeis conseguido alguna vez, ó lo habeis soñado siquiera, uno de esos triunfos artísticos que viven siempre en nuestros recuerdos, que forman en derredor de nuestro pensamiento como una atmósfera brillante que dora y embellece el mundo exterior, que flota como una esencia en el aliento que respiramos y nos embriaga con sus efluvios de gloria, comprendereis sin duda lo que sentia Eugenia al adquirir la certeza de haber sido premiado su cuadro *La Esperanza* por el jurado de la Exposicion.

Aquel premio era para ella la sancion de sus aspiraciones artísticas: era su título de pintora.

El genio benéfico que habia de realizar sus esperanzas, la llave que habia de abrir á su paso todas las puertas.

El primer láuro conseguido por su débil mano le producia esa embriaguez dulcísima de la ambicion de gloria, cuando moldeándose en la forma de una vaga esperanza lleva en sí cuantos sueños puede encerrar la fantasía, combinados caprichosamente por esas traidoras ilusiones que, como el íris, deslumbran con sus brillantes colores, y como el fnlgor irisado se deshacen con la interposicion de la más pequeña sombra.

Eugenia, sencilla en sus gustos, sencilla en sus deseos, sencilla en los sentimientos de su corazon, sentia ante su primer triunfo algo parecido á una embriaguez: era el principio de esa sed que jamás se calma, con la que empieza ese martirio que el mundo suele compensar con una corona de laurel. Sus gustos modestos, su carácter dulce, habian sufrido una trasformacion leve, pero notable.

Al pasar la llama cerca de un mármol no lo carboniza, pero le imprime una veta oscura que denuncia la proximidad del fuego: así el orgullo de un momento no cambia el carácter, pero con su impulso puede influir é influye seguramente en una determinacion decisiva.

Poco hemos dicho de Eugenia, y sin embargo, creemos que nuestros lectores la conocen.

De estos séres, el retrato es siempre exacto: sólo con copiar un rasgo, una línea, algo, en fin, de lo que les hace notables entre la generalidad, se les da á conocer.

Ya hemos dicho que no era hermosa, pero era bella, simpática y atractiva, como la gracia, como el talento, como la bondad, sólo que pertenecia á esos séres que debieran vivir en un mundo de sueños, sin rozarse para nada con la realidad de las cosas, sin otra mision que encantar al mundo con sus fantasías, así como la planta acuática, que en su fresco mundo de cristales líquidos no tiene otra mision que encantarle con sus flores.

Porque estos pensamientos que empuja la idealidad como empuja el viento la vela de un navío; estos corazones que desbordan su ternura como desborda su espuma una botella de *Champagne* al saltar el tapon que la contiene; estas voluntades entusiastas, indecisas, móviles á la impresion más leve, de la mejor buena fe y sin pensarlo acaso, hacen en la vida práctica los

mayores desaciertos, las tonterías más grandes, sin sospecharlo siquiera.

Fernan Caballero tiene razon: las mujeres de más talento, esas que sienten hervir y revolverse las ideas en su cerebro, como mariposas brillantes que pugnasen por romper el fanal que las encierra, son las ménos capaces de preparar la telita de araña de que pende muchas veces la dicha de la vida.

Las medianías tienen una habilidad especial para saber lo que les conviene y llegar á donde quieren ir.

La mujer de genio, la mujer de corazon, sigue su impulso sin analizarlo ni defenderse de él.

Eugenia de Ochoa estaba dotada de todas esas condiciones, negativas para la dicha real, pues la dicha de la vida viene á ser como una imposicion que nos hacemos á nosotros mismos de llamar así á una situacion que acaba por acostumbrarnos á su monótona igualdad, y que comparada con otra más inquieta, nos ofrece la ventaja de la calma del espíritu.

—La dicha es—oiamos decir hace poco á un escéptico amigo—una especie de ebullicion de los sentimientos, que suben en

relacion al calor que desarrolla el entusiasmo, ni más ni ménos que el agua de una cafetera con la proximidad de la mecha encendida; pero que como ésta, ó se agota ó se vierte, si el calor no se retira á tiempo, esto es, si el límite de la prudencia y el conocimiento de la realidad no contienen aspiraciones siempre peligrosas porque son siempre imposibles.

Suprimamos, lector, las filosofías, y volvamos á Eugenia.

Ya sabes, y perdona la confianza que nos tomamos contigo, pues segun ha dicho Manuel del Palacio:

> Entre reyes y vates, no es vileza
> Llamar á Dios de tú.....

Ya sabes que Eugenia, de brillante inteligencia y de gran corazon, tenia, á pesar de estas cualidades, y acaso á causa de ellas, la desgracia de no ver la realidad de las cosas tal como es en sí, sino tal como sus gustos artísticos y sus elevados sentimientos se las fingia, creyendo hallar lo bueno, lo bello y lo digno por todas partes como regla, en vez de buscarlo ¡ay! como excepcion.

Despues de saber esto, sigue adelante y no te extrañes de nada; que como buen

español, es fuerza que recuerdes la obra de nuestro inmortal Cervántes, y ahora como entónces, la abnegacion, la generosidad, la bondad y la sencillez, salen de su peregrinacion á través de la vida apedreadas por galeotes, pegadas por arrieros, corridas por yangüeses y ridiculizadas por nécios, que ese es el Calvario que les está marcado de antemano.

Como prueba de imparcialidad debemos hacer constar que el talento debe consistir en resguardar esas altas cualidades de tan brutales acometidas, y así sucede con esos talentos *prácticos*, digámoslo así, que calculan ventajas y miden conveniencias, pero no con esos otros que tienen por base la idealidad del genio, especie de velo interpuesto entre el deseo y la verdad, que presta á ésta los vivos matices con que aquel se engalana.

Leamos una página del corazon de Eugenia que representa su pasado, y vengamos despues á su presente.

Hacia algun tiempo, cuando vivia bajo el amparo de su anciana abuela, que habia conocido á un marino llamado Ricardo Valenzuela, el cual le habia inspirado una viva simpatía. Leal, pundonoroso y valien-

te, aquel hombre realizaba la creencia que de los hombres tenia la sencilla jóven, y al tratarle y conocer la nobleza de sus sentimientos, no dió á éstos el valor que debe darse á lo que honra con excepcional grandeza á la sociedad en que se muestra, sino que los aceptó como una cualidad, apreciable, sí, pero general y casi obligatoria en el hombre. La simpatía, rosada aurora de ese sol de las almas que se llama amor, unió bien pronto aquellos dos corazones, tan nobles, tan puros, tan dignos el uno del otro.

Ricardo amó desde luégo á Eugenia, con ese amor tranquilo, pero grande, único, tan propio de esas naturalezas privilegiadas que se apegan á los sentimientos como la ostra á la roca, y viven con ellos y con su recuerdo mueren. Eugenia le amó tambien; pero su amor, si bien era puro y grande, seguia las oscilaciones de su carácter, que seguia á su vez el vuelo de su fantasía.

Ricardo era pobre, aunque de noble familia: hasta obtener un adelanto en su carrera no le era posible unirse á Eugenia, y como necesariamente habia de separarse de ella, sentia una inquietud vaga al pen-

sar en lo que pudiera reservarle el porvenir.

Conocia perfectamente los nobles sentimientos de la jóven, su grandeza de alma, la elevacion de sus ideas; pero en el carácter de Eugenia, en el cual alternaban, como alternan dos colores en la movible luz de un faro, el desaliento y la esperanza, el entusiasmo y el cansancio, veia algo que no definia y que le asustaba sin saber por qué.

Cuando Eugenia le habló de su decision de pintar para vender sus cuadros, Ricardo tembló, y sus temores se hicieron más vivos, más sombríos: no tenian causa, y la tuvieron. El sabia lo que atrae ese magnetismo á qué llamamos gloria, nombre más en armonía con las esperanzas que inspira que con las realidades que ofrece; él comprendia que el eco de los aplausos es una especie de canto de sirena, que extravia el pensamiento; él se figuraba lo que puede influir la vanidad en las decisiones de una mujer impresionable y entusiasta.

Pero le era imposible emplear el único medio que podia darle el derecho de disponer á su antojo de la suerte de Eugenia,

y hubo de resignarse, haciendo solamente algunas observaciones, que es fuerza confesar no fueron muy del agrado de la novel artista.

Tal era la situacion de ambos amantes cuando los presentamos á nuestros lectores, sin que les demos más detalles, pues han de conocerlos mejor juzgándolos por sí mismos en el curso de esta historia.

Veamos ahora, volviendo á lo presente, cómo participaba Eugenia á Ricardo su triunfo:

«Ya sabrás, mi querido Ricardo, que mi cuadro *La Esperanza* ha sido premiado y adquirido por la Diputacion provincial. Yo, que me creia tan sola; yo, que me hallaba tan desgraciada, hoy recibo aplausos y felicitaciones, hoy se me desea en todas partes, estoy *de moda*, como suele decirse, y por donde quiera que voy vuelven la cabeza para conocerme, y me miran con extrañeza, más bien que con curiosidad. ¡Tan raro es el talento en la mujer? No; lo que es raro, en nuestra patria, es el valor de mostrar ese talento, porque dicen que él se atrae la enemistad de las mujeres, y en muchos casos las burlas de los hombres. ¿Por qué? No me lo explico. En la mujer

se comprende algo de envidia, algo de oculta indignacion, contra la que elevándose, atrae las miradas y los homenajes; ¡pero en el hombre no es posible!

»Y despues de todo ¿qué importa ese desden, si al cabo han de rendir el tributo que les exige un triunfo adquirido en buena ley, sin otras armas que la inteligencia y el firme empeño de una voluntad?

»¡Ah, Ricardo! Cuando he visto ante mí un público entusiasta que me aplaudia, que me miraba con afan, te lo confieso, una especie de fascinacion y deslumbramiento se ha apoderado de mí... ¡Aplaudian, y eran para mí aquellos aplausos!... ¡Hablaban todos del mismo asunto, y en aquellas conversaciones se mezclaba mi nombre! Mi cuadro era discutido, ensalzado... ¿Será esta la celebridad? ¿Será esta la gloria? ¡Oh, qué cosa tan bella! ¡Ser conocida de todos, ser algo más que un cero en la cifra *humanidad!* ¡Sí, esto es grande, es hermoso y yo lo conseguiré! ¡Trabajaré mucho, sin descanso, y cada nueva obra mia será una hoja con las que forme esa corona que dicen que es inmortal!

»¡Oh, la vida es bella cuando tiene un objeto, y la mia lo tiene ya! ¡Soy pintora,

soy artista!... ¿Comprendes que esto me haga feliz? Hasta mi pobre Luisa, tan agena siempre á cuanto la rodea, que parece que vive sobre las nubes, se ha interesado, se ha conmovido con el éxito de mi obra.

»Me habla con más respeto, con más ternura, y parece que me agradece la parte de gloria que ha de tocarla como hermana mia. ¡Qué felicidad! ¡Sólo me faltas tú para ser completamente feliz!—*Eugenia.*»

De tal modo simpatizamos con nuestra heroina, que hemos de disculparla aún despues de leer su carta. ¿Quién no ha sentido alguna vez en la vida una de esas embriagueces de los sentidos y del corazon que tan extraños efectos producen? ¿Qué jóven abogado no ha sentido el deseo de retratarse con la toga? ¿Qué diputado novel no ha ensayado en el comedor de su casa el efecto de su voz en un discurso? ¿Qué aprendiz de diplomático no se ha mirado orgulloso en el espejo, satisfecho de ver en su levita ese juguetito de los hombres sérios á que llama condecoracion? ¿Qué gobernador no se ha probado la faja, y qué oficial de la Milicia no ha extendido con estudio el brazo el dia que le han adornado poniendo en la manga una estrella más?

¡Por fortuna, el hombre puede estudiar en sí mismo á la humanidad, y para ser indulgente con sus propias debilidades, necesita disculpar las agenas!

CAPITULO VIII.

Sueños y realidades.

El deseo de seguir de cerca á nuestros personajes para darlos á conocer al lector, nos ha hecho descuidar la presentacion de algunos de ellos que han de influir poderosamente en el desarrollo de ese pequeño drama que está invisible á veces, en el fondo de todo acontecimiento, como se oculta en la sonrisa el llanto y la mariposa en la oruga.

Hoy le toca su vez á Ricardo, el valiente marino á quien Eugenia habia dirigido su carta, participándole su triunfo con algo de esa embriaguez que degenera en pedantería, cuando no la defiende del ridículo la nobleza de un sentimiento y la sencillez de un corazon.

La sociedad se forma de contrastes bien extraños, y no es culpa del que la estudia y la copia, bien en sus libros, bien en sus

cuadros, que el pincel ó la pluma hayan de reproducir deformidades que asustan ó bellezas que encantan. En la vida real las vemos á cada paso, y es fuerza fijarse en ellas.

Sólo se libran del análisis del observador esas medianías incoloras que ningun rasgo notable presentan, ni en el bien ni en el mal. Incapaces de la iniciativa que lleva al primero y del valor que impulsa al segundo, pasan la vida como figuras inanimadas, encargadas por el Gran Artista de llenar los vacíos que resultan en todo cuadro detrás de los personajes principales. No pertenecia á éstas, seguramente, Ricardo Valenzuela. Jóven, gallardo, valiente, tenia un gran defecto para la vida práctica en cada una de esas cualidades, que eran un mérito moralmente consideradas. Su franqueza, algo brusca; su generosidad, acaso exagerada; su *buena fe*—y dejamos á esta hermosa frase todo el valor de las nobles acepciones á que se presta; —su confianza en todo; su tranquila seguridad en el porvenir, habrian hecho reir á cualquiera de nuestros *gomosos* escépticos que hacen gala de no creer y mérito de no sentir.

La carta de Eugenia fué á buscarle á Barcelona, donde á bordo de la fragata X···, en la que era oficial, esperaba tranquilamente el momento de hacerse á la mar, soñando esperanzas que, allá á lo léjos, entre el horizonte abrillantado por el sol, tomaban la forma vaga de una silueta de mujer; y el bravo marino, el que no hubiera vacilado á una órden de sus jefes en deshacer con sus cañones la hermosa ciudad que el mar envolvia en sus neblinas y besaba con sus olas, sentia humedecerse sus ojos con el llanto cuando le parecia ver la imágen de Eugenia destacándose sobre el azul de lo infinito, formada por los blancos celajes de la tarde, como una aparicion fantástica que para alentarle surgia ante sus ojos.

Aquella carta, con tanto afan esperada, habia llevado á su corazon algo parecido al soplo frío de un desengaño; y al acabar de leerla estaba pálido, y su mirada abstraida, parecia brillar con una expresion de enojo y dolor.

—¿Qué tienes?—le preguntaba su amigo y compañero Enrique Velasco, con tanta inquietud como sorpresa.

—Nada—contestaba Ricardo:—que me engañaba al creer que hay séres superiores

sobre la tierra... ¡todos son iguales! ¡Barro miserable, cuya quebradiza naturaleza no resiste al primer golpe!...

—¡Qué filosofías tan extrañas! ¡Qué diablos has soñado para que así nos pulveri ces á todos?

—He despertado de un sueño, y nada más!

—Mira, Ricardo: si no te explicas, pierdes el tiempo lastimosamente. Aquí donde me ves, no he podido en mi vida descifrar una charada, ni leer los malditos geroglíficos, ni comprender un enigma. Conque... si deseas que te entienda, hazme el favor de hablar poniendo los puntos sobre las *ies*.

—¡Qué quieres que te diga! ¿Acaso me crees injusto? ¿Sabes de quién es esta carta?—preguntó de repente, mostrándosela.

—¡Hombre!—No se necesita mucho para adivinarlo. Será de Eugenia, de esa adorable mujer de quien te oigo hablar con frecuencia.

—Sí, es de Eugenia; pero esa mujer adorable, como dices muy bien, no me escribe hoy como ángel, sino como mujer...

—Ricardo, ¡qué deliciosa afirmacion!... ¡Já, já, já! Pues, ¿acaso los ángeles escriben? ¡Estarian bonitos, con sus manos re-

gordetas manchadas de tinta, y sus mejillas mofletudas animadas por la inspiracion!

—Te burlas de todo, y es inútil hablar en sério contigo.

—¡Y qué quieres que haga! ¿No ha de inspirarme risa tu afirmacion de que tu novia es una mujer?...

—No creo que merezca risa la tristeza mia—dijo Ricardo con acento sério.

—Eso es otra cosa—contestó Enrique, pasando su brazo sobre el hombro de su amigo;—si estás triste, soy capaz hasta de llorar si lo exiges; pero eso seria muy cándido. Cuéntame el motivo de tu tristeza.

—En realidad, no tiene motivo; es más bien un presentimiento.

—Sepámosle.

—Eugenia ha ganado un premio en la Exposicion de Bellas Artes de M... con un lienzo que ha pintado.

—¡Diablo! ¿Y eso te entristece? Pues mira, de fijo que no lo hubiera sospechado nunca.

—No me has dejado acabar. No puede entristecerme; ántes bien, me halaga mucho el que sea aplaudida; lo que me entristece es su carta.

—¿Por qué?

—Porque en ella leo el porvenir... Porque Eugenia, triste ayer, dulce, modesta y cariñosa, ante los primeros aplausos demuestra orgullo, ambicion, indiferencia...

—¡Tú sueñas!

—No; lee su carta y díme si ahí se encierra una sola frase de ternura ó de esperanza; díme si parece escrita por la misma mano que las otras.

Enrique tomó la carta y la leyó sonriendo.

Esta escena tenia lugar en una de nuestras fragatas de guerra, sobre cubierta, una hermosa tarde de Abril. No hay nada más grande y majestuoso que el aspecto del mar en las últimas horas de luz; parece que el horizonte se enciende, que sus velos azules se desgarran y se descubre un gran vacío luminoso, sobre el cual flotan gasas de oro y tules de rosa.

Ricardo, muy acostumbrado á contemplarlo, como gran admirador que era de la naturaleza, esta tarde, abstraido en sus pensamientos, no parecia ocuparse de ello; en cuanto á Enrique, miraba cuanto le rodeaba con la misma ligereza con que se miraba á sí mismo.

¡Dichosos caractéres que parecen desti-

nados á no ver nunca la realidad de las cosas y á recoger en la superficie de la vida los tesoros de la felicidad!

En tanto que él leia, y Ricardo seguia con la vista una gaviota que mojaba sus alas en la espuma y levantaba el vuelo, digamos algo acerca de ellos á nuestros lectores. El retrato de un hombre suele hacerse con una línea, con una frase.

La minuciosidad en los detalles es una insoportable monotonía.

Ricardo era alto, tenia unos magníficos ojos negros—los más hermosos del mundo, segun Eugenia;—una frente noble y despejada, y manos y piés de forma fina y aristocrática.

Enrique, de mediana estatura, rubio, blanco, con barba fina y rizada, tenia un airecito burlon que se unia bien á la mirada taimadita y vivaz de sus ojos azules.

—¡Y bien!—dijo Enrique acabando de leer—no encuentro en esta carta nada que pueda disgustarte.

—¡Qué no! ¿Pues no ves su indiferencia, su desden, el aire de superioridad que adopta conmigo, y sobre todo, el que no se le ocurra pensar en lo que yo hubiera gozado participando de su triunfo?

—No veo á la verdad, nada de eso: veo una mujer que se enorgullece ante la idea de un porvenir de gloria, y esto es muy natural.

—¡Para quien ama, no hay más gloria que el amor!

—¿De dónde sales, mi querido Ricardo, con esas ideas anticuadas? La gloria admite perfectamente el plural, y se puede tener la gloria del amor sin dejar por eso de ambicionar la gloria del arte.

—No lo entiendo así; el amor, como dicen muy bien los franceses, es el egoismo de dos séres; fuera de ellos no existe nada; así creia yo encontrar el amor de Eugenia, y maldigo los pinceles.

—¡Já, já, já!—le interrumpió Enrique—estos egoistas del género sublime no se andan por las ramas! ¡Son unos exclusivistas semisalvajes lo más terrible del mundo! ¿Sabes que harias un marido endiablado?

—¿Por qué?

—Porque es imposible esa vida que tú sueñas. Pero hablando en sério, ¿no es Eugenia pobre, y gana con sus pinceles lo que necesita?

—Sí—dijo Ricardo bajando tristemente la cabeza.

—¿Puedes tú hoy casarte con ella, ó sin casarte, puedes subvenir á sus necesidades.

—Desgraciadamente, no.

—Pues entónces, ¿qué quieres que haga? ¿O es que para ser honrada una mujer, que por faltas agenas ha quedado pobre, necesita morirse de hambre?

—¡No exageres!

—Es que no hay término medio: con el absurdo sistema de no educar á la mujer, de no darla una carrera decente y digna, segun su clase, de no hacer reproductivo su trabajo, se la deja abandonada en un desierto, en el cual no hay más que dos caminos, que necesariamente ha de elegir: ó se muere en la miseria, ó...

—Me estás haciendo daño, Enrique. Yo no me opongo á que Eugenia pinte; pero no veo la necesidad de que firme sus cuadros; pertenece á una familia distinguida, y ya ves... una artista...

—¿Y qué? ¿Será ménos noble porque tiene talento?

—¡Imposible parece que tú repitas tan absurdas preocupaciones!

—Quiere decir que en vez de una aristocracia, tendrá dos, y seguramente que la

que gana vale más que la que hereda.

—¡Oh! no niego que la inteligencia ocupa el primer lugar en el mundo; pero una mujer no puede sostener las luchas á que ella dá lugar, ni puede alejar de sí los dardos de la envidia.

—Hombre ó mujer, ¿qué más dá? ¡Acaso tienen distintos sentimientos! Del mismo modo pueden luchar y vencer con idéntica defensa, y enorgullecerse con el mismo triunfo. Las flores tienen sexo diferente, y sin embargo, á la vista halagan y gustan sin diferencia alguna: flores de ese mundo ideal del arte son los pensamientos, que si parten de séres distintos, se igualan por su belleza.

—No entiendo tus elegantes metáforas.

—Pues yo entiendo perfectamente tus celos.

—¡Celos yo!... ¡Tú estás loco!

—¡Puede que sí! Pero los locos y los niños ya sabes que dicen la verdad.

—¡Celos!... ¿de quién?

—Celos de todo, querido mio: de los aplausos á Eugenia, de tu ausencia... ¡qué se yo!... los celos no tienen razon de ser y no se explican.

—Te engañas: yo no los tengo; pero veo

algo triste, algo sombrío en el porvenir, me he acostumbrado á mirar á Eugenia como mia, y te confieso que no podria vivir sin ella.

—No tienes motivo para temerlo.

—¡Qué quieres!... Hay algo de emancipacion en la artista, y Eugenia vá á serlo.

—Mi querido Ricardo, discurres como nuestros quintos abuelos. ¿Cuál es esa emancipacion? ¿El que Eugenia gane honradamente lo que necesita? Pero vuelvo á decirte: ¿qué ha de hacer, si esta no es la edad de oro, ni la de plata, ni la de cobre siquiera, y cada uno ha de pagar prosáicamente lo que come y las ropas con que se cubre? ¿Dónde está esa Arcadia venturosa, en que corren arroyuelos de leche y se ocultan los panales de miel en las rocas, ó donde hace Dios caer el maná prodigioso que se recoge de balde? ¡Dínoslo, y habrás descubierto la piedra filosofal!

—Eres el mismo de siempre, y con tu informalidad es imposible entenderse.

—Pero ven acá, jesuita incorregible, que con tu risita solapada lo arreglas todo: me niegas los celos, y me niegas el egoismo; entónces, ¿qué diablos sientes de Eugenia?

—¿Qué siento? Su indiferencia, que la

hace ser feliz por sí sola, sin pensar en que yo estoy léjos de su lado; su triunfo, que la aleja de mí, porque es imposible vivir para un hombre cuando se vive para la sociedad.

—¡Género sublime, pero que ya no sirve! ¡Ser querido por una mujer célebre, debe ser una felicidad!

—¡Sí; pero falta saber si la mujer célebre quiere!

Algunos dias despues del en que tenia lugar esta conversacion, Eugenia recibia una carta del gallardo oficial, en que le daba la enhorabuena con cariño, pero sin entusiasmo: «Ten cuidado—la decia;—has dado el primer paso en una senda que te aleja de mí: si quieres hallarme siempre á tu lado, no camines por ella demasiado aprisa.» Y nuestra pintora, que todo lo veia á traves de sus sueños de gloria, casi se ofendió de lo que creia frialdad, y pensó con tristeza en la soledad que la rodeaba.

—A Luisa le es indiferente—murmuraba con pena;—á Ricardo parece molestarle... pues bien, adelante. ¡Seguiré sola, y que se cumpla la voluntad de Dios!

CAPITULO IX.

Rosas y espinas.

Nada más natural que el deseo de lucir en sus reuniones un dueño de casa á toda notabilidad, sea en el género que quiera.

La vanidad humana se alimenta con todas esas pequeñeces, que nada son analizadas, pero que bastan á satisfacer el orgullo del momento.

Julia Montes formó un decidido empeño en llevar á Eugenia á sus reuniones, cuyo *fashionable confort* ya conocen nuestros lectores, y se valió para conseguirlo de su ascendiente sobre Luisa.

—Venga Vd. esta noche á *mi* casa—decia Julia á Lutgardo en el paseo donde estaba con Luisa;—le guardo una sorpresa.

—A mí no me sorprende nada—contestaba con su acostumbrado desden Lutgardo.

—Pues de seguro le va á sorprender.

—¿Qué es ello?

—No puedo decirlo.

—¡Bah! alguna tontería—contestó con donaire el galante gomoso, que sólo por serlo se creia disculpado de cumplimientos.

—Ya verá cómo no lo es—contestó sin ofenderse Julia.

—Iré porque no tengo nada que hacer —contestó, acreciendo en gallardo desenfado Lutgardo.

Julia se encogió de hombros, como si se confesase á sí misma que con su hermoso amigo no habia más que tener paciencia, y se volvió hácia Luisa.

—¿Qué tienes?—la preguntó;—esta tarde no hablas ni una palabra.

—Estoy cansada; me duele el pecho y la cabeza.

—Hija, te estás volviendo más melindrosa que una monja. Vámonos, si quieres.

—No.

—Pero, ¿no dices que estás mala?

—Si desde que lo dice fuera verdad—interrumpió bruscamente Lutgardo—hace tiempo que se hubiera muerto.

—No tardaré mucho—contestó con lágrimas en los ojos Luisa, conteniendo con su pañuelo un acceso de tos.

—¡Jesús, qué cosas tiene este Lutgardo! —dijo Julia sin conmoverse ni alterarse; —vámonos—añadió;—de todos modos, yo tengo mucho que hacer.

Despidiéronse de Lutgardo, el cual se quedó fumando tranquilamente, en tanto que las miraba alejarse.

La figura débil y enfermiza de Luisa parecia aún más escuálida junto al redondo abdómen de la pequeña y morena Julia, y Lutgardo, al contemplar el contraste, se echó á reir.

—¡Lástima—dijo—que pertenezcan al sexo de las faldas! De otro modo, eran un retrato vivo de Don Quijote y Sancho Panza.

Algunas horas despues, Julia, que por excepcion notable habia suprimido el rizo de la frente, estaba radiante de orgullo sentada en el sofá de su pequeña sala, teniendo á su lado á Eugenia de Ochoa, que miraba con curiosidad la abigarrada sociedad que formaba el *beao monde* de Julia.

Eugenia estaba vestida de negro, sencillísimamente peinada y sin más joyas que un medallon de oro liso pendiente de una cinta roja que rodeaba su cuello: un clavel del mismo color se ocultaba entre sus ca-

bellos negros, y con él armonizaban sus encendidos labios, frescos y sonrientes como si revelasen el contento que su corazon sentia, cual revela el cráter en sus encendidas orlas el fuego que alienta en el abismo que oculta.

La elegancia es una cualidad natural, genuina, que no se aprende, que está en el instinto, en los sentimientos de la persona.

Eugenia, que no era hermosa, reunia, sin embargo, un conjunto tan bello y simpático, que desde luégo, y sin desearlo, atraia las miradas y fijaba la atencion. La armonía, si no la perfeccion de sus facciones; la belleza escultural de sus formas; la elegancia, la naturalidad, la distincion de sus maneras; su voz dulce, su sonrisa graciosa, la expresion inteligente de su fisonomía, le daban un encanto que parecia aún mayor entre Julia y sus amigas, á la manera que pareceria más bella una rosa fresca, perfumada, salpicada del rocío del alba, entre un ramillete de flores artificiales, empolvadas y descoloridas.

Poco tiempo hacia que Eugenia estaba allí, cuando llegó Lutgardo.

Julia le miró sonriente, como saboreando su triunfo, y le dejó llegar para presentarle á Eugenia.

Lutgardo, sin apresurarse, dedicando una mirada á los puños de su camisa, detalle importante de su *toilette*, adelantó con aire entre desdeñoso y distraido hácia el lugar en que Julia se hallaba.

—Y ahora, ¿dudará Vd. de que le preparaba una sorpresa?—preguntó Julia con aire triunfante:—la señorita Eugenia de Ochoa—añadió por vía de presentacion.

Eugenia se levantó segun la culta, la fina, la racional costumbre francesa, que prescribe esa cortesía de buen gusto, admitida ya en los usos de nuestra alta sociedad, y tendió su mano á Lutgardo.

—Conocia ya á esta señorita—dijo Arce—y conozco asímismo su talento.

—¿A mí?—preguntó Eugenia ruborizándose.—No sé...

—Nunca he tenido el gusto de hablarla; pero la he visto varias veces.

—De modo—dijo Julia—que no era una sorpresa?

—Ya le he dicho á Vd. que á mí no me sorprende nada.

—Sí, ya lo veo—murmuró Julia.

Lutgardo, entre tanto, sentóse al lado de Eugenia.

Era tan simpático, su mirada tan agra-

dable, su voz tan llena de gracia y naturalidad, y su conversacion salpicada de frases tan vivas, insinuantes y exageradas, que Eugenia comenzó á sentir interés en escucharlo.

Recordaba haberle visto algunas veces á lo léjos; recordaba tambien haber oido su nombre mezclado á alguna aventura galante, y hasta pensaba al oirlo que sin darse cuenta de ello, le habia interesado siempre: sólo olvidaba, pues la memoria tiene, como todo, su luz y su sombra, que Luisa habia demostrado hácia Lutgardo el mismo interés.

Es preciso confesar que éste se mostraba para Eugenia más formal, más sério, más digno que lo era generalmente.

Parecia conmovido: no hubiera podido decirse si era admiracion ó respeto lo que la jóven le inspiraba, ó ambas cosas á la vez.

Esto unido á la costumbre que tenia de hablar de sí mismo con elogio, hacian creer á Eugenia en una porcion de inexactitudes que debian influir poderosamente en su destino.

—Tengo el gusto de poseer su primera obra—la decia Lutgardo:—aquel lindo flo-

rero que Vd. vendió á Gouzalez el dia que tuve la dicha de conocerla.

—¡Ah! ¿Usted tiene aquel cuadro?...

—¡Ya lo creo! Aunque hubiera tenido que cubrirlo de oro, como dicen los sevillanos que intentan hacer los ingleses con el San Antonio de Murillo. ¡Cómo no habia yo de tener su preciosa obra!... Es la mejor de mi galería de pinturas.

—¡Ah! ¿Usted tiene una galería?...

—Me ha costado una fortuna; pero he logrado reunir originales de Rubens, Murillo, Rafael, Velazquez, Fortuny, y sobre todo de *Eugenia.*

—¡Ah, caballero! Al lado de esos cuadros, ¿qué puede parecer el mio?

—Una perla... ¡lo mismo que parece solo! Usted pinta de un modo admirable: ayer mismo sostenia yo en el Casino que el talento de la mujer tiene más viveza, más espiritualidad que el del hombre, y citaba á Vd. como ejemplo.

—¿A mí?

—A Vd., sí; ¿qué valen las demás mujeres, esas máquinas de cocina y costura que obedecen con precision siempre al mismo impulso, y que la única variante que admiten es obsequiarnos de vez en

cuando con unas lagrimitas?

—Usted exagera; hay mujeres que valen mucho...

—¡Bah! ¡Qué sabe Vd. de eso! La mujer de talento, la mujer soñada...

—¡Pero si yo no creo que se necesite talento para la pintura!

—¡Qué dice Vd.!

—Lo que siento.

—¡Bah! ¡Palabras que confirman su modestia! ¡Pues si yo supiera pintar!... ¡Me dejaria cortar la mano derecha por haber hecho un cuadro como el suyo!

—¡Si es tan sencillo! ¿Por qué no lo intenta Vd.?

Un fuerte rumor que se escuchó en un lado de la sala, los convidados que se agruparon hácia allí precipitadamente y un grito de Julia, obligaron á Eugenia y Lutgardo á ponerse de pié para averiguar la causa de aquel inusitado movimiento.

Eugenia, rápida como una flecha, pálida y asustada, se precipitó hácia aquel sitio, donde se veia á Luisa que acababa de desmayarse, y que se asemejaba á una muerta en su inmovilidad. Sostuvo la cabeza de su hermana sobre su pecho, besó repetidamente su rostro y la llamó con los más dulces nombres.

Luisa continuó inanimada, á pesar de todos los cuidados que se prodigan en tales casos.

Entre los convidados de Julia habia un médico, el cual atribuyó al calor el desvanecimiento de la pobre niña.

Al fin, despues de algunos minutos de angustia para Eugenia y de conmocion para todos, Luisa hizo un movimiento, y el doctor se apresuró á darla á beber unas gotas de un cordial.

Una tos violenta acometió á Luisa, y cuando reaccionada por su mismo esfuerzo llevó á los labios su pañuelo, todos vieron con asombro que la fina batista estaba llena de sangre.

CAPITULO X.

La niña mimada

Luisa estaba enferma.

Eugenia no comprendia el peligro, porque jamás queremos couvencernos de que el sér á quien amamos no nos pertenezca *para siempre.*

¡Siempre! Aspiracion infinita del alma que aparece ante nuestros ojos escrita con vivísimos rasgos de luz entre las vagas sombras de lo desconocído.

¡Hermosa frase que forma el deseo y que deshace la vida, como podria deshacer una flor la tosca máquina entre cuyo engranaje de ruedas cayese!

¿Por qué no ha de ser eterno lo que encanta y seduce, lo que hace amar la vida?

El poeta Petrarca nos dice que «sólo eterno es en el mundo el llanto.»

Puede ser, porque el llanto ha de brotar por la voluntad de uno, y la dicha, para

sostenerse, necesita de dos voluntades. ¡Y es tan difícil unirlas! ¡Tanto, tanto como le era difícil á Cárlos V igualar en Yuste las manecillas de sus relojes!

Los corazones, especie de relojes que miden nuestra vida con sus pulsaciones, tambien al unirse suelen adelantar uno y atrasar otro.

Sin embargo, es fuerza confesar que el sér humano hace lo posible por engañarse á sí mismo, fingiendo creer en muchas cosas que de seguro no cree.

Hace poco tiempo oimos algo acerca de esto á una señora á quien se concede talento, y sobre todo originalidad.

Mezcla su carácter de la gravedad profunda del filósofo escéptico y de la superficialidad risueña de la niña mimada, logra ejercer un verdadero atractivo sobre cuantos la rodean, con esa variedad que imprime á su conversacion y á sus sentimientos; variedad ¡ay! que acaba por ser lo único bello de la vida, pues el pensamiento va hácia lo nuevo como la llama hácia lo infinito.

Esta mujer, que ha conservado siempre su corazon á cubierto de las grandes impresiones, gracias á su especial filosofía,

tuvo la suerte de enamorarse de un hombre de corazon y de talento que á su vez la amaba.

Queriendo huir de su propio sentimiento, nuestra original amiga le hizo esta proposicion:

—Amigo mio, no empecemos por engañarnos, prometiéndonos un amor eterno; la palabra *siempre* no tiene acepcion posible, porque en la vida todo es limitado, y *siempre* es lo infinito. Decidme que me amais *hoy*, y no protestaré; pero no me hableis del porvenir, tan oscuro para vos como para mí.

—Sea—contestó él—y teneis razon; decir *siempre* es decir un absurdo, porque es afirmar lo imposible; hoy os amo; el dia en que este amor vuelva á ser amistad, os lo diré tranquilamente.

Pasó algun tiempo; aquella impresion simpática fué cambiando en un verdadero amor; el alma de aquella mujer sintió la sed de lo eterno, la ambicion de felicidad infinita que pone en los labios humanos la palabra *¡siempre!* y ella, la que se reia incrédula de esa palabra; la que se burlaba de esas promesas, especie de lazos con que anhelamos retener la dicha que se nos va

con la vida; la que protestaba contra ese engaño del porvenir; la que decia que el *siempre* era una letra girada por la ilusion y protestada por el desengaño, ¡oh, pequeñeces del corazon humano! con lágrimas, más bien en el corazon que en los ojos, pidió al hombre á quien amaba esa dulce promesa que parece abarcar toda la vida; le suplicó el *siempre* como una necesidad de su dicha, y cuando le oyó decir la anhelada frase, que ella voluntariamente habia desterrado, cuando el *siempre* vibró entre una promesa de amor en los labios queridos, le faltó poco para llorar de alegría, porque le pareció que renacia á una nueva vida, donde todo era calor, entusiasmo, generosidad y ventura. ¡Quién sabe, sin embargo, cuándo estaba más cerca de la verdad!

Pero esto prueba lo que deciamos ántes: ¡la necesidad de engañarnos á nosotros mismos para endulzar las asperezas de la vida!

¡El que ha dicho que los hombres eran unos niños grandes, lo entendia!

Hay algo de juego en todas nuestras fórmulas, y acaso en todos nuestros sentimientos.

Todos sabemos la cantidad de verdad que se encierra en una frase social, en una alabanza obligada, y sin embargo, ¡la oimos con gusto!

¡Qué árida, qué triste, qué fria, que indiferente apareceria la sociedad en que sólo se manifestase la verdad, lo posible!... ¡Seria la fábula en accion de una novela realista, el esqueleto descarnado que inspira horror!

Pero, ¿á dónde vamos á parar?

Deciamos que Luisa estaba enferma.

Eugenia, que habia vivido completamente aislada, con sus recuerdos y sus esperanzas por única compañía, habia roto el círculo de hielo que parecia envolverla, para dejar llegar al lado de la niña enferma á los que se interesaban por su salud, que podian al mismo tiempo alegrarla y distraerla. Olvidándose, como siempre, de sí misma, sólo en Luis pensó; y no teniendo como no tenia amigos, sólo aquellos á quienes Luisa conocia, por haberles visto en casa de Julia, visitaron su casa.

Eugenia hubiera hecho mejor permaneciendo aislada.

Los que se llamaban *sus amigos* procuraron iniciarla en los misterios del trato

social que la eran desconocidos, porque la sociedad los vela hipócrita con el velo de las apariencias.

Uno la hizo saber que se la llamaba orgullosa y se murmuraba de su altivez allí donde no se la conocia, y por consiguiente era imposible que hubieran podido apreciar las condiciones de su carácter; otro, siempre con buena intencion, la dió á conocer las dudas que habia de que el cuadro *La Esperanza* hubiese sido hecho por ella; otro... pero es inútil proseguir: cualquiera persona, con poco que haya vivido, sabe lo que los *amigos* dicen en estas ocasiones... En cuanto á los enemigos, son ménos temibles porque están más léjos.

Eugenia sufria esa amargura de las primeras dudas, á nada comparable, que cayendo sobre el corazon le endurece para las luchas de la vida.

Y preciso es confesar que la sufria con valor.

Hay séres que nacen predispuestos á vencer en ese combate incesante que les presenta el destino.

Y despues de todo no deben quejarse: hay más grandeza en sufrir que en vivir en esa especie de limbo que se llama indiferencia.

No sólo la hacian sufrir los extraños: el estado de Luisa era su mayor tormento.

El carácter caprichoso de la pobre niña, alterado por la enfermedad, se habia vuelto verdaderamente insoportable.

Lloraba por todo y de todo; se negaba á dar explicacion alguna de lo que sentia; se quejaba sin cesar, y Eugenia, amándola como una madre, llegó, sin embargo, á no poderla sufrir.

—Pero Luisa mia—la decia un dia en que el llanto de ésta formaba ya un plañidero y monótono murmullo en fuerza de ser repetido;—¿no seria más justo llorar una sola vez, sabiendo por qué, que no fatigarse con un lloro inútil y enojoso, que acaba por no interesar á nadie?

—Es claro, ¡como que nadie me quiere!...

—No es eso: es que el cariño no es un sentimiento fijo é inmutable, sino que cambia á medida que sabemos hacernos más ó ménos agradables. Todos los afectos, hasta el paternal, que es el que más se aproxima al divino, son susceptibles de alteraciones, segun la persona querida sepa acrecerlo ó llegue á disminuirlo...

—Si mi madre viviera, su cariño no cambiaria...

—Yo te quiero como ella, y sin embargo, te confieso que hay momentos en que dejarian de verte sin pena.

—¡Pues vete, vete! De todos modos, yo sé que no tengo á nadie!...

—¡Qué niña eres! ¡Qué niña tan caprichosa é informal! ¡Que no tienes á nadie! ¿Y á quién crees tú que tenemos cada cual? Pues mira, por toda compañía tenemos nuestra razon, nuestra inteligencia, nuestras virtudes; tres elementos que nos conquistan, si sabemos utilizarlos, el afecto y la consideracion de todos, única cosa que debemos y podemos esperar...

—Pues yo, no necesito el cariño de nadie...

—Luisa mia, hé ahí otra cosa que no puede afirmarse; necesitamos siempre á los demás...

—¿Y qué tienen que ver en que llore ó nó, ni qué me importa lo que digan?

—¡Oh, ya lo creo que te importa! No lo verás, pero sentirás sus efectos.

—¡Yo!

—Sí, tú; mira: los caprichos, las manías de tu carácter, acabarán por alejar á todo el mundo de tu lado, y se alejarán no porque tu pena les importe en lo más mínimo,

sino porque se fastidiarán, y la muerte de toda afeccion empieza por el fastidio. Tú crees hacerte muy sentimental, muy interesante, con ese llanto contínuo, y debo desengañarte. Como no es posible, porque Dios ha querido que no lo sea, que el sér humano tenga esa exquisita sensibilidad que le haria recoger para sí todas las penas, ni sentir una eternamente, nadie atribuye á ternura de corazon ese sentimentalismo, sino á monomanía ridícula...

—Pues que me dejen sola, y lloraré ó nó, segun me parezca.

—¡Pero si eso no es posible!... El que te quiera como yo, empezará por impresionarse con tu llanto, y así, violento, agitado, siguiendo en sus distintas fases esa inexplicable pena, acabará por adquirir una crispacion nerviosa á cada explosion de tu dolor, que le hará alejarse de tí, aunque sufra en ello: el que no te quiera, ese... perdóname, hija mia, pero ese ¡se reirá de tí!... En cuanto á los indiferentes, te oirán llorar lo mismo que oyen las olas estrellarse en la playa!...

—Pues te digo que no me importa—contestó Luisa llorando otra vez—ni quiero saberlo.

—Mira, hija mia, hay dos tipos en nuestro sexo que se hacen insoportables á todo el mundo: la mujer fuerte y la mujer llorona. La primera, que alardea de virtudes inflexibles, que se cree vencedora de todas las pasiones, y que se impone como juez á las demás, demuestra un corazon duro, una razon fria, y se hace odiosa: en cuanto á la otra, no demuestra alma, ni corazon, ni sentimientos, sino una vulgaridad desleida en sensiblería, que se hace ridícula, y una pequeñez de facultades que no le permiten ni siquiera ver la vida tal como es.

—Pues mira, tal cual soy he de ser, y no te canses en decirme otra cosa.

—Eso no es exacto: eres bonita, y acabarás por parecer fea; eres delicada, y parecerás vulgar; eres discreta, y parecerás tonta.

Una visita que anunciaron á Eugenia le impidió proseguir, con gran contentamiento de Luisa, que como toda niña caprichosa, no gustaba de oir verdades.

CAPITULO XI.

Dobles efectos.

Uno de los que con más frecuencia visitaban á Eugenia era Lutgardo Arce, y nada más natural que estas pruebas de afecto tributadas en la enfermedad de Luisa, á la cual demostraba una viva simpatía. Eugenia estimaba esta deferencia con la gratitud exagerada que formaba la base de su carácter, y creia hallar en la asiduidad de Lutgardo la prueba de que existe la amistad desinteresada que niegan los pesimistas.

Franca y leal, no dudaba de los sentimientos que se la ofrecian; incapaz de fingir los suyos, no sospechaba el fingimiento en los de los demás.

En cuanto á Luisa, era feliz viendo á Lutgardo á su lado, y lo recibia con una sonrisa que tenia más valor, puesto que raras veces la formaban aquellos labios, pálidos como los jazminez, que sólo se en-

treabrian para dar quejas ó exhalar sollozos.

Sin embargo, este reflejo de contento se apagaba muy pronto, al ver la indiferencia de Lutgardo y su vehemente expresion de simpatía para con Eugenia.

Un dia ésta habia tenido necesidad de salir de la salita en que Luisa se hallaba, por breves instantes, y Lutgardo llegó en aquel momento.

Luisa levantó la cabeza con una leve exclamacion, que así podia ser de sorpresa como de alegría, y un sonrosado ligero cubrió sus mejillas.

—¿Cómo está Vd.?—la preguntó Lutgardo, sin emocion alguna.

—Estoy mejor—balbuceó la pobre niña, que temblaba.

Lutgardo, sin ceremonia, ocupó un asiento á su lado.

—Usted no se pone buena—le dijo—hasta que no siga mis consejos.

—¿Cuáles?

—Vivir como las gentes, y no como las sombras; comer, reir, pasear, en fin vivir, lo que se llama vivir.

—Si pudiera...—murmuró Luisa.

Una tristeza infinita reflejaron los ojos

de la niña enferma, que sin duda creyó que iba á oir otras palabras, y ocultando el rostro entre sus manos, con un movimiento convulsivo, rompió á llorar.

—Pero, ¿qué es eso?—dijo sorprendido Lutgardo—¿qué le pasa á Vd.?

Luisa siguió llorando.

—¡Bah! pues si llora Vd. me voy; no puedo resistir el llanto, que me crispa los nervios.

—¡Ah, sí!—dijo Luisa entre sollozos;—no puede sufrirlo, pero da motivo para él.

—¡Yo! exclamó Lutgardo con perfecto asombro—¡Yo!

—Pues bien, ¿qué importa decirlo, si al fin se ha de saber? lloro por su indiferencia conmigo, por su desvío, porque nada de lo que me decia era verdad.

—¡Bah, bah! Pues no lo toma Vd. poco por lo sério! ¿Qué es lo que he hecho yo, vamos á ver? La he dicho que me gustaba mucho, y era verdad; que la amaba, puede ser; pero despues, Vd. se ha puesto enferma, no se la puede hablar sin hacerla llorar, y francamente, Luisa, ni yo puedo hacer el sentimental, ni llorar con Vd. Póngase Vd. buena, y luégo veremos.

—Buena ó enferma—dijo Luisa con dig-

nidad—desde este momento le ruego que no vuelva á ocuparse de mí.

—Pero ¿es posible? ¿Se enfada Vd. porque deseo su salud?

Eugenia llegó en aquel momento. No extrañó, no pudo extrañar el ver llorar á Luisa, porque era tan contínuo el llanto en la pobre niña, que lo excepcional más bien podia ser hallarla tranquila.

Como Lutgardo hablaba sin alteracion, y algunas de las últimas palabras de éste, que oyó confusamente Eugenia, alejaban de ella la idea de lo que habia sucedido, no sospechó siquiera que por aquella vez al ménos, Luisa tenia razon en llorar.

Es decir, tenia razon, si se atiende á la debilidad de su carácter, á su edad y á lo poco que conocia la vida, pues no creemos razonable que la ingratitud, la burla de un hombre, se pague con llanto, cuando apénas merece desprecio.

Comprendemos que la mujer llore por exceso de sentimiento: el llanto es la ternura del alma, desleida misteriosamente para hacerse palpable á nuestros sentidos; pero le negamos ese derecho cuando se trata de sentir una ofensa.

Si esto hubiese hecho Luisa, si tranqui-

la, digna y serena, aunque tuviese la muerte en el alma, hubiese arrojado de su casa á Lutgardo á presencia de su hermana, diciendo sencillamente la verdad de lo ocurrido, habria evitado muchos males; pero no supo hacerlo.

Como muchas mujeres, sintió el látigo del desprecio de un hombre cruzar su rostro, y en vez de erguirse altiva y digna para castigar la ofensa, se inclinó para ocultarla; lloró en vez de herir á su vez, y Eugenia, equivocándose tambien, ayudó á hacer más imposible la reaccion de Luisa hácia su dignidad, única salvacion que se le ofrecia.

—¡Otra vez llorando!—le dijo al sentarse á su lado;—hoy parecias más tranquila: ¿qué ha pasado, pues?

—Que la he aconsejado que se cuide, que coma, que pasee y que duerma—dijo Lutgardo con indiferencia;—pero, segun veo, hoy está muy nerviosa Luisita.

—¡Hija mia, por Dios!—dijo Eugenia con tristeza y dulzura—te haces tú daño y me lo haces á mí: ¡no sabes qué pena me dá el verte llorar!... Es incomprensible para mí cómo se puede llorar contínuamente, cuando tanto se sufre con ello.

—¡Como tú no tienes motivos!...—dijo entre sollozos Luisa.

—¡Para llorar no, para sentir sí! ¡Aunque sólo fuese el de verte enferma, siempre seria muy poderoso!

—¿Y qué te importa que yo sufra?

Eugenia no contestó, pero tomó la mano de Luisa y la estrechó en las suyas.

—¡Luisa mia, dejemos esto! además de hacerte daño, molestamos á Lutgardo, que mira cómo se aburre.

—Si no fuera por Vd.—dijo Lutgardo con toda la inconveniencia que dá á veces, no tanto la falta de talento, como la poca costumbre de dominarse—no vendria aquí; pues el ver á Luisa siempre así ataca á los nervios.

Luisa, instintivamente, y como impulsada por ese movimiento del corazon que nada puede contener, levantó la cabeza y dijo lentamente á Lutgardo:

—Yo estoy en mi casa, siento aburrir á los que vienen á ella, pero tienen la libertad de no venir.

—¡Luisa!...—exclamó Eugenia en tono de reconvencion.—¡Luisa!... ¡por Dios!

—¡Bah! ¡Quién hace caso del mal humor de un enfermo! ¡Ya sabemos lo que

son esas cosas! Además, Vd. que es la hermana mayor, y por consiguiente la señora de la casa, no me ha despedido.

—Mi hermana tampoco; dispénsela Vd. si ha podido ofenderle... ¡está enferma!

—¡Yo no me he ofendido! Lo que deseo es que Luisa se ponga buena pronto.

Luisa, como avergonzada de su pasado arrebato, guardó silencio.

Lutgardo, cual si hubiese estado solo, siguió hablando y mirando á Eugenia con esa insistencia que llega á ser grata, porque fácilmente se confunde con el interés, siendo así que apénas revela el capricho.

Luisa seguia con los ojos fijos los movimientos, las sonrisas de Lutgardo, cada vez que los hermosos ojos de éste, fijos en Eugenia, brillaban con ese reflejo que parece irradiar del alma.

—¡Así me ha mirado á mí! pensaba la pobre niña.

Cuando una sonrisa jugaba en los labios de aquella boca, que hubiera dado celos á Apolo, tanta era su belleza, la triste enferma murmuraba:

—¡Así sonreia conmigo!

Y al ver los movimientos ligeros y graciosos, como los del tigre, de aquella cabe-

za á lo Van-Dick; al mirar aquellas manos perfectas que jugaban con los dibujos que Eugenia iba esparciendo en una mesita colocada cerca de ella para elegir el que necesitaba; al escuchar aquellas frases dichas á media voz, que hacian teñirse de rosa las mejillas de su hermana, Luisa sentia una angustia infinita, un dolor supremo, y sin embargo, no tenia valor para alejarse de allí ni para cerrar los ojos siquiera.

Eugenia en cambio, sin sospechar lo que su hermana sufria, sentia una dicha vaga y dulce, que no se explicaba, al oir á Lutgardo, al verle interesándose en todo lo suyo, olvidándose de todo ante ella, y sin interrogar su corazon se dejaba llevar por el impulso que un sentimiento nuevo la imprimia, como las hojas de la rosa por la corriente del arroyo.

Lutgardo era el único que entre aquellos dos efectos tan distintos, nacidos de una misma causa, se encontraba perfectamente sereno, como si á él no llegase ni el dolor de la una, ni la esperanza de la otra.

CAPITULO XII.

Vulgaridad.

Una visita que llegaba, pues se dan casos de que lleguen con oportunidad, interrumpió el encanto de Eugenia y el tormento de Luisa.

La visita era nada ménos que nuestra antigua conocida Julia, con su invisible marido—invisible, no por el tamaño, sino por su gusto de esconderse—D. Pablo Sanchez, que por gracia especial la acompañaba.

Doña Julia, pues nos parece que la hemos tratado con demasiada confianza ántes, atendidos sus ya respetables años, llegó toda sofocada con el calor, lo cual se probaba bien por las gotas de sudor que, arrollando en su morena frente la ligera capa de polvos de arroz que la cubria, formaba unos surcos oscuros, nada limpios ni nada bonitos.

En cuanto á su grueso cónyuge, necesitó diez minutos de descanso ántes de poder dirigir la palabra, con voz inteligible, á las dos hermanas.

Lutgardo hizo un movimiento de disgusto y de hastío, en tanto que Eugenia se levantaba para recibir á sus visitantes.

—¿Qué es esto?—preguntó Julia á Luisa con llaneza—¿Te empeñas en *no ser buena?*... Pues mira que tú te lo pierdes...

—Está mejor—dijo Eugenia con impaciencia al oir tan inoportuna pregunta.

—Más vale así; ¡pero no lo parecia!...

—Mal de niña mimada, poquito y bien quejadito—dijo el Sr. D. Pablo, tomando asiento en una silla que era la mitad más chica de lo que necesitaba para no estar haciendo equilibrios.

—¡Jesús!—exclamó Julia encarándose con Lutgardo.—¿Dónde se mete Vd. que no se le vé por nada del mundo?... Creí que se habia muerto, y ya le iba á *mandar* una misa.

—Pues no me mande Vd. nada, señora, porque estoy vivo...

—¡Je! ¡je!...—murmuró, meciendo su respetable abdómen el Sr. D. Pablo—vive y bebe, como decia no sé quién; ¡porque

anoche se tuvo una buena bromita!

—¡Bah!—contestó con disgusto Lutgardo, que enrojeció hasta lo blanco de los ojos.

—¿Sí?—preguntó sin darse cuenta de ello Eugenia.

—Son cosas de D. Pablo—dijo Lutgardo.

—¡Cosas mias!... ¡No lo crea Vd.! Esta mañana á las seis mandé llamar á mi barbero, porque tenia que ir á un entierro y necesitaba afeitarme temprano, y me dijeron que no podia ir porque habia pasado la noche con Vd. de broma... Vamos, seguiremos llamándolo así...

—Lo han engañado á Vd.—contestó de mal humor Lutgardo.

—Pero hombre, ¿qué tiene de particular? preguntó el comedido D. Pablo.—Los jóvenes han de divertirse, ¡qué diablos! Eso no es un pecado... ¡Ojalá pudiera yo!... ¡Já, já, já!... ya... ¡Estoy muerto, sí señor, muerto!...

—Repito que no es verdad...

—No se enfade Vd., querido... precisamente nada más fácil que eso, ahora que tienen los jóvenes de buen humor tanto *círculo de recreo* donde esparcir el ánimo y

alegrar el espíritu, adorando á Santa *Manzanilla*, San *Pedro Jimenez* y tantos santos como tiene el almanaque de Baco!...

—Señor D. Pablo, si ha pensado usted molestarme diciendo eso delante de estas señoras, se equivoca; porque ni es verdad, ni me importa que se diga—contestó estallando en su mal humor Lutgardo.

—A Vd. no le importa nada—dijo Julia.

—¡Ya se vé que no!

—Es claro, tiene el mundo por suyo...

—Ya se vé que sí... y mucho más si hay quien se ha propuesto darme á mí un mal rato.

—Si Vd. no se los toma—dijo Julia.

—¡Ya lo creo que no!...

—Pues yo creo que se debe atender siempre á lo que digan.

—Señora, dejemos eso y hablemos de otra cosa. Yo no pregunto á nadie lo que debo hacer—dijo perdida la paciencia Lutgardo.

Julia se puso encendida de rabia ó de vergüenza; D. Pablo se echó á reir, como si hubiera oido una gracia, y Eugenia palideció densamente: Luisa tenia el rostro oculto entre las manos.

—La culpa tengo yo que me intereso

por quien no lo merece...—dijo Julia en son de broma.

—Pues no se interese Vd.—interrumpió bruscamente Lutgardo—y ganaré en ello mucho.

—Vamos, ¡si no era verdad!....—dijo D. Pablo.

—Como Vd. quiera: no he de ocuparme en desmentirlo...

—Luisa, hija mia, ¿quieres algo?—preguntó Eugenia que deseaba cortar aquella inconvenientísima conversacion.

—Quisiera acostarme...—La cabeza me duele mucho...

—Con permiso de Vds.—murmuró Eugenia—voy á acostarla; ¡como son de confianza!...

—¡Pues no faltaba más!—dijo Julia;—¿quieres que vaya contigo?

—No, gracias; voy con Eugenia.

—Espera un poco: avisaré que cierren el balcon, y vendré á darte el brazo...

—Señora—dijo D. Pablo levantándose; ¡aquí está el mio!... ¡Por vida de los moros!... ¡A ver cuándo se pone Vd. buena, que esto se vá haciendo pesado!

Luisa se despidió con voz débil, y salió apoyada en el brazo de D. Pablo, precedida de Eugenia.

Apénas el último pliegue de su vestido desapareció en el corredor, Julia se volvió bruscamente hácia Lutgardo y le preguntó á media voz:

—¿Podré saber qué te propones con no ir á verme? Te he estado esperando tres dias y he venido aquí porque sabia que te encontraria.

—Has hecho muy mal; porque cuando yo no quiero que se me encuentre es inútil buscarme.

—Quiere decir que no te importa que yo te espere, que yo sufra...

—¿A mí?... ¿Y qué tengo yo que ver con eso? Ya te he dicho que me dejes en paz, y que no tengo gana de explicaciones.

—¡La culpa tengo yo por haberte creido!

—Pues yo ¿qué te he anunciado? Vamos, habla de otra cosa y no me causes...

—Me está Vd. faltando, y yo tengo *dirnidad.*

—¿Qué demonios dices que tienes?

—¿Se burla Vd.?

—Vaya, ¡déjame en paz!...

—¡Usted ha jugado con mi corazon como un niño con una carretilla, que la tira cuando no le sirve!...

—En fin, señora, si Vd. no me hubiera buscado, yo bien tranquilo me estaba...

—¡Ay! ¡qué infamia! ¡Ahora me echa Vd. en cara mi amor!...

—¡Qué amor ni qué calabazas!... Pues hombre, ¡estaria bueno que tuviese uno que dar cuenta de todas las tonterías que dice en su vida!... Lo mismo que Luisa, que toma en sério el que se la mire... ¡y lloriquea y se muere!

—¡Eso eran tonterías, pero esto no! Es Vd. un mónstruo, un infame... No quiero nada con Vd.; y en prueba de ello, mire Vd. lo que hago con su retrato... Y Julia, levantando su ampulosa túnica de seda, sacó una fotografía del bolsillo, y mostrándola á Lutgardo, la rompió en pedazos.

—Pues me hace Vd. un favor—repuso tranquilamente Lutgardo—porque precisamente era muy mal retrato.

—Hágase Vd. otro mejor para Eugenia.

—Ya lo creo que lo haré...

—Tambien ella puede retratarle á Vd.

—Y me retratará...

—Buen provecho. No vuelva Vd. á acordarse de mí en su vida...

—¡En eso estaba!...

Julia pasó el pañuelo por sus ojos y en-

jugó un llanto que, á la verdad, no se habia visto en ellos.

En aquel instante Eugenia y D. Pablo volvian.

—Ustedes perdonarán—dijo Eugenia; —pero á mi pobre Luisa le dió un mareo... no sé lo que tiene, pero yo creo que no es cosa tan leve como el médico dice...

—El calor—dijo Lutgardo.

—Es particular—pensó Eugenia;—parecia que lloraba Julia; ¿por qué hará llorar á todas las mujeres Lutgardo?...

Julia se levantó, y ofreciéndose para lo que fuera útil, salió con D. Pablo.

Lutgardo se despidió tambien, y dijo á Eugenia.

—¡Gracias á Dios que me dejan en paz para no pensar más que en Vd!...

Salió despues de haber dicho estas palabras, completamente inexplicables para Eugenia.

CAPITULO XIII.

Vacío del alma.

Imposible seria expresar lo que sufria Luisa despues de haber oido á Lutgardo. Nada hay comparable á ese vacío que deja en el alma la esperanza que se desvanece, la ilusion que se deshace como la corona de nieve de una roca á los primeros rayos del sol.

Es el enfriamiento, la amargura, la sensacion penosa de una disgregacion del sér, la sombra que cae sobre un espacio ántes límpido, empañándole para siempre. Nada más delicado, más bello, más dulce que la primera aspiracion de dicha que se despierta en el alma.

Buscad lo más frágil, lo más aéreo, lo más gracioso, lo más impalpable de cuanto flota sobre la vida, cerniéndose en luz, en perfumes, en colores ó en brumas, y nada igualará á ese sueño gentil donde pasan

tomando forma virginales deseos, aspiraciones vagas, delirios sin objeto, que se desvanecen en una nebulosidad sin contorno, vaga, ideal, purísima, especie de fantasma que hace y deshace nuestra fantasía, como podria un niño hacer flores de espuma que el viento deshiciera.

Luisa no definia sus impresiones, pero sentíase morir con ellas. De tal modo el espíritu de la pobre enferma habíase apegado al afecto primero que habia sentido, que al separarlo de él quedaba sin fuerza para soportar por sí solo el peso de la vida, y caia como una pobre flor cuyo tallo ha roto el viento, en la inaccion y el dolor.

—Pero, ¿por qué no hablas?—la preguntaba Eugenia con pena, al verla una y otra hora con la mirada fija, los labios nerviosamente comprimidos y las manos juntas como una estatua de la desesperacion.

—¿Qué he de decir?

—Lo que decimos todos.

—Es inútil: nada se me ocurre.

—¿Ni quejarte?

—¿Para qué?

—¡No me quieres, Luisa mia! De otro modo comprenderias cuánto sufro al verte así.

—¿Qué es cariño?—preguntaba la niña como delirando.

—¿Y tú me lo preguntas? Cariño es un vivo deseo de ver feliz al sér querido, de hacerle participar de nuestros goces, de alejar de él nuestras penas, de unir nuestro espíritu al suyo para dilatar nuestros sentimientos.

—¡Imposible! nada de eso existe; ¡no hay verdad más que en el egoismo!

—¡Luisa!

—Y bien, ¿por qué se ha de mentir siempre? ¡Tú eres feliz, y lo eres por tí misma, sin ocuparte de que yo no lo sea!

—¡Luisa! ¿Tienes valor?...

—No; ni valor ni deseo; de otro modo, yo te probaria que el cariño no existe: ¡nada hay verdad en la vida... nada, más que la muerte!

—¡Oh! ¡qué pena me da oirte! Si hablara así un filósofo, un viejo, un ateo...

—Y ¿qué es la filosofía más que el conocimiento de la verdad, y qué es la vejez más que el conocimiento de la vida, y que es el ateismo más que...

—¡Luisa, no puedo creerme á mí misma, que te estoy escuchando! ¿Eres tú, tú la que hablas?

—Déjame callar, si el oirme hablar te asusta. La fe ha de *ser* absoluta, ó no puede *ser:* se cree en todo ó no se cree en nada; no hay término medio, y yo ni quiero dudar ni acierto á creer.

—Luisa, no me explico que seas tú la que habla así... una niña no puede tratar de cosas que no entiende.

—Por eso hablo de lo que entiendo.

—¡Tú estás loca!

—¡Ah! ¡sí! dices bien; dices lo que todos... con eso nada se afirma ni nada se niega, y se sale del compromiso de contestar.

—Pero es que en realidad no te entiendo. Estabas triste, llorosa, inconsolable; ahora, por un extraño cambio, estás silenciosa, sombría, desesperada... Jamás te ha ocurrido hablar de lo que hoy me hablas.

—¿No has oido tú afirmar que cuanto más nos alejamos de la tierra, vemos más claro en ella? Pues bien; yo, que voy á morir pronto; yo, que he roto ya con todo lo que á ella me unia, como rompe un barco la cuerda que le retiene junto á la orilla, creo que puedo decir todo lo que sienta, y por eso me has oido afirmar...

—Si no me afligiera tanto—interrumpió

Eugenia—el que pienses en la muerte, me reiria de tí; precisamente el médico te encuentra una gran mejoría hoy.

—¿Sí? ¿Y estás tú segura de que el médico sabe lo que te ha dicho?

—¡Pues no ha de saberlo!

—Pudiera suceder; porque yo creo que ellos ven á los enfermos como vemos nosotros los encajes ó telas que no hemos de comprar.

—¡Qué idea!

—¿Te extraña? Pues piensa tú en lo que seria de los sentimientos, y hasta de la salud del médico, si fuera á impresionarse ó interesarse por cada uno de sus enfermos.

—¡Pues no han de interesarse! Además de una cuestion de humanidad y deber, se interesa su amor propio en vencer el mal.

—En un enfermo ilustre puede que sí; pero en cuanto á mí, ¿quién sabrá, ni á quién le importa que viva ó muera?

—¡Luisa!

—Y bien. ¿Encontrarás que digo mal en esto?

—Es decir que yo...

—¡Tú!... lo sentirás porque eres buena y me quieres; ¡pero lo olvidarás pronto!

—¡Es una broma pesada, Luisa! me estás entristeciendo; sabes cómo te quiero yo, y no debias afligirme así.

—Ya lo sé que me quieres; pero es ménos de lo que tú piensas.

—¿Tambien me negarás que me conozca á mí misma? Si lo niegas, pruebas tengo.

—Y yo tambien.

—¡Tú! ¿De qué?

—Dejemos esto, Eugenia; estoy cansada.

—Una palabra todavía: ¿dices que tienes pruebas de que yo no te quiero?

—De que no me quieres, no he podido decirlo; de que no es tanto como tú supones, sí; porque...

—¿Por qué? Acaba.

—Pues bien; porque si me quisieras tanto, comprenderias que entre lo que dice el médico y digo yo, la verdad es la mia.

—Y tú, si me quisieras, no me afligirias afirmando lo que tanto me apena.

—Vale más que lo sepas... si no te quisiera, te diria...

—¿Qué?

—¡Ah! no, no; porque te quiero... pero estoy muy mala, Eugenia; hoy apénas puedo respirar.

Luisa echó hácia atrás la cabeza y calló fatigada.

Estaba tan pálida, que con los ojos cerrados y las manos caidas, como si no tuviesen ni fuerza ni calor, parecia una muerta.

Eugenia se levantó y se aproximó á ella.

En aquel momento, Juana, la vieja criada que hace tanto tiempo tenemos relegada al olvido, anunció una visita.

—¡No, no quiero verle!—gritó Luisa.

—¿A quién?—preguntó Eugenia sorprendida.

Pero Luisa acababa de desmayarse.

Eugenia, sin pensar en otra cosa que en su hermana, dió órden á Juana de ir á buscar al médico, y apoyó contra unos almohadones la rubia cabeza de la pobre niña, cuyo cútis dejaba trasparentarse las venas y tenia el amarillo suave del marfil.

Con los ojos cerrados y los labios pálidos é inmóviles, Luisa, como ya hemos dicho, parecia muerta: pero Eugenia no lo conoció, sin duda por esa ceguedad providencial que sostiene en nosotros la esperanza hasta el último instante, y á veces ¡ay! hasta despues de haber terminado todo.

Eugenia sentia una vivísima pena, una amargura penosa ante su hermana enferma; pero confiaba en su mejoría, ó, mejor dicho no le ocurrió ni por un instante que pudiera morirse; pues para conocer la muerte se necesita haberla visto de cerca, y Eugenia era muy niña cuando murieron sus padres para fijarse en sus inequívocas señales.

Entre tanto que Eugenia procuraba hacer volver á Luisa de su desmayo, Enrique Velasco, el que conocimos á bordo de la fragata X···, en la bahía de Barcelona, entraba en la sala; y no teniendo nada mejor que hacer, examinaba los cuadros, miraba los libros que habia colocados sobre un velador, y se decia:

—Conozcamos el ave por el nido.

Pero su exámen terminó pronto; la casa de Eugenia, como de pobre y de artista, tenia poco supérfluo, y el buen gusto suplia con su agradable sencillez el vacío de objetos ricos.

El tiempo pasaba y Enrique seguia solo.

El jóven marino pensaba ya en retirarse, creyendo una broma pesada tan larga espera, cuando la puerta de la escalera que Juana habia dejado entornada al salir á

buscar al médico, se abrió bruscamente y apareció Lutgardo.

Al ver á Enrique de pié con el sombrero en la mano se detuvo con extrañeza; despues le preguntó:

—¿No está la señorita de Ochoa?

—No lo sé, caballero; he venido á verla en nombre de un amigo mio; pregunté si podia recibirme, y una criada me hizo pasar aquí; despues ví á la misma criada salir presurosa hácia la calle; nadie se presenta y me retiraba temiendo ser indiscreto.

—Espere Vd. Yo avisaré á Eugenia.

—¿Usted? ¿Es acaso de la familia?—preguntó Enrique dejando el sombrero sobre un mueble.

—No, por cierto—dijo Lutgardo tranquilamente—pero como si lo fuera.

Enrique le miró con fijeza.

No se explicaba cómo aquel jóven, tan extraordinariamente simpático, tan elegante y atildado, podia entrar y salir con tal confianza en aquella casa, cuando no era de la familia, segun habia dicho.

—No se moleste Vd.—se apresuró á decir Enrique—la señorita Eugenia estará en el tocador y la molestariamos.

—¡Eugenia en el tocador! No tal. Estará trabajando; no se mira al espejo más que lo preciso para no ponerse el peinado en la oreja.

—¡Ah, sí! Me habia olvidado que es pintora.

—¡Ya lo creo! ¡Y qué pintora! Murillo la hubiera envidiado.

—Lo que hace una bonita mano, parece más bonito—dijo Enrique, que comenzaba á fijarse en el entusiasmo de Lutgardo.

—No señor, nada de eso. Precisamente yo no soy partidario de las obras de la mujer, en mi vida he mirado ninguna; pero las de Eugenia son de hombre; sí señor, de hombre. Ni más, ni ménos. Voy á llamarla.

—Si á Vd. le parece, la esperaremos—dijo Enrique con solapada sonrisa—yo no tengo prisa y sentiria molestarla.

—Yo tampoco tengo; pero me extraña que no haya salido ya. Como no esté peor Luisa.

—¿Quién es Luisa?

—Una chiquilla enfermiza y fastidiosa, que es un verdadero castigo para la pobre Eugenia.

—Pero ¿quién es?

—Su hermana.

—¡Ah!

—Pues sí; una niña romántica, insoportable. ¿Pero Vd. no las conoce?

—No señor; he venido á M... por unos dias, y un compañero mio me ha dado el encargo de visitar á la señorita Eugenia, en su nombre.

—¿Y se puede saber quién es ese señor?

—¿Por qué no? D. Ricardo Valenzuela, marino.

—No lo conozco. Pero puede Vd. decir que ha tenido suerte en hallarme á mí; porque de otro modo no hubiera podido desempeñar la comision del marino.

—¡Cómo!

—Claro. Eugenia no recibe á quien yo no quiero que reciba—dijo Lutgardo con aplomo.

—¿Usted?—preguntó con extrañeza Enrique—¿Usted? ¡no comprendo!

—Sí, yo: ¿de qué se asombra? ¡Es bien claro?

—No conozco los lazos que puedan unirle á la señorita Eugenia.

—¡Pardiez! Los que pueden unir á un hombre y una mujer que se aman.

—Perdone Vd.: ¿es de la señorita Euge-

nia de Ochoa de la que habla, ó hay aquí un *quid pro quo?*

—Hablo de Eugenia de Ochoa.

—En ese caso—dijo Enrique levantándose—nada tengo que hacer aquí.

—¡Diablo! ¿Venia Vd. á pedir su mano?

—Venia á decirle algo que ya no hay para qué decir; aunque en verdad, no me explico esto: segun Ricardo, Eugenia es un espíritu sério, una razon recta, y no comprendo...

—¿El que me ame á mí?... Pues es fácil que se convenza.... tengo pruebas... y Lutgardo comenzó á mirar en sus bolsillos, cual si buscase un papel.

—Es inútil, caballero, me basta su palabra; además, no necesito pruebas, no soy el interesado...

—Es decir, que hay otro...

—Creo que en breve no habrá ninguno; cuando un hombre digno recibe un desengaño así, lo mejor que puede hacer es no volver á recordar ni el nombre de la mujer que se lo dá.

—¡Já! ¡já! ¡já!...—interrumpió Lutgardo con descompuesta risa;—¡con que ese señor la amaba, y esto es un desengaño doloroso!... ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Pues ha llegado tarde!...

—No por cierto; en amor no se llega tarde ni temprano; se llega á tiempo... ó no se llega.

—¿Eso cree Vd?...

—¡Con seguridad! El amor se impone siempre: no acepta nada que le dan hecho; él lo hace todo...

—Tiene Vd. razon, y debo confesarle que lo que más amo en Eugenia es que no se parece á ninguna mujer; y por lo tanto, inspira un amor nuevo... Porque yo estoy cansado de todo... Ya comprenderá Vd. cuántas mujeres me han dicho que me aman ó me han amado, no lo sé...

—En efecto—contestó Enrique con risita burlona—ya lo comprendo...

—¡Es una desgracia que no lo dejen á uno vivir!.., Y son tan exigentes, tan celosas...

—¿Eugenia tambien?

—Ya lo creo, ¡más que todas!...

—Pues amigo mio, agradezco á Vd. mucho sus noticias y me retiro: ya no tengo necesidad de ver á Eugenia: usted disculpe mi visita como quiera, ó no hable de ella... esto será mejor.

—Así lo haré, y cuente conmigo para todo...—contestó Lutgardo.

Cuando cambiaban esos ofrecimientos de fórmula, en una primera despedida, llegó Juana con el médico.

—¿Cómo está?—preguntó á Lutgardo.

—¿Quién?

—¡Luisa!

—¡Ah! ¿Se puso mala?... No lo sabia; estuve con este caballero...

—Venga Vd., señor—dijo Juana al médico—por aquí... ¡Está en su cuarto!

—Voy con Vds.—dijo Lutgardo.

—Verdaderamente—pensó Enrique alejándose—que no ha mentido... ¡Tiene en la casa gran intimidad!... No valia la pena de que el pobre Ricardo la recordase... ¡Bah!... ¡Tanto mejor para él!

Luisa, entre tanto, seguia desvanecida: el médico la observó en silencio y con marcado disgusto, y dispuso algunos remedios que en el acto fueron aplicados.

Al recobrar la niña los sentidos, deliraba: la fiebre habia sucedido á la inaccion que la tuvo postrada: la tos, más tenaz, más dura, más contínua, parecia desgarrar su pecho.

Eugenia, aterrada, estaba á su lado, casi de rodillas, sosteniendo su cabeza.

Lutgardo, en el dintel de la puerta, no

se atrevia á interrumpir aquella escena dolorosa.

El médico observaba á la niña enferma con las cejas fruncidas, en silencio, y con cuidado se levantó grave y sério, y llamó á Eugenia.

—Luisa se ha agravado, señorita—la dijo;—no quiero afligir á Vd., pero es preciso estar dispuestos á todo.

—¡Dios mio! ¿Pero está muy mala? ¿Se morirá?

—Jamás puede afirmarse dónde está la muerte ó la vida; pero se debe temer...

Eugenia, pálida, trémula, se dejó caer en un sillon, ahogando sus sollozos: el golpe era rudo y vacilaba con él.

Lutgardo se aproximó á ella.

—Eugenia—dijo tomando sus manos—cuente Vd. conmigo para todo. ¿Qué hace falta? ¿Médicos?... ¡Vendrán todos!... ¿Medicinas?... ¡Se agotarán las boticas!... ¿Asistencia?... ¡Yo estoy aquí!... Mándeme para todo, como á un hermano, como á un esclavo... ¡Yo obedeceré de rodillas!

—¡Gracias, gracias, amigo mio!—exclamó con exagerada gratitud Eugenia, que impresionada por su dolor, no se fijó en la inconveniencia de tales ofrecimientos;—¡jamás lo olvidaré!

—Seria conveniente acostar á la enferma—dijo el médico que escuchaba con despreciativa impaciencia los ofrecimientos de Lutgardo.

—Me voy—dijo éste—pero volveré, y ya sabe Vd. que puede mandarme... en todo!

—Ya lo sé—dijo Eugenia.—Adios, y gracias!...

Lutgardo salió.

Luisa se agitó levemente.

—¿Quién hay aquí?—preguntó.

—Nadie, hija mia: el doctor y yo—dijo Eugenia.

—¿Cómo se siente Vd.?—preguntó el médico.

—Bien—dijo fatigada Luisa.

—Pues ánimo, y á ponerse buena: tomará Vd. un poquito de este calmante.

—¿Y para qué?—dijo Luisa.

—Para curarse.

—¡Si yo no quiero curarme!...

—¡Hija mia, Luisa mia, por Dios!—murmuró Eugenia.

—¿Y para qué quiero yo curarme?—preguntó delirante Luisa;—¿para qué quiero vivir? ¡Si nada tengo que hacer en la vida!...

—¡Hija mia!

—Vamos, ánimo, y á ponerse buena... ¡Entónces veremos lo que hay que hacer!

—Sí, ya lo sé—murmuró la pobre niña —¡morirme y descansar!... Yo tengo el alma muerta; muerta, sí, helada... ¡para qué quiero vivir llevando un muerto dentro de mí!

Eugenia miró al médico llorando; éste la hizo una señal de guardar silencio.

En aquel momento Luisa tosió violentamente; se inclinó á un lado y sus labios aparecieron manchados de sangre.

CAPITULO XIV.

Dos cartas.

Hé aquí la que escribia Enrique de Velasco á su amigo Ricardo Valenzuela algunas horas despues de abandonar la casa de Eugenia:

«No sé si felicitarte ó sentir contigo, mi querido Ricardo, ante las novedades que he de participarte. Si pienso en tí, en tu alma buena y sensible, en tu corazon *en carne viva*, en tu idealismo espiritual, necesariamente he de darte el más sentido pésame... Si pienso en las inmensas ventajas, en la suerte que te se viene á las manos sin desearla, en la fortuna que Dios te depara, te felicito sinceramente.

»¿A qué viene este preámbulo? dirás.

»Ten calma, Ricardo: las cosas sérias exigen grandes precauciones; tengo para mí que si Dios no hubiese hecho tan de prisa el mundo, no se hubieran olvidado

ciertos detalles que, á fuerza de siglos, de trabajos y de disgustos, vamos perfilando poco á poco sus moradores. ¡Siete dias! ¿Qué se puede hacer en este tiempo? ¡Que se lo pregunten á un ministro ó á un poeta! ¡Ya darán ellos razon de lo que suponen siete dias para hacer un mundo!

»En fin, volvamos al *petit* mundo que cada uno llevamos dentro de nosotros mismos, y que ¡por Dios! tambien parece hecho de prisa, segun el desórden que en él se nota.

»Antes de hablar de tí, ¿me permites que hable de mí? No es lo cortés ni lo generalmente usado, pero se dan casos en que es fuerza invertir el órden.

»Quizás, y sin quizás, lo que de mí te diga suavice lo que, á pesar mio, de tí tengo que decir... Tomo tu silencio por autorizacion, como se hace muchas veces, y empiezo.

»Pero ¡ay! ántes de entrar en materia, déjame entonar un himno á la libertad, como Milton, ántes de entrar en la florida enramada que servia de cámara nupcial al señor Adan y á la señorita Eva, entona un canto al Himeneo. ¡Pobre Milton, y cual debia protestar de su entusiasmo su mano

arañada por su briosa mitad! No dice la historia si Milton tenia suegra; si la hubiera tenido, con seguridad que no canta el epitalamio al matrimonio. Con la esposa se transige, si bien sea á cuartos de hora; ¡pero con la suegra! ¡Mira, tú que tienes tiempo y paciencia, date á buscar noticias de nuestros grandes hombres, y dime si han tenido suegras! Tengo para mí que no hay inspiracion que resista á esa gota de agua fría que cae constantemente sobre el cráneo y le perfora y le avería.

»Sin cantar á la libertad, como te prometia, te hablo de mi *mamá-política*... ¡política! ¡Maldita palabra, de funestos resultados hasta en el fondo del hogar!

»¿Qué quieres? ¡ni valor tengo para cantar á mi ideal! ¡Se vé la libertad de un modo tan extraño á traves del prisma suegra!

»¡Descompone ésta de tan asombrosa manera todos los colores del íris de la vida!

»Y ¡nada!... ¡siempre igual!... El hombre inventa sin descanso máquinas destructoras, medios de comunicacion, colores, tejidos, fantasías... y ¡nada! ¡siempre nada para preservárse de estas buenas señoras! ¡aquí,

donde hasta se venden polvos para matar pulgas!

»En fin, querido Ricardo, no quiero impacientarte, y entro en materia.

»Te diré, para tranquilizarte, que llegué á estas playas bueno, «para lo que gustes mandar, que lo haré, etc., etc.;» que hallé instalada aquí á mi cara esposa (¡ay! ¡con qué dolorosa verdad puedo emplear el adjetivo!...) y á su carísima mamá. Ambas me recibieron como puedes figurarte. Cármen es inocente, sencilla y cariñosa: no me vé hace algun tiempo, y está llena de alegría por tenerme á su lado: su mamá, mi señora mamá-política... ¡maldita política!... ¡es una suegra... no hay otra definicion!

»¡Y vé tú si yo tenia razon al decir que Dios hizo el mundo muy de prisa!... ¡Ya que dió su música especial á la culebra de cascabel para avisar su aproximacion, ¿por qué no hizo distinguirse de algun modo á la *culebra-política?*

»¡Adelante!...

»Desde el primer momento de mi llegada, Cármen me acaricia y la *política* me desespera: entre las dos forman un todo insoportable; ¡porque, ¡te lo juro! el hombre necesita libertad para sus sentidos como

oxígeno para sus pulmones, y sin una y sin otro la vida se hace imposible.

»¡Qué mal comprenden sus intereses estas dos benditas mujeres!

»Como me queda poco, como volveré al mar—¡por fortuna!—en cuanto termine mi licencia de dos meses, no quiero dar un *golpe de Estado*, recobrando de sus resultas mi autonomía, y me dejo tiranizar, calculando, entretanto, que un barco meciéndose libre sobre las olas del mar, un camarote en él y un anteojo ó un libro por toda compañía, ¡valen más que todos los hogares del mundo!

»En realidad, les pasa á *mis dos mujeres* como á todos los tiranos. ¡Pierden el tiempo! En fin, para no cansarte, pues siempre es triste el espectáculo cursi de un sainete-trágico-sentimental, pasaré en silencio mis torturas, y te participaré que vencida una tempestad de suspiros de la una y de recomendaciones de la otra, pasé ayer á visitar á Eugenia.

»¡Oh! ¡Libertad!... ¡Aspiracion divina!....

»¡Llámame al órden, ó te sigo hablando en verso para olvidar la prosa!

»Pues, ¡nada!...

»No tengo nada que decirte...

»¡Dichoso tú, que has de continuar libre!

»Mademoiselle Eugenia, la celebrada autora de la *Esperanza*, te recoge las tuyas...

»Es decir, permite esperar á otro...

»Creo que se casarán, no lo sé.

»Ignoro el nombre de tu rival.

»Es bello como Narciso; soberbio como Napoleon, y necio como cualquiera que lo sea.

»No creo que en esto haya diferencias.

»Conque escribe una oda á la inconstancia de la mujer; compárala á las olas, como Rigoleto; despídete de ese modo, y brinda así: ¡El amor ha muerto! ¡Viva el amor!...

»Yo gritaré desde aquí: ¡Larga vida á la nueva reina!... ¿Cómo se llamará?...

»¿Qué importa eso? ¡Llámese como quiera, con tal que no se llame Perpétua!... Esta, y con *Política*, no se la deseo ni á mi mayor enemigo...

»¡Salud y paciencia! Más vale un desengaño á tiempo...

»¡Dichoso tú! Grita por mi: ¡Viva la libertad!...—*Enrique.*»

Pocos dias despues de escrita la carta anterior, Enrique recibió otra que decia así:

«Gracias, querido amigo mio, por el cui-

dado que pones en suavizar, á costa tuya, lo áspero, lo amargo de la noticia que me das. No era necesario: soy fuerte, tú lo sabes, y contra el infortunio acrece mi valor. No lo temia; diré más, no lo sospechaba siquiera: creia, sí, que Eugenia, halagada, deslumbrada por su gloria de artista, dejaria de ser para mí la voluntad sumisa, la mujer dulce y tierna que se esclaviza voluntariamente á su amor.

»Contaba con su orgullo, pero no con su perfidia; esto escapaba á todas mis suposiciones.

»Ni las más vulgares reglas de la cortesía ha seguido conmigo; ni una explicacion que á nadie se niega, ni una disculpa que yo hubiera aceptado. No me lo explico: creia conocer á Eugenia, y juraria que te engañas... No insisto, sin embargo, ante la evidencia que pareces tener.

»No temas por mí: yo no soy de los que por amor se matan; yo creo que es sencillamente necio pedir amor; es más, creo que todo puede pedirse en la vida ménos eso: al corazon nada debe exigirse, él ofrece. El hombre que suplica amor, pierde el tiempo y la dignidad.

»Te confieso que en el primer momento

he sentido algo parecido á la asfixia que debe sentir el que ha sido lanzado en el vacío, algo de la ansiedad que debe apurar el náufrago al desprenderse de sus manos la tabla protectora, una agonía moral, si me es permitido llamar asi al dolor punzante con el cual morian mis esperanzas de felicidad. ¡Pero soy fuerte, soy razonable, soy dueño de mí mismo! Mi horrible angustía me ha envuelto por un momento, como rebasa una ola gigante la muralla de un puerto, y como ella ha retrocedido, vencida, humilde, dominada, incapaz de arrollarme consigo.

»Hoy Eugenia es para mí un recuerdo triste, nada más.

»Pero no creas por esto que con mi desesperacion haya pasado todo: me venzo, pero ni olvido, ni perdono. Eugenia podrá creer que es dueña de sí, no se lo niego; pero no es dueña de jugar con mi dicha, con mi dignidad, con mi porvenir. Eugenia, mostrándome francamente su corazon, pidiéndome que rompiese por mi mano los lazos que nos unian, hubiera encontrado en mí, más que un amigo, un hermano, un protector desinteresado y leal; pero Eugenia, olvidando para conmigo toda conside-

racion, se ha hecho un enemigo á muerte; pero no un enemigo vulgar, no uno de estos enemigos que se creen vengados con una calumnia, que mata moralmente ó con un golpe, que mata en lo material; eso es pequeño, y mezquino y despreciable; yo haré algo más que la dé á conocer lo que soy.

»Eugenia puede vivir tranquila; pasarán dias, ó meses, ó años, no lo sé; pero aunque pasaran siglos de siglos, mi venganza la alcanzaria, fria, lenta, implacable como el destino. ¡Oh!... ¡Yo se lo aviso!... Cuando se crea más feliz, cuando haya alejado de sí hasta la sombra de mi recuerdo, sentirá mi mano desgarrar esa felicidad, hacer trizas su porvenir, arrancar sin piedad las esperanzas de su alma, como se arranca una planta venenosa. ¿Con qué derecho ha jugado con mi porvenir, con mi dicha, con mis sentimientos? ¿Acaso no somos responsables de nuestros actos?... Pues qué, ¿se han de hacer leyes para todas las faltas, y no ha de haber una ley para lo que más interesa, bajo el punto de vista de nuestra vida moral?

»Si no hay leyes escritas para este castigo, la conciencia es un legislador infali-

ble; y yo la juro, por todo lo que hay santo y respetable, que mi conciencia la ha sentenciado, ¡y que la sentencia se cumplirá!...

»Yo no sé decirte cómo la amaba... Este afan loco de nuestra alma, que busca lo infinito, se habia trasmitido á mis sentidos, qae creian hallarlo en ella, á mi sér todo, que se dilataba en su sér de esa manera suprema con que deben identificarse las almas á su Dios.

»Era una fiebre dulce, al par que candente; una absorcion de mi alma por su alma, que esparcia en mis venas no sé qué fruiciones desconocidas, no sé qué sensaciones de gloria, especie de éxtasis en que una luz desconocida, una luz nueva, creada para mí, creada por mí mismo acaso, al choque incesante de la idea celeste, de la idea vivificadora, sustancia y forma del espíritu, con esa otra idea revelada por la naturaleza, aprendida en la sensacion que pasa; materia incolora que refleja la luz superior, y que envuelta en su reflejo, parece darla vida, como parece brotar de las olas el sol que se copiaen ellas.

»¡Es inútil que yo intente decirte cómo la amaba! La palabra humana, tan rica y fluida cuando se trata de lo relativo, de lo

que cabe en la vida, es pobre; diré más bien, es inútil, cuando de expresar lo infinito se trata. El hombre que se cree tan sabio, no puede hablar de sí mismo por falta de voces que expresen lo que siente!...

»La amaba, y esto es todo lo que puedo decir; en esa palabra caben cuantos afectos sentimos, cuantas ilusiones forjamos. Y al ver roto el ídolo, al saber que esa luz que ardia en mi alma ante el altar de su memoria ha de apagarse bajo el mezquino soplo de un desengaño vulgar, como si viera en ella dos personalidades distintas, como si la mujer que hoy desprecio hubiese ofendido mortalmente á la mujer que ayer amaba, la odio con el doble odio de haber matado á mi Eugenia y de haber herido de muerte á mi corazon.

»Sin embargo, ya lo ves, estoy tranquilo. La nube que cegó mis ojos por un instante se ha deshecho, y flota ya lejana como un vapor de sangre. Mis nervios, agitados violentamente, como agita el huracan las ramas de las palmeras del desierto, han vuelto á ser meros agentes de mi vida material; mi corazon, que se extremeció con la convulsion poderosa con que se agita el mar para arrojar á la orilla el cadá-

ver que envuelve entre sus olas, ha recobrado su calma; él tambien arrojó de sí un cadáver... el cadáver de mi felicidad, que le agobiaba con su peso insoportable. Despues... nada. Soy un hombre que se ha desprendido de una parte de su sér; y como en ella guardaba lo más noble, lo más puro, lo más santo de los dones con que Dios adorna á sus criaturas, hoy se cree autorizado para todo y, como el ángel caido, utilizará para el mal las alas de su genio.

»Pero ¡á fe que te estoy escribiendo de una manera lúgubre! quisiera que *ella* viese esta carta; soy un enemigo leal, y no hiero á traicion; que sepa que no la odio, porque odiándola, al prestarle mi atencion, creeria darle algo mio; que no la desprecio, porque yo no sé despreciar lo que he glorificado; que no la mato, porque la muerte la vedaria á mi venganza, y yo quiero que la sienta y que la sufra.

»Pero que entre su mano y la dicha me encontrará siempre; que sabré hundir cuanto levante su deseo, y sabré deshacer cuanto crea hecho.

»¡Basta! Es inútil hablar más de ella; ya lo sabes y estoy tranquilo.

»En cuanto á tí, mi querido Enrique, no te compadezco.

»Yo creo que así como los malos gobiernos hacen las revoluciones, así los malos maridos hacen esos tiranuelos con faldas que trasforman en infierno el hogar.

»Da á la palabra *malos* la acepcion que yo le doy; generalmente el vulgo les llama *buenos;* pero la debilidad no es bondad, es ignorancia del deber y del derecho.

»Hay en España pocas mujeres educadas; el tipo de la niña mimada, inútil para todo, exigente y egoista, se encuentra á cada paso.

»Nuestras luchas civiles, el estado de agitacion de las clases sociales en todo este siglo, pudiéramos decir que ha hecho sin duda, á los padres descuidar ese deber sagrado que consiste en enseñar á sus hijos á sus hijas sobre todo, á vivir la vida práctica de la familia, que es una reduccion de la vida social.

»Las niñas de hoy, las que están encargadas de formar la generacion del porvenir, son una pobre esperanza para la patria.

»Educadas con increible descuido, en su generalidad—salvando siempre honrosas excepciones—empiezan por aburrir á sus padres, que les buscan un marido con la

misma prisa con que busca el mercader comprador para el género falso; aburren luégo á sus maridos, que sufren la vida como el presidiario su cadena, y por último á la sociedad, en la cual son una figura decorativa, sin vida propia, sin actos notables, sin iniciativa para nada.

»¿Quieres saber por qué? Porque no enseñándoles sino fútiles adornos que nada significan, y aún así de una manera incompleta; no acostumbrándolas á respetar el valorageno, no por oficiosa rutina, sino aprendiendo por el trabajo lo que aquel valor supone de sacrificios y abnegacion; no ocupándolas, en fin, con un trabajo cualquiera, que nadie está dispensado de él por grandes medios que la fortuna le ofrezca, les hacen sentir un gran vacío de corazon y de inteligencia que necesariamente ha de llenarse de algo, y se llena de pequeños defectos que forman un todo insoportable para la vida íntima, inútil para la vida social.

»Tú has tenido la desgracia de unirte á una de esas mujeres que han visto la realidad á traves del cariño exagerado de sus padres, que no conocen nada de la vida, nada más que la costumbre de ver satisfe-

chas sus exigencias. Has tenido la debilidad de ceder á sus primeros deseos, y ya es tarde para remediar el mal; no creas que es amor lo que significan sus exigencias; el amor, que es todo abnegacion, no pide, no martiriza, no duda; ofrece, cree y consuela. Es hastío, es fastidio, es egoismo; tu mujer, que nada tiene que hacer, no puede soportar que te alejes de su lado; y aunque sepa que te molesta, insiste, porque tal como está educada, nada hay ántes que su voluntad.

»En cuanto á tu suegra, nada me ocurre decirte; es cuestion de temperamento; yo sólo me casaria con una mujer... y ésta la educaria á mi manera. Sufrir á dos es demasiado, y comprendo que te des prisa en volver al mar. Esta es una esposa que te engaña, porque en su seno, como en el fondo de todo lo infinito, está la muerte.

»Ven pronto, ántes que la rabia de tus pequeñas penas, que son las que más se sienten, te arroje al camino desesperado del suicidio.

»Tuyo de corazon.—*Ricardo.*»

CAPITULO XV.

El último sueño.

Luisa se moria.

Su cútis blanco y suave habia adquirido ese tinte amarillento que denota que la sangre se enfria en las venas, que la vida se apaga.

Sus ojos azules tenian esa mirada vaga y triste del que ya no se fija en las cosas del mundo.

Sin embargo, la pobre niña no lo sabia.

La vida, que se le escapaba por instantes, habia concentrado en su corazon su última fuerza; era la llama vivaz de la lámpara que se extingue.

Sentada junto á un balcon, con la cabeza recostada, en actitud de cansancio, en la butaca que ocupaba, inmóvil, silenciosa y sombría, parecia esperar algo, algo supremo que le volviese la vida.

Eugenia pintaba á su lado: los que viven

de su trabajo no pueden darse el lujo de descansar en sus penas; el corazon se revuelve en ellas desgarrado, y gime bajo la opresion de esa otra fuerza creadora que le exige su tributo: el trabajo, en el cual siempre hay algo del corazon del artista.

Una bata azul envolvia el cuerpo de la pobre enferma: sus trenzas rubias caian por sus hombros y espalda oomo si su cabeza no pudiese sostenerlas: sus manos estaban tan delgadas como si fuesen las de un esqueleto que se envolviesen en el suave holan de su cútis.

Nada más triste, más resignado, más dulce que aquella fisonomía, profundamente alterada por la enfermedad, pero de simpática y agradable expresion.

Eugenia la miraba, guardando silencio.

La campanilla de la puerta sonó con una vibracion poderosa.

Luisa se agitó con violencia, asustada sin duda, y lanzó un grito.

—¡Qué es eso, hija mia! ¿Por qué te asustas?...

—No sé—contestó Luisa rompiendo á llorar de una manera nerviosa;—creí...

—¿Qué?...

—No lo sé...

—Estás temblorosa—dijo Eugenia, que habia dejado los pinceles para ir á su lado; —¿qué tienes?... ¿Qué quieres?...

—¡Yo!... Nada...

—Luisa mia, procura dominar esa agitacion nerviosa... Tengo tanto que decirte... tanto que preguntarte... pero la idea de hacerte daño me da miedo.

—¿Daño tú? ¡No, no!... Dímelo todo—dijo con ansiedad Luisa.

—¿Todo?... ¡Si no es casi nada!... sólo hablarte de mí... He comenzado un nuevo cuadro...

Juana se presentó llevando una carta.

—¿Puede Vd. salir?—preguntó á Eugenia.

—¡Ah!... ¡Tienes secretos conmigo!—murmuró Luisa, que volvió á llorar.

—No, niña mia, te engañas, y en prueba de ello voy á llamar á Juana.

—No—dijo con recelo Luisa;—no salgas, llámala desde aquí.

—¡Juana!—gritó Eugenia—ven y dime lo que quieres; estoy sola con Luisa, y con ella no tengo secretos.

—Queria—murmuró algo confusa Juana,—queria... dinero para pagar el pan... lo acaban de traer...

—¿No es más que eso?... ¡Pues mira que tiene gracia llamarme para tan poca cosa!... Toma...

—¿Y la carta que tenias en la mano?—preguntó mirándola fijamente Luisa.

—¿Quién? ¡Yo!... Por fuerza te engañas, niña mia... ¡Yo!... ¡vaya!... ¡Qué cosas tienes!

—Tenias una carta—insistió Luisa.

—Te digo que no...

—¡Me engañas!... Además, el panadero no llama así...

—Vamos, Juana, dí la verdad: tenias una carta. ¿Era para Luisa?...

—He dicho que no—dijo Juana.

—¿Lo ves? Todos me engañan, nadie me quiere... tenia una carta, ¡te digo que la he visto!...

—No llores por Dios, Luisa; y tú, Juana, dame ahora mismo esa carta... Yo tambien creo que te he visto un papel...

—Era la cuenta del gasto...

—No, no—dijo Luisa;—era una carta...

—¡Juana!... Está delicada y no debemos disgustarla... Si te han dado una carta, dámela ó dásela, y cese ya esta porfía.

—Pues hija, pídele á Dios que no te pese tu empeño; ¡con tu pan te lo comas!...

—dijo Juana dirigiéndose á Luisa.—Tome usted—dijo sacando del pecho una carta y dándola á Eugenia;—es para Vd...

—¡Ah!... ¡Ya lo sabia yo!—exclamó Luisa.

Eugenia tomó la carta, ruborizándose.

No la esperaba, no sabia de quién era, y sin embargo, su corazon tembló en su pecho como tiembla el pajarillo en el nido al percibir el aleteo de su madre...

Hay algo que impregna el papel que encierra palabras de afecto, algo que, cual si lo hiciera sensible, impresiona á su contacto.

Eugenia no sentia más que curiosidad y una especie de presentimiento vago, indeciso, que la conmovia, que la impresionaba.

Extrañaba la reserva instintiva de Juana, y la tenacidad, instintiva tambien, de Luisa.

Tenia la carta en la mano; miraba el sobre, sin conocer la letra que formaba su nombre, y su mirada, pasando de la carta á Luisa, tenia algo de medrosa, de asustada; no podia comprender lo que sentia. Sus mejillas se habian encendido, cual si su sangre ardiera en una impresion candente...

Este rubor que aumentaba la frescura, la exuberancia, la vitalidad de su belleza, la hermoseaba de tal modo que parecia transfigurarla.

—¡Es particular!—dijo al fin;—no conozco la letra: ¿quién me escribirá?...

Y revolvia la carta en sus manos, mirándola impresionada, conmovida.

De tal modo la absorbia su preocupacion, que no vió á Juana haciéndola señas que debian significar algo importante, pues la pobre mujer se desesperaba de no verse comprendida. Pero de haberse fijado en ellas, hubiera sido igual: Eugenia no sabia, no podia mentir; su corazon era tan visible en todas sus acciones, que á traves de una frase negativa se hubiera adivinado sin esfuerzo la verdad.

Era uno de esos corazones que se trasparentan, si se nos permite la frase.

Todo lo que es puro es límpido, y su mirada vendia las emociones de su alma.

—¿Pero no ves lo que te dicen?—preguntó impaciente Luisa.

—Ahora mismo...

—Ven cerca de mí... quiero leerla contigo.

Eugenia tomó una pequeña silla y fué á sentarse á los piés de Luisa.

—Veamos—dijo.

Rompió el sobre: algunas palabras aparecian escritas en un pequeño pliego de papel que tenia grabado un pretencioso timbre en oro.

No hay *cursi* vanidoso que no se dé el lujo de lo dorado...

Es condicion indispensable para ellos que brille y se vea de léjos...

«Eugenia, decia, necesito hablarla: desde que se agravó nuestra querida enferma no la veo, y es preciso, indispensable, que yo la hable. Permítame Vd. que vaya hoy mismo, y recíbame al lado de Luisa: ¿cómo está?...

»Su admirador, su apasionado amigo—*Lutgardo.*»

Eugenia leyó con voz trémula esta carta: ¿qué tenia que decirla Lutgardo? ¿Lo sospechaba acaso, y por eso palidecia?... Ella misma no hubiera podido darse cuenta de ello; pero su turbacion era tan grande, que no pudo apercibirse de la emocion de Luisa.

Esta, con las mejillas suavemente sonrosadas, con una expresion anhelante en la mirada, esperaba á que Eugenia hablase.

Pero Eugenia no podia hablar.

Estaba sorprendida del atrevimiento de Lutgardo, y sentia una penosa impresion de despecho por aquella falta de consideracion á su dolor.

—¿Qué le dirás?—preguntó al finLuisa

—No sé...

—Permítele venir; ¡yo te lo ruego!...

—¡Tú!... ¿Pero, para qué?...

—Quiero saber qué es lo que tiene que decirte...

CAPITULO XVII.

Las apariencias.

Enrique habia comprendido al leer la carta de Ricardo, que su buen deseo se estrellaria ante aquella tenacidad; y pensando por otra parte, que el ver por sí mismo lo que negaba en su primer generoso impulso le haria comprender la razon de sus advertencias, lo dejó hacer, sin oponer á su resolucion ni el más ligero consejo, bien seguro de que volveria á estrecharle la mano tan pronto como se hubiera convencido.

En concepto de Enrique, como en el de la casi totalidad de las personas que la conocian, Eugenia era la amante de Lutgardo.

La vanidad de este necio, que se vengaba del desamor de Eugenia, dando á entender no sólo que la amaba, sino que subvenia á sus necesidades, lo cuál era en él muy fácil de admitir, pues alardeando de

unas riquezas que no tenia, citaba con la misma verdad que en el caso presente pensiones y beneficios que repartia, cuyo engaño habia acabado el público por admitir, dándole fama de espléndido; el aïslamiento de la pobre jóven, que impedia se viese el fondo de su vida, de trabajo y privaciones, y no de amor ni orgullo; y, en fin, la exagerada, la inoportuna gratitud pudiéramos decir, pues hasta en los sentimientos más generosos puede haber inoportunidad si no recaen en personas dignas de ellos; la exagerada gratitud, deciamos, que Eugenia se creia obligada á guardar al amigo que en sus grandes penas la habia acompañado, consolado y atendido, era un motivo, para ella justo, de seguir recibiéndolo en su casa, y demostrándole una confianza que justificaba para con el público los alardes pretenciosos del necio *gomoso*, que si bien en la realidad no se atrevia á ir más léjos, en la apariencia habia recorrido todo el camino de las aventuras amorosas.

Imposible se creeria á primera vista, si nuestra sociedad no estuviese llena de estos dolorosos ejemplos, la infamia de Lutgardo y la inexperiencia de Eugenia, que era base de ella.

De no tener un carácter tan soñador é idealista; de no haber vivido tan alejada de todo, tan concentrada en sí misma, sin conocer el peligro de las apariencias, que se imponen á la realidad con esa fuerza brutal del hecho que en el concepto público queda probado, hubiera sido más prudente en admitir amistades y ménos pródiga en conceder gratitud por lo que no la merecia; pues ménos confiada, le hubiese sido fácil distinguir el oro del oropel, dando su verdadero valor á la exageracion de los ofrecimientos de Lutgardo, que á muy poco que se hubiera fijado hubiera hallado ridículos.

La farsa del necio admirador de Eugenia no tenia para ser admitida otro fundamento que la suposicion que se hacia de ser éste generoso, apasionado, oficioso hasta la exageracion; pero nunca creyó la pobre pintora que bajo aquellas cualidades, que ella suponia, se ocultasen las vanidades miserables que calumnian y envilecen; los egoismos, que anulan en bien propio toda agena virtud, los alardes groseros, que deshacen una reputacion sin ningun remordimiento, arrastrándolo como un trofeo de su mérito personal.

Si Eugenia hubiese sospechado con qué carácter tan vano tenia que habérselas; si su peligrosa buena fé se hubiera alarmado ante las pretensiones del que se fingia su amigo, entónces no hubiera dejado por abandono, por ignorancia de la realidad, que aquel fátuo hubiese intervenido en ningun accidente de su vida, y hubiera evitado á su nombre una mancha que no por ser aparente era ménos indestructible, y á su porvenir un eterno dolor.

Pero preocupada con sus penas, de la cual no era la menor lo que suponia indiferencia y cansancio de Ricardo, con su soledad absoluta en la muerte de su hermana, dejó á Lutgardo demostrar un ascendiente é intimidad que realmente no existia, que ella no sospechaba siquiera se admitiese por nadie, pero que el atrevimiento, la ignorancia y la vanidad de Lutgardo habian hecho para el público indudable.

La coincidencia de buscar Lutgardo para ella otra casa en los momentos de la muerte de Luisa, encargo que, si fué imprudentemente confiado á un jóven de las cualidades del *gomoso* que ya conocemos, era tambien disculpable en su aislamiento y angustia, fué la piedra de escándalo utili-

zada por el flamante buen mozo para acabar de perder á la inexperta jóven ante la sociedad.

Ella sentia los efectos de aquella impalpable sombra que á su alrededor se iba extendiendo, sin adivinar la causa; no creia merecer el desvío de la sociedad, y pensaba con tristeza, en la soledad que lleva consigo la falta de familia y la falta de dinero; pues la riqueza crea una especie de afinidad entre el que puede dar y el que necesita recibir, que rodea al rico de adulaciones y apariencias de afecto.

Ricardo, por su parte, habia llegado á M... en un estado de exaltacion y de disgusto que es fácil adivinar en quien vé ofendida, despreciada, hundida bajo el peso de terribles apariencias á la que habia amado y respetado siempre.

Si Ricardo hubiera sido un hombre vulgar, si se hubiese dejado llevar de la voz pública, de esa inconsciente voz que se pretende tenga inspiracion divina, cuando puede ser eco, y lo es en muchos casos, de la más vil calumnia, Eugenia estaba perdida para siempre.

Pero Ricardo quiso ver y juzgar por sí mismo; quiso, ántes de condenar, explicar-

se á sí propio la justicia con que condenaba; y oculto, perseverante, prosiguiendo en su obra con esa terquedad de los grandes caractéres, que es como una garantía de triunfo, dia por dia, hora por hora, siguiendo todos los pasos, todas las acciones, y hasta pudiéramos decir todos los pensamientos de Eugenia, llegó á convencerse de que ésta sólo era culpable de inexperiencia y de confianza, que pudiera llamarse imprudente; pero de ningun modo de la maldad, del cinismo, de la culpa que se la atribuia.

Habia, sin embargo, una duda en el fondo de su convencimiento: Eugenia era inocente; ¿pero amaria á Lutgardo?

¿Cómo seguia recibiendo en su casa al insoportable necio, cómo no se apercibia de las murmuraciones de que era objeto, y cómo, en fin, no buscaba un medio de probar su inocencia?

Debia saberlo, y no dudaba llegar hasta el fin; si Eugenia amaba á Lutgardo, nada tenia que hacer á su lado; si no le amaba... su pensamiento no se atrevia á decidir en este caso.

Dispuesto á no perder un sólo dato que pudiera ayudarle á hacer la luz, pero no á

medias, sino completa y perfecta, Ricardo quiso y pudo conocer al *gomoso*, envanecido con su figura como Narciso, y quedó tan sorprendido de que ninguna persona de sentimientos pudiese atender ni encontrar agrado en el trato de aquel vistoso *pavo real*, que en su conciencia acaso tuvo la conviccion de que Eugenia no podia amarle.

Lentamente esta conviccion se iba convirtiendo en realidad, y sólo faltaban las últimas decisivas pruebas para obrar en su consecuencia. Ricardo estaba al corriente, por Juana, de todo cuanto hacia Eugenia: la buena mujer habia comprendido que allí estaba la salvacion para su querida señorita, y se prestaba á ello de muy buena voluntad.

El respeto que Eugenia la inspiraba no impedia decirla cuán peligrosas eran las visitas de Lutgardo, como le habia impedido en otro tiempo indicarle el amor que Luisa le profesaba, y la indigna farsa de que era víctima la pobre niña, cuya inocencia no comprendia que las galanterías de que era objeto en público ocultaban el culpable amor entre Julia y Lutgardo, sin que hubiera ni una sombra de verdad en cuanto éste la decia.

La pobre anciana todo lo comprendia, todo lo escuchaba; pensando que era en vano protestar por sí misma, se unió á Ricardo muy de corazon para salvar á Eugenia.

Cuando encontramos á Ricardo estaba hablando con Juana, y sin duda se habia convenido entre los dos en algun acuerdo, porque Ricardo, que ya se despedia, la dijo:

—El Lúnes, de ocho á nueve, sin falta.

—No lo olvidaré, y quiera Dios que acertemos!

Ricardo penetró despues en un café cercano, pidió una botella de cerveza, y esperó con esa calma del que persigue una idea y por nada del mundo deja de llegar al fin.

No tuvo que esperar mucho.

Lutgardo, acompañado de algunos de sus amigos, entre los cuales se encontraba Alfredito, entró haciendo gran ruido, pidiendo copas á voces, dando con el baston sobre la mesa y demostrando, en fin, esa falta de educacion y comedimiento de que hacen gala los tipos sociales que se parecen á los que vamos pintando.

Ricardo les miraba impasible, bebiendo

á pequeños sorbos su cerveza.

Se le hubiera creido tan indiferente á lo que en torno suyo sucedia, como hubiera podido serlo en país extraño.

Cuando las copas fueron apuradas por los jóvenes y sus cabezas comenzaron á animarse, la conversacion se hizo más íntima, más atrevida, y algunos nombres vibraron en ella.

Ricardo se extremeció al oir el de Eugenia.

—¿Todavía no te ha retratado tu pintora?—preguntó Alfredito con voz de tiple.

—No por cierto, ni quiero que lo haga; porque ya que ha de quedarse sin el original, seria una crueldad doble tener que arrancarla la copia.

—¿Decididamente la dejas?—volvió á preguntar Alfredo.

—¡Bah! No sé cómo deshacerme de ella; es un volcan...

Los jóvenes lanzaron una carcajada.

—¿Inextinguible?—preguntó uno.

—E insoportable—afirmó Lutgardo.

—Estos buenos mozos se cansan muy pronto de todo. ¿Pues no estabas tan enamorado?

—Es que el amor, como las flores, se hace muy pronto viejo...

—¿Y ella?...

—¡Oh, ella me adora!... ¡Pobre Eugenia!

En aquel momento Ricardo se levantó y se dirigió á la mesa en que bebian los amigos de Lutgardo, y encarándose con éste le dijo con calma:

—Dispensadme la curiosidad, caballero: he oido sin querer, y como supongo que cuando se habla así no se trata de un secreto, quisiera saber si esa Eugenia que acaba Vd. de nombrar es la señorita doña Eugenia de Ochoa.

—La misma—dijo con extrañeza Lutgardo.—¿Y puedo saber por qué lo pregunta?

—Ahora mismo: siendo de la señorita doña Eugenia de Ochoa de quien Vd. hablaba, yo puedo añadir que cuanto acaba usted de afirmar es mentira!

—¡Caballero!—gritó sorprendido Lutgardo.

—Es inútil alzar la voz, como lo es buscar frases que digan lo mismo en otra forma; lo que Vd. acaba de decir es mentira, y Vd. va á reconocerlo así ahora mismo. Ni esa señorita ha amado á Vd. nunca, ni Vd. tiene derecho á decir lo que dice, ni

ella sospecha, al creer á Vd. su amigo, que se trata de un hombre sin formalidad y sin conciencia, que lo mismo deshonra á una mujer que se bebe una copa de vino.

—Y á Vd., ¿quién lo mete á defender lo que no le importa?—dijo trémulo de ira Lutgardo.

—Siempre tiene derecho un hombre honrado á defender á una mujer que es inocente, á quien oyó difamar... y ahora mismo—dijo con firmeza—va Vd. á decir á sus amigos que cuanto viene afirmando de esa señorita es una farsa indigna, ó voy á cruzarle la cara con todo el desprecio que merece un hombre como Vd.

Lutgardo y sus amigos se habian levantado, y estaban pálidos, trémulos, porque esas bonitas personas suelen temblar ante un hombre que demuestra que lo es, como tímidos ratoncillos que se esconden ante el ruido, dejando empezada su obra de destruccion.

—Es decir que Vd. se empeña...—dijo aturdido Lutgardo.

—Ahora mismo va Vd. á decir la verdad, ó va á entenderse conmigo...

—Pero, caballero, Vd. comprenderá que se trata de asuntos...

—Completamente falsos, mentidos por usted, y que es preciso que deshaga.

—Pero yo no creo que nadie tenga derecho...

—Yo creo tenerlo.

—Son bromas de jóvenes...—dijo cada vez más aturdido el *valiente* Lutgardo.

—Lo que deshonra á una señora, no se llama broma; se llama calumnia.

—Pero Vd...

—¡Basta ya! Ahora mismo va Vd. á decir la verdad respecto á esa señora.

—Pero, yo soy su amigo...

—Su difamador, dirá Vd. más bien. Ella le cree su amigo, y esa es su culpa; pero ni ahora ni nunca ha sido su amante, ni mucho ménos ha recibido obsequio alguno de Vd.

—Yo no he dicho—dijo cobardemente Lutgardo—que la haya hecho obsequios.

—¿Y niega Vd. del mismo modo haber dicho que ha sido su amante?...

—Naturalmente, no lo he sido; pero como ella es libre, y yo tambien, no creo que la ofenda.

—No la ofenderia, en efecto, si ella le amase y Vd. pensara hacerla su esposa; pero como esto no sucede, estos señores

saben ya que Vd. no es ni ha sido amante de esa señorita, y que en cuanto dijo faltó á la verdad.

Y Ricardo, despues de mirar despreciativamente á Lutgardo se alejó, miéntras el gomoso, tomando aliento y reponiéndose del susto, decia á sus amigos:

—¡Vaya un Quijote! No he querido empeñar la cuestion, porque ella no vale la pena; que sinó... Y tranquilamente salió del café.

CAPITULO XVIII.

Una visita al cementerio

La luz vaga é indecisa de una tarde de Otoño iluminaba suavemente el manto ondulante de las olas, que venian en calma á deshacer las orlas de su espuma en la esbelta concha rellena de perlas que acarician con amor y respeto, que ambas cosas inspira la belleza de M..., reflejándose en el bullente espejo de las aguas, que la ciñe con sus anillos de cristal, como temeroso de perderla.

Una mujer enlutada llegó en esa hora al cementerio católico de esta ciudad, y con paso rápido y seguro, como el que conoce bien el camino, tomó por las galerías de la derecha.

A traves del largo manto de luto que la cubria, se adivinaba un talle esbelto y una cabeza arrogante que, envuelta en los negros pliegues de gasa, parecia alzarse so-

berbia y majestuosa, como sosteniendo con altivez la lucha con algo invisible, esa lucha cruel que gasta las fuerzas morales y materiales, como se gastarian en el vacío las del ave que no hallase en él un punto de apoyo donde plegar las alas y descansar del vuelo.

Eugenia, pues nuestros lectores la habrán reconocido ya, siguió á lo largo de la galería, y se detuvo ante un nicho cerrado de mármol negro algunos momentos: despues, con el paso más lento, más indeciso, más vacilante, llegó hasta el segundo patio, y quedó inmóvil ante un nicho primorosamente cuidado. La lápida de mármol blanco, resguardada por un cristal, ostentaba en un pequeño bajo relieve la forma de un ángel llorando sobre un sarcófago, en el cual se leia este nombre, grabado en letras de oro: LUISA. Entre el cristal y el mármol habia algunas flores, ya marchitas, pero todavía bellas.

Eugenia abrió con una pequeña llave la trasparente puerta, recogió con cuidado las flores, que besó con respeto, y esparció otras frescas y perfumadas.

Sus ojos llenos de lágrimas se fijaban en el nombre de su hermana con expresion

extraña.—¡Pobre Luisa mia!—murmuraba: ¿cuál de las dos está más sola, tú encerrada ahí, ó yo que vengo á llorar á tu lado?... Cuando estabas conmigo, tenia al ménos un objeto mi vida; pero hoy, ¿para qué luchar, para qué prolongarla, si nada espero de ella?...

Eugenia miró temerosa en torno suyo: las lágrimas tienen tambien su pudor, y no gustan de ser vistas; el llanto solitario es digno y consolador: el llanto ruidoso que se muestra en público, jamás conmueve ni interesa.

Caia la tarde, con esa sombra vaga, luminosa, si se nos permite la frase, de los crepúsculos meridionales.

Una gasa de hilos de oro y rosa parecia flotar en Occidente ante los últimos rayos del sol.

Nada más bello para el alma dolorida que ese lugar de meditacion y olvido.

Sus melancólicos rumores, sus advertencias tristísimas tienen siempre una gran influencia sobre un espíritu sério, que vé la vida despojada de esas bellas apariencias con que se ostenta ante los séres felices.

Eugenia, que llevaba sobre su frente

esa invisible corona de espinas que ofrece el mundo á los mártires de la inteligencia, sentia calmarse las tempestades que agitaban su corazon al pié del sepulcro de su hermana, de aquella niña tan querida, que estaba allí sola, sin caricias, sin luz, sin calor.

El sepulcro de un anciano que, cumplida su mision en la vida, descansa en el sueño eterno, inspira una consideracion respetuosa, así como el de un jóven una punzante pena. El uno es la flor que desplegadas sus galas, se deshoja segun la ley inmutable que nos rige: el otro es el capullo que ántes de esparcir su ambrosía es arrancado y marchito.

Eugenia no pensaba en nada de esto; buscaba el sepulcro de su hermana porque estaba sola, enteramente sola, y la proximidad de aquellos adorados restos le parecia una compañía muda, pero sagrada.

Estaba triste: era desgraciada cuanto puede serlo el sér que se eleva sobre la atmósfera de las vulgaridades, en la cual se asfixia, para respirar con más libertad, y sólo el desvanecimiento del vacío le hace comprender lo inútil de su anhelo.

Eugenia vivia para el sentimiento. Ella

olvidaba esas cadenas con que la realidad va sujetándonos á la vida, cadenas frías, inflexibles, inquebrantables, eternas, que doblegan la voluntad encerrándola en el círculo estrecho de lo posible, de lo limitado, de lo palpable.

Y ese olvido tiene siempre una gran influencia en la vida moral y material de un sér.

Dios ha hecho armónicas todas sus obras.

Al dotarnos de dos facultades igualmente enérgicas, como lo son la razon y el sentimiento, establece una mútua atraccion, que sostiene el equilibrio de ese universo que llamamos pensamiento, que gira en rotacion constante por la inmensidad de lo desconocido.

La cuestion es muy sencilla: el sentimiento contenido se trasforma en razon; la razon excitada, se cambia en sentimiento.

Son dos partes que pueden formar un todo.

Para no sentir, es fuerza no razonar; para pensar bien, hay que sentir lo que se piensa.

Sentir y pensar son dos fenómenos de la

actividad consciente, necesariamente relacionados.

Quien encierre su pensamiento dentro de la esfera de lo tangible, lo encadena al cálculo vulgar; quien lleve el sentimiento fuera de la esfera de lo posible, lo arrastra á la locura; de suerte que, sentir pensando y pensar sintiendo, es aproximarse á la perfeccion en lo humano.

Proceso, sensacion, sentimiento, reflexion, compasion, análisis, deduccion, induccion, demostracion... unir estas cualidades, es disolver la luz entre las sombras, matizándolas de ese claro oscuro que da tan suave trasparencia á los objetos, tan seductores detalles á las formas: separarlas, es producir el reflejo vivaz y momentáneo del relámpago, que ciega, ó la oscuridad insondable y eterna, que domina.

La gran obra de la inteligencia, la obra admirable, es unir convenientemente esas altas cualidades.

Porque si el pensamiento degenera en cálculo; si el deseo se apega insensiblemente á la tierra, como la ostra á la roca en que nace; si el corazon rechaza los sueños para buscar el excepticismo helado, con su cortejo lúgubre de dudas, que le

lleva fatalmente hácia lo material, hácia lo tangible, hácia lo relativo, hácia lo limitado, matando en él toda aspiracion, desde la sublime de la fé hasta la consoladora de la esperanza, entónces las facultades creadoras del hombre llegan á ser como el movimiento inconsciente de una máquina que impulsada por un poder extraño, obedece sin comprender: en cambio el sentimiento, que anega el espíritu en lo infinito, lanzándole en lo ideal, lo extravía en los espacios fantásticos de lo imposible, negándole el apoyo que necesariamente ha de buscar cuando cansado de volar sin objeto, tenga necesidad de plegar sus alas, para no caer desvanecido en el abismo de la nada.

El equilibrio de ambas facultades es una garantía de felicidad en la vida.

Diremos más, su mision es tan necesaria, tan imprescindible, que el no realizarla constituye un estado patológico moral, si se nos permite la frase, que determina una grave perturbacion de los sentidos, una enfermedad del espíritu. El sentimiento es la actividad en sí misma, y por consecuencia suprema y por consecuencia invencible: la razon es la verdad, porque no puede ser

falso lo que es ley inmutable.

Engenia era una pobre alma triste, desesperada, ansiosa, sedienta de algo imposible que soñaba para olvidar, y olvidaba, en efecto, sin comprender el daño que sus sueños la causaban.

Como el genio se adelanta siempre á la época en que vive, como es antorcha luminosa que muestra á la humanidad sendas ignoradas, los pobres séres enviados por Dios como apóstoles de una nueva idea, tienen una mision bien dolorosa en la tierra.

Eugenia, que sin sospecharlo siquiera tenia las cualidades que distinguen al genio, sufria su martirio con esa altivez que avalora el sacrificio.

Pero no divaguemos en consideraciones que podrá hacer por sí mismo y que hará seguramente el lector: volvamos al cementerio.

Eugenia, una vez esparcidas las flores, buscó una más bella, más simbólica, para colocarla en la mano del ángel que velaba el sueño de su hermana; ninguna le satisfizo, y fué á buscarla en las que embellecen el cementerio. La sombra esparcia ya sus velos fantásticos, que iban á confun-

dirse con los que proyectaban los geránios y arrayanes.

Un hombre, que habia estado contemplándola inmóvil durante su meditacion ante el sepulcro, la seguia.

Eugenia avanzó.

Se detuvo ante un cuadro en el cual, sobre el fondo verdoso de las hojas, se destacaban algunas flores frescas, brillantes, perfumadas... ¡parecia imposible que no las empañase la proximidad de la muerte!... ¡pero la vida se alimenta de la destruccion!... La sávia de las flores se nutre con los jugos que la materia descompone. Eugenia se fijó en una de ellas, y quiso alcanzarla: su mano no llegaba á la rama en que lucia; miró á todos lados, buscando el medio de aproximarse á ella, y vió inmóvil, triste, imponente como una aparicion, la figura de un hombre.

Iba á retroceder, iba á lanzar un grito de espanto, pero se contuvo y quiso seguir su camino. El hombre la detuvo con un movimiento, saltó la pequeña verja de madera que cercaba las flores, y cortando la elegida por Eugenia, se la ofreció galantemente, sin pronunciar una sola palabra.

—Gracias—balbuceó Eugenia impresionada, dominada.

—Es tarde, señorita—dijo alterando su voz el desconocido;—es tarde para permanecer aquí, y ruego á Vd. se retire.

—Gracias otra vez—murmuró Eugenia.

Siguió con paso rápido por la galería, cerró el nicho de Luisa, salió del cementerio y entró en un coche que la aguardaba.

Al llegar á su casa, conmovida, impresionada, agitada por mil emociones diversas, notó que tenia en la mano la flor que habia deseado para su hermana.

—¡Dios mio!... — murmuró — yo quise ofrecerla á Luisa, y no sé por qué la he guardado. Pues bien, será mia: la conservaré como un recuerdo: pero, ¿quién era aquel hombre? ¡Yo creo que le conozco! ¡Y me habló con ternura, con respeto; parecia conmovido! ¿Quién será?

Quiso guardar la flor, y buscó una pequeña caja de marfil, en cuyo centro habia grabadas algunas palabras:

—*¡Para siempre!*— murmuró Eugenia leyéndolas.—¡Pobre Ricardo! El me ofreció este recuerdo. No, aquí no debo guardar esta flor...

—¿Y por qué?—preguntóse en tono de reconvencion—¿por qué no guardarla aqui? ¡Si acaso es el nombre de Ricardo el más

grato, el más dulce de los recuerdos de mi vida!... ¡Ah! ¡Si Ricardo, en vez de tener un pensamiento claro y un corazon frio, tuviese un sentimiento entusiasta y un alma apasionada, tan caballero, tan leal, tan digno como es, seria el único hombre á quien yo hubiese amado! ¡Pero él, que puede querer y respetar, es incapaz de sentir el amor!

CAPITULO XIX.

Revelaciones

Eugenia estaba preocupada é inquieta.

Hay presentimientos que anuncian la tempestad moral, como indicios que advierten la física.

La pobre criatura, que habia creido tener valor para sostener todas las dificultades que la hostilizaban, comenzaba á vacilar.

No hay espíritu, por fuerte que sea, que no dude, así como no hay piedra que resista á la gota de agua.

Su pensamiento se revolvia en una angustia suprema, sin saber ella misma el término que deseaba á sus temores y sufrimientos.

Era la suya una situacion excepcional.

Sola en el mundo, no era, sin embargo, el ente desconocido que desde la sombra lo vé todo sin ser visto de nadie; para ser

visible habia cometido el grave delito de mostrarse independiente, al arrostrar el juicio social para su talento, y esto, que en un gran centro es respetable y respetado, que inspira una inmensa consideracion, al mismo tiempo que un especial encanto, en una pequeña capital de provincia, donde la honra, la fama, el buen nombre de una persona se encuentran á merced del primero que quiera escarnecerlos; pues ni la ilustracion es tanta que depure la verdad posible en la calumnia probable, ni la caridad llega hasta defender á la criatura inocente sobre la cual se acumula la pesadumbre inmensa de cargos que no debieran ser jamás admitidos por los espíritus sérios con esa culpable indiferencia con que se admiten, por lo mismo que no nos interesa el probarlos bajo ningun punto de vista, y la humanidad está siempre dispuesta á creer en la culpa, como si tuviera la conviccion invencible de la fragilidad de su naturaleza.

Eugenia habia cometido algunas indiscreciones que, aumentadas por las circunstancias, como faltas aparecian.

El admitir en su casa, en su amistad y en su confianza á un hombre cuyos antece-

dentes no conocia, y cuyo carácter anunciaba por sí mismo esos grandes defectos que hacen odiosa á la persona, la fatuidad, la mentira—aunque parezca velarse en las exageraciones no exentas de gracia que á los andaluces caracterizan;—la charlatanería del necio—mil veces más peligrosa, aunque como amigo se presente, que la palabra del enemigo discreto,—y la vanidad, que agrandando los objetos para darles más valor, los ridiculiza ante la razon, era desde luégo una falta más que una imprudencia, pues si no confiariamos nuestro dinero al primero que llegase á pedírnoslo por miedo de perderlo; si el sugeto no ofrecia garantías para el pago, ¿cómo ha de sernos permitido ofrecer nuestra amistad, nuestra confianza ni nuestro afecto al que, siéndonos desconocido, no sabemos si podrá apreciar estos dones en su verdadero valor?

Y cuenta, que si en el primer caso sólo arriesgamos nuestros intereses, que perdidos ó malgastados pueden rehacerse, en el segundo el riesgo es mayor, infinitamente más importante; pues al admitir en nuestra casa y en nuestro trato á un miserable, arriesgamos nuestra reputacion, que no

podemos reponer jamás.

Otra de sus grandes faltas era su aislamiento; en sociedad, retraerse vale tanto como en un soldado huir del campo de batalla.

Esa entidad homogénea, compuesta de tan hetereogéneos elementos, tiene tambien sus debilidades, gusta de ser adulada, de ser engañada, acaso de ser buscada y aplaudida.

El que huye de la sociedad despues de haberla utilizado para ser conocido, se pierde irremediablemente; la sociedad no perdona esas deserciones; ella tambien condena á una muerte moral á los que abandonan su puesto: primero los arroja á la calumnia, que los despedaza; despues al olvido, que los devora rápidamente.

Alejarse de la sociedad es tan imprudente como entregarse á ella; entre los dos peligros, hay que sostener discretamente el equilibrio para no caer en ninguno.

Deciamos que para Eugenia parecia haber llegado la dolorosa crísis que habia de terminar aquel estado excepcional, que para daño suyo habia creado su inocente confianza. Parecia presentir el choque en que habian de romperse los lazos que la oprimian.

Juana iba y venia á su alrededor como si quisiera decir algo que la fuese difícil, hasta que, tomando aliento y brios en una de sus vueltas al interior de la casa, se dirigió resueltamente hácia Eugenia.

Hacia algun tiempo que habia anochecido, y ésta no habia notado que su salita estaba envuelta en una vaga oscuridad, que aclaraba el reflejo del gas que iluminaba la calle; echada en una mecedora, inmóvil, con los ojos fijos en lá sombra, vestida de luto, y blanca y pálida como una aparicion, se la hubiese tomado por una figura de cera, si no se hubiese levantado con angustiosa agitacion la fina tela que cubria su pecho.

Pensaba en su soledad dolorosa, en el olvido, en lo que ella creia abandono de Ricardo; en Luisa, su adorada niña, á la que habia querido como una madre, muerta en su juventud; en sus padres... ¡quién hubiera podido decir todos los recuerdos sombríos que se acumulaban sobre aquel pensamiento!

Cuando Juana entró llevando una luz, levantó la cabeza, como si despertara de un sueño, y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las siete—dijo Juana dejando la lámpera sobre una mesa, y volviendo al lado da Eugenia.

—¿No ha venido nadie?—preguntó.

—¿Y quién quiere Vd. que venga?—dijo con algo de sequedad—¿pues acaso á esta casa viene nadie?

Eugenia suspiró.

—Si Vd. me permitiera decirle lo que siento...

—¿Por qué no? Habla.

—Temo que se ofenda.

—¡Yo! ¿de qué? Ya sé que me quieres.

—¡Oh! ¡eso sí! Pues si no quisiera á usted...

—Y bien, ¿qué tenias que decirme?...

—Pero, ¿no se enfadará Vd?

—¡Qué pesadez! Acaba...

—Pues bien... ¿No ha sabido Vd. de don Ricardo hace tiempo?

Eugenia se extremeció: séria y orgullosa, á nadie habia hablado de lo que ella creia una ofensa humillante, de la despedida de Ricardo por medio de un amigo.

—No—dijo sin atreverse á quejarse;—no he sabido de él hace tiempo... ¿Por qué? ¿Sabes tú algo?

—¡Yo, no por cierto! pero sospecho que...

—Acaba...

—Que el no escribir D. Ricardo, que es tan bueno, y que quiere á Vd. tanto, debe ser porque...

—Y bien, ¿por qué?

—Por lo que por ahí dicen...

—¿Y qué dicen?—dijo con extrañeza Eugenia.

—Usted me ha prometido no enfadarse conmigo... Dios sabe que no hablo por hablar, sino porque ya no debo consentir que á Vd. se la ofenda... sin saberlo...

—¿Qué dices? ¿Quién me ofende á mí?

—¡Todos! Dicen que Vd. quiere á ese niño tonto, á ese D. Lutgardo.

—¡Qué dicen eso!... ¡Imposible! ¿Por qué han de decirlo, si no es verdad?

—Pues eso es lo que yo digo: ¿por qué han de decirlo, si no es verdad? Es preciso que lo sepa la señorita, y por eso he hablado.

—Pero eso es una necedad; eso será algun cuento...

—Eso es una infamia, porque lo dice todo el mundo; y si lo dicen, y si en M... no hay quien lo dude, es porque ese hombre lo afirma.

—¡El!... Pero eso no puede ser.

—¡Oh! pues aún hay más, mucho más...

—¿Que hay más?—preguntó trémula Eugenia,—¿y qué más?

—Una infamia, ¡Dios mio! si no sé cómo decirlo.

—¡Acaba! Dímelo todo—dijo terriblemente excitada Eugenia.

—Pues bien, ese hombre dice por ahí que Vd. no es su novia... sino algo más... mucho más... en fin, dice que él paga esta casa...

Eugenia temblaba de una manera visible; su palidez se habia hecho lívida; sus sienes latian con fuerza y su corazon parecia golpear su pecho, segun la agitacion con que se levantaba ó deprimia.

—¡Eso dice! — murmuró — ¡Eso dice!... ¡Qué infamia! ¿Pero no estás tú soñando? ¿Cómo ha de tener valor, por infame que sea, para afirmar lo que no existe?

—¡El canalla!... ¡Tiene valor para todo! Lo tuvo para ver morir á la otra...

—¿Qué dices? ¿A quién vió morir?

—¡A quién habia de ser!... A mi pobre Luisa, que lo queria, lo queria hasta morirse por él, y el infame, para que no sospecharan que buscaba á la otra, engañaba á mi pobre niña... ¡Si yo no sé cómo usted

no lo vió y cómo no lo puso en la calle! ¡Si decia la gente que mi Luisa se habia muerto porque ese hombre la dejó para querer á Vd...

Y Juana, que amaba á Luisa como una hija, pues habia sido su nodriza, rompió á llorar de una manera desgarradora.

Eugenia estaba mortalmente pálida, y sus labios, tan frescos y tan rojos, temblaban convulsivamente como las hojas de una rosa que agitase el viento.

—¡Qué dices!—murmuró—¡Eso no es posible!

—Por mi salud, que lo decian, que lo dicen.

—Pero eso no es verdad... tú sabes que no es verdad...

—Yo lo sé, pero la gente no lo sabe: si lo ven entrar de visita, ¿qué saben si usted lo quiere ó no?

—Yo lo recibo por gratitud; yo no me atrevia á romper con una persona que tan amable ha sido conmigo en mi desgracia.

—¡Amable! ¡Lo que ha sido es infame! Ha hecho creer á Vd. que desea servirla, para afirmar por ahí que Vd. lo quiere...

—Mira no te engañes, Juana; no hay hombre tan miserable que se atreva á hacer eso.

—¡Engañarme! ¡Si nadie habla de otra cosa!... ¡Si yo no he dicho á Vd. todavía todo lo que ese infame dice!

Eugenia quedó profundamente pensativa: recordaba la extraña despedida de Ricardo, y se la explicaba ahora completamente; recordaba tambien el desvío con que la habian tratado cuantos la conocian, y temblaba, y un sudor frio inundaba sus sienes.

Estaba perdida, perdida sin remedio: Ricardo la despreciaria, la sociedad buscaria hasta al honrado dinero de su trabajo un orígen infame; era preciso cortar el escándalo, el pretexto en que la sociedad fundaba sus murmuraciones, y si aún era tiempo, revindicarse de la imprudencia cometida.

Todo estaba en contra suya, todas las apariencias la condenaban, y ella comenzaba á comprender que las apariencias de una falta son mil veces más temibles que la falta misma. Se sentia desfallecer; la angustia, el dolor la ahogaba: habia sido imprudente concediendo confianza á quien de ella no era digno; ¿pero es tampoco posible estudiar las condiciones de cada persona que se conoce, ántes de admitir su

trato? ¿No están expuestas la mayor parte de las mujeres á encontrar un Lutgardo que, bajo una apariencia aceptable, más aún, simpática, oculte los más bajos sentimientos, las más vulgares, las más viles condiciones y la más necia conducta? ¿Y quién las defenderá de esa calumnia miserable, y quién las devolverá su perdida consideracion?

Cuantas lamentaciones hiciésemos serian inútiles; en el estado de nuestra sociedad, este mal existe; pero es tan inevitable, que la manera de no arrostrar sus tristes efectos, es huir de él por todos los medios posibles.

Para las mujeres á quienes la desgracia ha dejado solas, para las que por un mérito cualquiera son conocidas, esta pobre historia puede tener algun valor, pues que las enseña una verdad triste, esto es, que la honra y la fama de una mujer que no tiene quien la defienda, están á merced del primer necio que se le antoje arrastrarlas por el lodo; que la sociedad no protexta, bajo ninguna forma, de esas inícuas difamaciones; que la ley no castiga, bajo ningun concepto, esos crímenes morales que flotan sobre sus códigos sin to-

carlos; y que sólo puede conjurar el peligro, en tanto que la ilustracion no lo extirpe por completo, una gran reserva, un tacto exquisito, una prudencia inquebrantable, y algo que no nos atrevemos á llamar hipocresía, pero que se le parece bastante, pues consiste en rodearse de apariencias para con el público, que no puede aún juzgar, á traves de ellas, de la verdad de las cosas.

CAPITULO XX.

Nobleza y villanía.

Eugenia meditaba en silencio, irritada, dolorida, sintiendo la ofensa inferida á su dignidad, y la que se habia dirigido contra sus sentimientos al lastimar á Luisa en su pura buena fé: habia unido en su indignacion todas las ofensas, y hubiera despedazado á Lutgardo sin compasion ni debilidad alguna.

Juana sentia aquel silencio sombrío y comenzaba á alarmarse; pero era preciso *curarla* de su manía, de creer al cobarde caballerito que la engañaba un hombre de honor, y además cumplir un compromiso adquirido, y no retrocedia.

La campanilla de la puerta vibró, y Eugenia, como si despertara de un sueño dijo:

—Déjalo pasar.

—¿A quién?

—A Lutgardo.

Juana salió temblorosa: el flamante *gomoso* no podia llegar en peor momento, y temia por lo que pudiera suceder.

Lutgardo entró dando vueltas entre sus manos al bastoncito, silbando á media voz y dejando un rastro de perfumes en pos de sí.

Entró en la sala sonriendo, saludó con la confianza que solia tomarse para todo, y preguntó á Eugenia:

—¿Está Vd. mala?

—Un poco—dijo Eugenia conteniéndose;—pero me alegro que haya Vd. venido. Tenemos que hablar.

Lutgardo sonrió con fátua complacencia.

En aquel momento las cortinas de la alcoba de Eugenia, que comunicaba con la sala, se agitaron levemente.

—Me han dicho—dijo Eugenia con voz á su pesar contraida,—que entre Vd. y mi pobre hermana Luisa hubo no sé qué historia de amores, y quisiera saber si es verdad.

—¿Usted no lo sabia? preguntó con impertinencia Lutgardo.

—Ya ve Vd. que no.

—Pues fué una cosa muy sencilla: la

pobre chica se enamoró de mí perdidamente...

Eugenia se contenia á duras penas.

—Y Vd.—preguntó—¿no la amaba?

—¡Yo! no podia... en primer lugar, porque amaba á otra; y en segundo, porque estaba tísica: todo el mundo lo veia, y hubiera sido una locura.

—¡Ah!—murmuró Eugenia con los dientes apretados y la voz opaca;—y si usted no la amaba, si sabia que la desgraciada niña pensaba en Vd. y estaba enferma, ¿porqué venia Vd. á esta casa para aumentar su pena?...

—¿No la he dicho á Vd. que amaba á otra?

—Un motivo más para no venir aquí.

—Es que la que yo amaba, la que yo amo, es Vd... Vd..., que no quiere comprenderme...

—¡A mí!... ¡Qué osadía! ¿Y pensaba usted que á mí podia engañárseme como á mi pobre Luisa?...

—¡Eugenia! Yo no he querido engañar, yo soy un caballero...

—Sin duda por eso afirma Vd. que soy su amante, que paga mis gastos...

—¡Yo! ¡Quién ha dicho!...

—¡Y en verdad que la que saluda siquiera á un hombre como Vd., merece cuanto el público diga contra ella!

—Me está Vd. faltando... ¡y yo!... ¡la adoro!...

—¡Ah! ¡qué habrá Vd. pensado de mí, viéndome tan inocente, tan necia, agena á todo lo que pasaba á mi pobre Luisa, agena á las infamias que Vd. propalaba acerca de mí!... y sobre todo, creyendo á Vd. un hombre digno de llamarle mi amigo...

—¡Es decir, que no lo soy! ¡Es decir, que para Vd. todo lo he perdido!... ¡Ah! ¡Yo sé muy bien lo que es esto! ¡Se supone que yo castigaré á ese Don Quijote que ha venido con esos cuentos! ¿Y sabe Vd. por qué no lo he castigado ya?—preguntó agitado. —Porque yo no le concedo derecho al primer quidam que se le antoja venir á que yo le haga el honor de batirme con él; y si no le he abofeteado, ha sido porque tratándose de Vd., quise evitar un escándalo... ¡y mire Vd. qué manera de agradecérmelo!...

Eugenia lo escuchaba sin comprenderlo: no sabia á quién se referia, y sin embargo, algo parecido á un rayo de esperanza comenzaba á inundar su pensamiento, cu-

bierto por las tristes sombras de la desesperacion.

Habia alguien que se preocupaba de su buen nombre, habia quien salia á su defensa; luégo no estaba sola como pensaba; luégo la sociedad era mejor de lo que en su angustia habia creido.

Hizo un esfuerzo por serenarse.

—Ruego á Vd.—dijo á Lutgardo—que me explique á qué y á quién se refiere: he pagado muy cara mi confianza, y quiero ahora juzgar de cuanto á mí toca, para obrar como me convenga.

—¡Ah! ¡Quiere usted que le regale el oido! ¡Sin duda que no sabrá Vd. de quién hablo!

—Ya le he dicho que no.

—Pues yo creo que sí; cuando se toma la defensa de una mujer es porque se cuenta con ella, es porque interesa de algun modo...

—Es decir—contestó Eugenia con una explosion de ira que no fué dueña de impedir—que se me ofendia, que se me ultrajaba, y un desconocido tuvo que tomar mi defensa; es decir, que Vd., á quien yo creia deber recibir, agradecida á lo que yo tenia por atenciones suyas, y era sólo un abuso,

una crueldad hácia mi hermana agonizante, paga mi amistad y mi confianza con deshonrarme! ¡Cobarde, infame!... que deshonra á quien no se puede defender, y luégo viene á decirme amores!

—Usted está muy acalorada. Yo no la he ofendido; he dicho que me gusta, y es la verdad: ¿dónde está la ofensa?

—¡Salga Vd. de mi casa! Quiero que sepan que lo he echado de ella, para que no se dude de que es mia—gritó Eugenia, cuyo semblante parecia envuelto en una roja llama, y cuya voz temblaba de ira.

—¡Yo! ¡Que yo me vaya! ¿Y por qué? Usted está nerviosa, incomodada, pero comprenderá...

—Salga Vd.—dijo Eugenia, que se habia puesto de pié y le señalaba la puerta.

—He dicho que no. Saldré cuando me parezca; pero hay una obcecacion de parte de Vd., y es preciso desvanecerla. ¡Si usted ha de amarme todavía!

—¡Juana!—gritó Eugenia, perdida ya toda paciencia.—Juana, ¿dónde estás, por qué te has ido?... ¡Echa á ese hombre á la calle!

Lutgardo, al apercibirse de que no estaba la vieja criada en su puesto, se dirigió

á la puerta para cerrarla; pero una mano vigorosa asió la suya bruscamente, y una voz irritada y despreciativa le dijo:

—Cuando á un hombre lo despiden, no cierra las puertas para quedarse, las abre para irse.

—¡Ah!—dijo Lutgardo atemorizado y sin saber qué hacer.—¡Estaba Vd. ahí!.... ¡Debí figurármelo!

Eugenia, que habia quedado muda y absorta ante los dos hombres, exclamó, conmovida hasta el llanto:

—¡Ricardo!... ¡eras tú!...

Lutgardo se volvió vivamente; comprendió que entre Eugenia y el hombre que tan dignamente lo habia humillado debia existir una antigua amistad, acaso un amor antiguo, y quiso vengarse.

—Esa mujer es mi amante—dijo—nadie tiene derecho á ocuparse de lo que entre nosotros suceda.

Eugenia lanzó un grito de espanto y dijo con energía:

—¡No es verdad, Ricardo, no es verdad, y ahora mismo lo echaba de mi casa, porque he sabido quién es y lo que vale!

—Lo sé; y de otro modo no estaria yo aquí... en cuanto á Vd., caballerito, debo

advertirle una cosa, para su gobierno: si ayer no crucé su rostro, y si hoy no lo trato como se merece, es porque comprendo que más bien que habérselas con un hombre que sabe serlo en sociedad, necesitaba Vd. ir á la escuela para habérselas con un maestro que le enseñara las más sencillas y rudimentarias reglas sociales. Esta señora desprecia á Vd. lo bastante para no recordarlo más... y en cuanto á mí, si sé que Vd. existe, es á la manera que se sabe que existe la víbora, por el daño que ha hecho. Aléjese, pues, de aquí, y de hoy en adelante tenga presente, al hablar de esta señora, que tiene quien la defienda, y que no es con ella, sino conmigo, con quien tendria que entenderse si continuara calumniándola.

Lutgardo quiso hablar; pero ante la actitud enérgica de Ricardo, tuvo miedo, bajó la cabeza y salió.

—¡Qué leccion, Eugenia!—dijo Ricardo —¡qué leccion tan dolorosa!

—Te juro que soy inocente!—dijo Eugenia anhelante.

—Pues si yo lo dudara, ¿te defenderia? Eres inocente de la culpa, pero eres culpable de imprudencia. ¡Para el mundo es lo mismo!

—Pero para tí... ¡para tí no! ¡Tú no puedes ser injusto como el mundo!

—Yo te amo y te perdono; desde hoy nada tienes que temer.

Eugenia lanzó una exclamacion de alegría y rompió á llorar; Ricardo habia dicho bien al calificar de leccion dolorosa el suceso ocurrido; Eugenia habia aprendido en él á conocer la nobleza del alma y la villanía del carácter: el oro y el *doublé*.

¡Era una leccion que no podia olvidar jamás!

EPÍLOGO.

Hemos concluido, mi querido lector, el extracto del Diario de Eugenia, que nos entregó su esposo Ricardo Valenzuela, y que hemos copiado en la parte que pudiera interesarte, si es que en nuestras narraciones puede interesarte algo.

La fecha consignada en el mármol del sepulcro de Luisa, era la del dia en que Eugenia se habia unido al hombre honrado y digno que la habia amado lo bastante para salvarla del anatema que la habia arrojado inconscientemente la sociedad, sin otras pruebas que las *apariencias*, tan engañosas como vanas.

Eugenia y Ricardo, léjos, muy léjos de Europa, olvidados de lo que en ella habian sufrido, y felices cuanto se puede ser en la tierra, supieron que la casualidad nos habia traido al mismo lugar donde, la casualidad tambien, nos dió á conocer el secreto de una de tantas historias como pa-

san desconocidas para la generalidad de las gentes que, si acaso se detienen en los efectos, no investigan jamás las causas; supieron, además, que dando á conocer esos hechos y cumpliendo sus deseos, habiamos escrito una pobre novela, y nos enviaron lo que podemos llamar su epílogo.

Como desenlace de ella, nos participan que en un rincon florido de la hermosa Cuba ocultan su hogar, doblemente embellecido por el genio y por la felicidad. Dos hermosos niños coronan y perfuman este oásis, donde, si alguna vez se desliza la sombra de un recuerdo, se oye la voz de Ricardo que lo desvanece, afirmando que no hay sér que no sufra alguna dolorosa prueba ántes de llegar á la verdad de la dicha. Eugenia, guiada por un hombre de corazon y de talento, ha comprendido la vida bajo su verdadero aspecto; y si bien deja desbordarse á raudales el sentimiento de su alma privilegiada, lo contiene con el muro firmísimo de la razon, del mismo modo que un pueblo marítimo se resguarda con una muralla del embate contínuo de las olas.

Tambien ellos nos piden algunas noti-

cias, y hemos de dárselas aquí, para complemento de esta historia.

De Juana, que no quiso cruzar el mar, sólo podemos decir que vive tranquila con la pequeña pension que de Eugenia recibe, y que llora cuando recuerda á su señorita, lamentando no haberla seguido.

Julia, muerto su viejo marido, ha ido á vivir á Madrid: dejémosla allí; en un charco tan grande, poco importa una rana más.

Enrique ha hecho las paces con Ricardo, para consolarse de no poder hacerlas con su suegra.

En cuanto á Lutgardo, el flamante *gomoso* de triste memoria, arruinado, enfermo, abandonado por los que le explotaban con el nombre de amigos, cansado de representar farsas sociales, ha ido á pedir á Arderius un lugar entre las numerosas huestes que acaudilla. No perdemos las esperanzas de verle algun dia hacer, bajo el cetro de cascabeles de nuestro gran bufo, el airoso papel de *Príncipe Lila* que, sin duda pensando en él, escribió su gracioso autor.

FIN.

INDICE.

	Pág.
Al lector.— . , ...	5
Capitulo I.—La venta del cuadro . . .	16
II.—El ramo de violetas . . .	28
III.—El valor más grande . . .	38
IV.—Tipos del dia.	47
V.—Un té	63
VI.—El cuadro *La Esperanza*. . .	77
VII.—El primer lauro	84
VIII.—Sueños y realidades . . .	96
IX.—Rosas y espinas	108
X.—La niña mimada	117
XI.—Dobles efectos	127
XII.—Vulgaridad	135
XIII.—Vacío del alma	143
XIV.—Dos cartas	160
XV.—El último sueño	175
XVII.—Las apariencias	183
XVIII.—Una visita al cementerio. . .	193
XIX.—Revelaciones.	207
XX.—Nobleza y villanía. . . .	219
Epílogo.—	228

282334
LS
B 586ap
Author Biedma, Patrocinio de
Title La apariencias.
DATE.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU